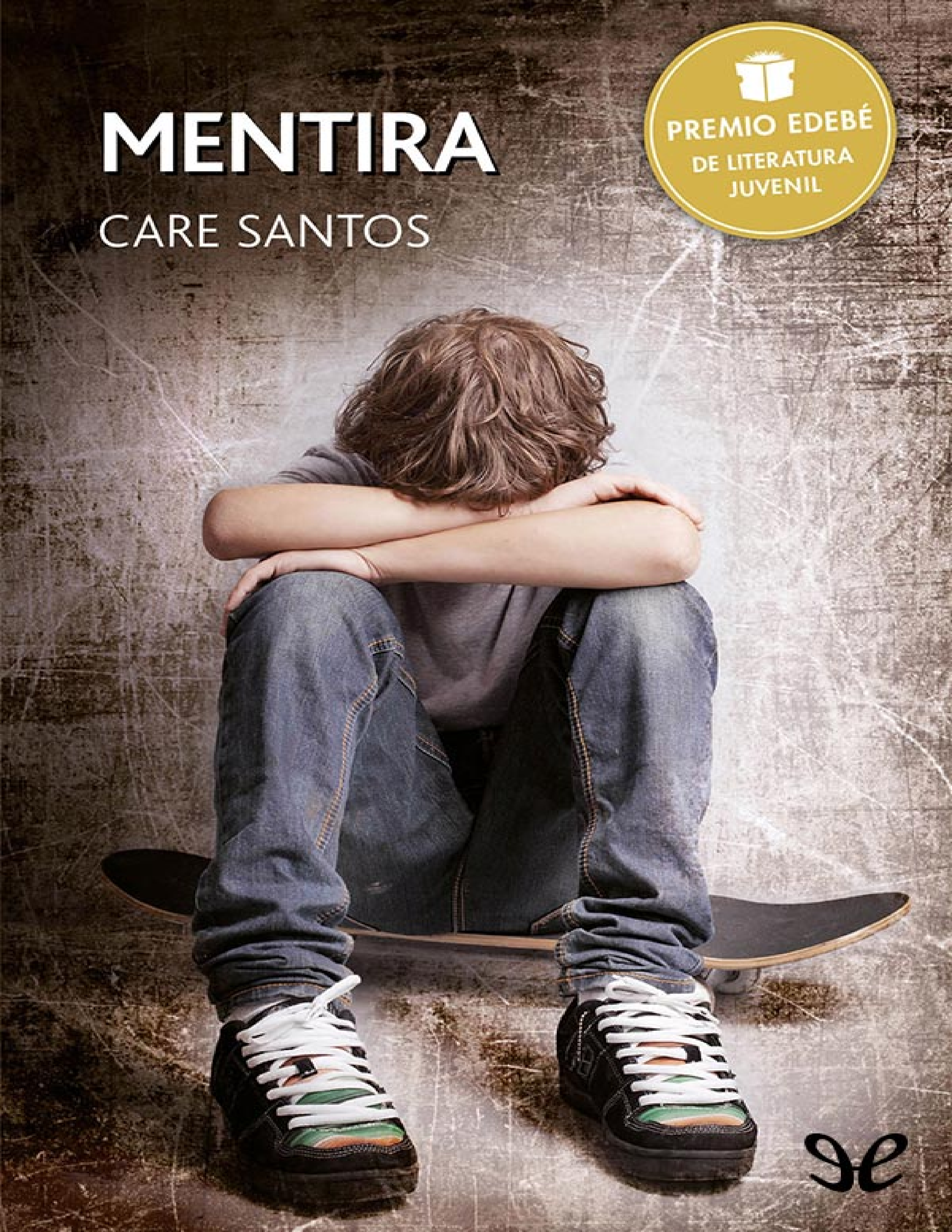

MENTIRA
CARE SANTOS
PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA
JUVENIL

Xenia lucha por sacar las mejores notas, impulsada por la ilusión de entrar en Medicina, pero últimamente su rendimiento está bajando. Y es que Xenia se ha enamorado, aunque no de un chico de su entorno, sino de un fantasma, de una voz surgida de Internet con la que comparte su pasión por la lectura.

Como Xenia es decidida y su amor virtual se niega a una cita, se propone sorprenderlo, de modo que inicia sus averiguaciones con los pocos datos de que dispone.

Y todo resulta ser falso, una mentira, ni la foto ni el nombre son reales. ¿Quién es en realidad su alma gemela? Arrepentida por el abandono de sus estudios confiesa todo a sus padres, segura de haber sido víctima de algún desaprensivo. Pero pronto un paquete inesperado va a revelarle la identidad del muchacho con el que compartió sus más íntimas emociones. Proviene de la cárcel de menores y contiene la historia de un asesino.



Care Santos

Mentira

ePub r1.0
Titivillus 22.12.15

Título original: *Mentira*
Care Santos, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



—La vida es un juego, muchacho. La vida es un juego y hay que vivirlo según las reglas.
—Sí, señor. Ya sé que lo es. Ya lo sé.

El guardián entre el centeno,
J. D. Salinger

Según las estadísticas, en 12 meses hubo más de 18 000 delitos cometidos por menores de edad. Los más frecuentes fueron los robos: de coches, de dinero, de aparatos electrónicos (sobre todo, teléfonos móviles). En todo tipo de sitios: coches, supermercados, en plena calle, dentro de las casas… En total, 9782 robos.

Entre los ladrones jóvenes, los más habituales son los de 17 años. Los 17 deben de ser una edad complicada. Tal vez entre los 16 y los 18 la gente se aburre. El caso es que en un solo año la policía detuvo a más de 3000 ladrones de 17 años. De 14, en cambio, solo la mitad: 1505.

Después de los robos, las estadísticas hablan de delitos de lesiones: 2416 menores terminaron en la cárcel por ese motivo. «Lesiones» es cuando te peleas con un tipo, le arreas un puntapié y le haces daño de verdad. Después vienen las violaciones: 267. Bueno, la ley las llama «delitos contra la libertad y la identidad sexual».

Y así llegamos a lo más alto de la lista. Aquí tenemos los asesinatos. «Homicidio y sus formas», dice la ley. Total: 44 condenas. Poca peña, en resumen. De los 44, 43 son chicos. La única chica asesina de ese año tenía 16. Los de 17 ganan de nuevo por goleada. Son 20. Asesinos de 16 años también hay alguno, pero muchos menos: los datos oficiales hablan de 13. Incluso así, cuesta trabajo imaginarlos, ¿verdad? En el tarot, la carta número 13 es la Muerte; qué simpático. También tenemos ocho asesinos de 15 y tres de 14. Solo tres de 14. Tres son muy pocos.

Los jueces de menores no quieren ni oír hablar de quienes aún no han cumplido los 14. Antes de los 14 eres un crío, un inocente, un «inimputable». Significa que, hagas lo que hagas, no tienes la culpa. Eres

alguien que todavía no sabe de qué va el mundo. Alguien que no ha probado aún el sabor amargo de la vida. Un privilegiado. No existes.

Quedémonos con esto: tres asesinos de 14 años. *Tres raros entre los raros. Cualquier experto os lo diría: el asesinato es un delito poco habitual entre los jóvenes criminales, es demasiado grave, implica un gran esfuerzo, la gente no se muere así como así. Aunque de vez en cuando, ocurre. Todo termina por ocurrir, tarde o temprano. Somos una raza de pirados. Cualquiera de nosotros es capaz de cualquier cosa, siempre que se den las circunstancias adecuadas. En la sociedad deben existir las frutas prohibidas para que las otras, las buenas, las sanas, puedan rechazarlas, alejarse, no dejarse contaminar. Respirad tranquilos. Los asesinos de 14 años no son la norma.*

Soy una excepción. Una rareza de las estadísticas.

A veces me pregunto qué hicieron los otros dos.

I
SALINGER

1

Mis padres son un rollo. Cada noche después de cenar se enzarzan en todo tipo de discusiones sobre temas complicadísimos: los banqueros, la crisis, los Estados Unidos, la seguridad mundial, la delincuencia, la pobreza… Me recuerdan uno de aquellos debates de la tele que duran un montón y que son más aburridos que un concierto de zambomba. En serio que no les entiendo. Entre ellos no suelen discutir por nada, pero son capaces de tirarse horas hablando de estas cosas. Hay que ser rarito.

De la última discusión no hace tanto. En el telediario acababan de emitir unas imágenes donde se veía a un chaval rubio y alto propinando puñetazos en la cara a un pobre chico mientras ambos viajaban en metro. Un ataque racista sin ningún motivo, dijeron. La víctima era oriental, nacido en Mongolia. Al agresor lo detuvo la policía y el juez le envió a un centro de menores. En las imágenes no se le distinguía la cara porque la llevaba cubierta por una especie de velo transparente. Eso es porque la ley protege a los delincuentes mientras sean menores de edad, me explicó mi madre. Mi padre hizo una mueca de desaprobación. No está de acuerdo en que las cosas ocurran así. Mamá piensa que los menores merecen otra oportunidad, que a los 17 años no hay nada que no tenga arreglo. Mi padre le preguntó de qué bando estaba, ya que defendía a los delincuentes.

—De ese pobre chico nunca debe de haberse ocupado nadie. Si lo hubieran hecho, sabría distinguir entre lo que se debe hacer y lo que no, y no se comportaría de ese modo —dijo ella.

—¡Anda ya! Un chaval de 17 años sabe muy bien lo que está bien y lo que no, y también sabe lo que se hace. Y al pobre apaleado, ¿quién le

defiende, eh? —saltó mi padre.

—Todo el mundo, está claro —dijo mamá—. A la víctima siempre la defiende todo el mundo. En nuestra sociedad el que sale mejor parado es el que sabe ir de víctima.

Bla, bla, bla. Como siempre. Una lata.

Para mamá «ocuparse de mí» —que soy hija única— significa un montón de cosas horribles: no dejarme ir jamás a la escuela con la ropa que me apetece; marearme con mil preguntas cada vez que salgo; quitarme el móvil a las diez de la noche con la excusa de ponerlo a cargar; no dejar que me conecte nunca desde la cama (¡ni siquiera los fines de semana!) o —peor aún— no dejarme tener el ordenador en mi cuarto. Sí, sí, eso es lo peor: tener que hacer los deberes en la cocina solo porque ella quiere «controlar lo que hago» cuando me conecto a Internet; y tener que soportar que de vez en cuando se detenga detrás de mí y mire la pantalla por encima de mi hombro solo para saber si hago algo que no le gusta. ¡Me pone muy nerviosa!

—¿Qué quieres que haga, con la cantidad de trabajos que me ponen en el *insti*? —le pregunto, a ver si se da cuenta—. Además, ya soy mayor, mamá, sé muy bien cuáles son los peligros de Internet.

Pero nada, mi madre no es de las que se dejan convencer fácilmente. Es como si no se fiara de mí. ¡Ni siquiera me deja tener Internet en el móvil! ¡Es increíble! Papá me mira apretando los dientes y como dándome la razón, pero él tampoco sabe qué hacer para convencer a mamá. Ninguno de los dos lo sabemos.

Una vez mi padre dijo:

—No es que mamá no se fíe de ti, Xenia. Es que en Internet existen peligros que ahora no puedes entender y que nos dan miedo. A ambos.

—Sé muy bien qué peligros hay en Internet. Ya no soy una niña pequeña.

Papá meneaba la cabeza.

—Dentro de unos años entenderás nuestro modo de actuar —añadió.

—Creo que no os entenderé nunca —susurré yo, y papá se rio.

Con papá es fácil reírse. Eso es lo que más me gusta de él. Puedo hablarle de todo, porque nunca se pone nervioso como mamá y porque

nunca me trata como si tuviera diez años. No me importa hacerle confidencias a mi padre. Aquella noche, por ejemplo, casi le cuento lo de Marcelo. Me moría de ganas de hacerlo, de decirle cómo todo estaba cambiando de repente y cómo me sentía. Feliz, extraña, distinta. Hacía días que no pensaba en nada más.

Si se lo hubiera dicho, seguro que no me habría echado ningún discursito de esos típicos de padres y madres. Pero él se lo habría contado a mamá, y eso sí era un problema. Papá y mamá siempre se lo cuentan todo.

Por suerte, supe callar a tiempo.

¿Por suerte?

2

Mamá ya me lo había notado. Mamá siempre lo nota todo, no sé cómo lo hace.

«¡Xenia! ¿Quieres hacer el favor de concentrarte en lo que haces? ¡No sé dónde tienes la cabeza!»

«¡Xenia! ¿Adónde vas con la basura? ¿Se puede saber en qué estás pensando?»

«¡Xenia! ¿Qué haces ahí como un pasmarote? ¿Por qué estás tan despistada?»

Tenía razón. Estaba despistada. Mucho. Salía a tirar la basura y me quedaba como hipnotizada en mitad de la escalera, pensando. Me quedaba congelada a medio poner la mesa con una sonrisa bobalicona en los labios y los vasos en la mano, sin saber qué hacer.

También comenzaba a temer que cuando llegaran las notas del segundo trimestre, sería un desastre. Últimamente no estaba muy concentrada en los estudios, que dijéramos. Incluso suspendí dos exámenes de matemáticas seguidos. «Da lo mismo, ya lo arreglaré en las recuperaciones», pensé. Y cuando mamá me preguntó cómo me habían ido los controles, yo repuse con un breve:

—Bien.

—Entonces, ¿nos van a gustar las notas de esta evaluación? —preguntó ella (es una de sus preguntas más típicas).

—No sé —dije, con el corazón a mil.

Sabía perfectamente que no les gustarían nada. Pero aún me quedaban 27 días de margen antes del desastre.

Aquellos días encontraba justificación para cualquier cosa. Cuando mis padres vieran las notas sería horrible, pero de momento vivía en una nube. Siempre había sido buena estudiante, así que no me preocupaba demasiado: ya lo arreglaría. De lo que no quería privarme —¡de ningún modo!— era de vivir aquella montaña rusa de sentimientos que de pronto había aparecido en mi vida.

Me estaba pasando algo muy importante.

Tal vez tendría consecuencias, pero deberían asumirlas. Yo ya lo había hecho.

¿O tal vez alguien cree que cuando un huracán de fuerza cinco pasa por tu vida deja algo en su lugar?

Mi huracán de fuerza cinco se llamaba Marcelo y era un fantasma. Quiero decir que no era —aún— un ser de carne y hueso. Era un ser virtual, que vivía dentro de mi cabeza y de mi ordenador.

Le conocí de una manera muy curiosa: gracias a un libro que tomé en préstamo en la biblioteca municipal. Era una recomendación de la profesora de filosofía que servía para subir nota: *El guardián entre el centeno*, de un tal J. D. Salinger. La bibliotecaria me lo entregó junto a un punto de libro donde se leía: «Comparte tu lectura con otros jóvenes como tú en el fórum lector de nuestra página web». Me pareció buena idea echarle un vistazo. Para ver de qué iba y al menos saber qué opiniones les merecía a los demás.

Entré en el fórum aquella misma noche. Husmeé aquí y allá, en busca de opiniones interesantes. Entonces tropecé con esto:

¿Pensáis que un libro puede cambiaros la vida? Yo antes habría dicho que no sin ni siquiera pensarlo. Pero este libro me ha hecho cambiar de opinión. Me lo he leído un montón de veces y cada vez me pregunto cómo se las ingenió el autor, ese Salinger, para escribir exactamente las cosas que yo a veces pienso o siento. Punto por punto, sin olvidar nada. Os prometo que da un poco de miedo. Me gustaría mucho ser amigo del autor para llamarle por teléfono e invitarle a una cerveza. Le diría: «Yo soy el nuevo Holden Caulfield. Un caso perdido, como él. Yo también estoy un poco loco a veces. También estoy convencido de que casi siempre es mejor no contarle nada a nadie, porque la gente nunca te entiende en realidad».

También me gustaría hacerle algunas preguntas. Por ejemplo: «¿Ese Caulfield del libro eres tú? ¿Todo eso que cuentas ha ocurrido en realidad? Porque si ha ocurrido comprendería por qué parece tan real. Si no, la verdad es que no sé cómo lo has hecho, tío, en serio». Venga, ya termino. Este libro es una pasada, hacedme caso. Es el único consejo que pienso daros en toda mi vida.

Aquel mensaje en el fórum despertó mi curiosidad, y eso que entonces aún no sabía que *El guardián entre el centeno* es una novela muy famosa, que podría resumirse más o menos así: un tío que está colgado hace un montón de estupideces en Nueva York después de ser expulsado del instituto por holgazán y problemático. Es algo así como la obra maestra de su autor, que también debió de estar un poco colgado, creo yo. Esta novela le hizo rico. Ahora ya está muerto, pero el libro sigue teniendo miles de lectores todos los años.

Me lo llevé a la cama y comencé a leerlo. Cuando miré la hora era medianoche y ya iba casi por la mitad. ¡Todo un récord! Estaba en aquella escena en que Holden recibe a Sunny en la habitación del hotel, página 103. ¡Me tenía completamente enganchada! Igual porque era lo más fuerte que había leído hasta entonces.

Al día siguiente regresé al fórum virtual de la biblioteca y busqué el comentario que me había inspirado semejante maratón de lectura. En realidad, buscaba el correo electrónico de su autor. Encontré su ficha, con algunos datos. Edad: 17. Instituto: Ricard Salvat. Correo: HoldenCaulfield@… ¡Por supuesto! No podía ser otro. El nombre del protagonista desgraciado, como él había escrito. Sonreí al leerlo. Le comprendí un poco.

Escribí un mensaje de inmediato:

Hola, caso perdido. Solo te escribo para decirte que gracias a tu recomendación anoche empecé a leer El guardián entre el centeno *y estoy superenganchada. Creo, a diferencia de ti, que a mí no me gustaría nada conocer a su autor y aún menos al desastre del protagonista. Me cae bastante mal el Caulfield este y voy ya por la página 103. Y también me da*

un poco de miedo. ¿Por qué dices que te pareces a él? Ya sé que dices que no merece la pena explicar nada a nadie, pero a mí me gustaría que lo hicieras porque de verdad me interesa saberlo. Espero que me contestes, Holden. Abrazos, Xenia.

¿Verdad que es una manera completamente idiota de comenzar una historia? La vida a veces es completamente idiota.

3

Tardó un poco en responder. Una semana, más o menos. Y cuando lo hizo fue parco en palabras:

Hola, Xenia. Qué nombre más bonito, ¿es el tuyo de verdad?

¿Tú no crees que todo el mundo está un poco loco, de una manera u otra? ¿Nunca has hecho ninguna locura? Por cierto, ¿el libro te está gustando? No me queda claro. Si vas por la página 103, todavía te queda lo mejor. Ya verás.

Pulsé «responder».

Creo que tienes razón. Todos somos un poco menos «normales» de lo que fingimos ser, pero muy pocos se atreven a reconocerlo. El libro me ha gustado mucho. Ya hace días que lo devolví a la biblioteca. Tenía que hacer un trabajo para filosofía (saqué la mejor nota de la clase). Salinger es un tipo misterioso, ¿lo sabías? No le gustaba la fama, no se dejaba fotografiar, escribía pero no quería publicar. No entiendo cómo puede haber gente así. Por cierto, Xenia es mi nombre real. Y tú, ¿cómo te llamas? Yo tengo 16 años y estoy en primero de bachillerato. ¿Tienes móvil? Podemos hablar por Whatsapp, si quieres. Sería más práctico.

Enviar. Enviando. Mensaje enviado.

Ni diez segundos después, un cling anunciaba la llegada de una respuesta. De nuevo era breve:

No tengo móvil. ¿Qué nota sacaste, empollona? Me llamo Marcelo López, y tengo 17 años. No sabía lo de Salinger, gracias por contármelo. Me gusta mucho aprender cosas. Aunque hablar contigo me gusta más aún.

Respuesta:

Saqué un 10, por supuesto, ¿qué te creías? No es por presumir, pero soy una estudiante bastante brillante. Necesito serlo, porque quiero ser médica y la nota de corte de medicina es altísima. O estudio o frustraré los deseos de toda la familia. ¡Mis padres se mueren por tener una médica en la familia! ¿Los tuyos no te vuelven loco con estas cosas? ¿Por qué envías respuestas tan cortas? ¿Y por qué no tienes móvil? ¿De qué planeta eres? Creo que eres el primer chico de 17 años sin móvil que he conocido EN TODA MI VIDA. ¿A qué esperas para comprarte uno? A mí también me gusta hablar contigo, pero con el móvil lo haríamos mucho mejor que por este sistema antediluviano.

Enviar, etcétera.

Esta vez no hubo respuesta. Esperé, impaciente, durante un buen rato, hasta que me di cuenta de que se había desconectado, o quizá estaba haciendo otras cosas. O tal vez tenía una madre como la mía, que le decía cuándo hacer las cosas y cómo. Resumiendo: otra víctima inocente de la tiranía materna.

Aquella tarde pensé mucho en él. Entré unas cuantas veces al correo para ver si me había contestado. Sin suerte.

La respuesta llegó dos días más tarde.

No puedo escribir mucho aquí donde estoy. Créeme que lo siento un montón. ¿Podemos continuar así hasta que tenga un móvil? ¿Me podrías decir cómo eres? Me gustaría mucho imaginarte.

Le contesté enseguida. Tan concisa como él:

¿Dónde estás?

No soy muy buena con las descripciones. ¿Conoces el dicho «Vale más una imagen que mil palabras»? Pues aquí tienes una.

Y adjunté una fotografía. Una de finales del curso pasado. No he cambiado apenas. En la foto casi no se me ven los dientes de conejo y todavía llevo el pelo largo. Por eso la elegí. Además, llevaba puesto un jersey negro que me hacía parecer mayor y que tenía un escote sexy.

El corazón me iba a mil por hora mientras pensaba que la estaba mirando. La respuesta no se hizo esperar.

Xenia, eres preciosa. Pareces mayor de 16. Lo lamento muchísimo, pero yo no tengo ninguna foto para enviarte, aunque intentaré conseguir una. Me siento afortunado desde que hablo contigo. Gracias, gracias de verdad.

¿Habéis pensado alguna vez cuánto tiempo necesitamos para enamorarnos? ¿Un segundo? ¿Cinco minutos? ¿Dos horas? ¿Un día? ¿Una semana?

Todas las respuestas son correctas.

4

Soy muy observadora. Me di cuenta, por ejemplo, de que Marcelo solía responder a mis mensajes de cuatro a cinco de la tarde los lunes, miércoles y viernes. Muy de vez en cuando escribía por las mañanas. Nunca en martes, jueves o sábado. Pensé que tal vez me escribía desde su trabajo y que debía de tener problemas para utilizar el ordenador para asuntos personales; por eso sus mensajes eran siempre tan breves, porque no quería buscarse problemas.

Cuando conoces a una persona por Internet, todo lo que no sabes de ella tienes que imaginarlo. Por eso te equivocas.

Tal vez hablar de todo aquello con alguien me habría ayudado a verlo de otra forma, a darme cuenta de que era una locura. Pero mi única amiga era Sandra y no estábamos pasando por muy buen momento. A mí me parecía que ella estaba muy extraña desde que había empezado a salir con aquel chico universitario, como si él la estuviera cambiando. O puede que la extraña fuera yo, quién sabe. Tal vez me daban un poquito de envidia. El caso es que no le conté nada a nadie.

Dos días después de que le enviara la foto, Marcelo me pidió otra. Fui muy dura con él:

No te enviaré ninguna más hasta que me mandes una tuya.

Funcionó. Cuando recibí un correo electrónico con un documento adjunto, se me dispararon los latidos del corazón. Mamá estaba en la cocina, pero lo abrí de todos modos. No podía esperar ni un segundo.

Delante de mí, el trabajo de literatura. Detrás, a punto para esconderla si mamá se acercaba demasiado, la foto que me moría de ganas de mirar.

Me lo había imaginado tantas veces que abrí la foto con un miedo terrible. ¿Y si no era como yo pensaba? ¿Y si era horroroso?

Durante unos pocos segundos, creo que me olvidé de respirar. A veces la vida se detiene. Solo unos segundos, sin ningún movimiento. Es como si el mundo enmudeciera para subrayar lo que es importante de verdad. Después, todo vuelve a sonar con más fuerza. Mi corazón como un tambor. Pom, pom, pom, pom.

En la pantalla, la imagen de un chico de cuerpo entero, vestido como si fuera a practicar judo: pantalones blancos, camisa blanca, cinturón negro. No tenía ni idea de artes marciales, pero pude medio adivinar que aquel color de cinturón significaba que tenía nivel. Era delgado, tenía el pelo oscuro un poco rizado y los ojos… —aproximé la imagen— tal vez azules, o verdes. Parecía bastante alto. Sonreía. Tenía cara de buena persona. A su espalda se distinguían las instalaciones de un gimnasio.

Respondí:

¿Haces judo?

Esta vez su mensaje no se hizo esperar nada —eran las cinco menos cuarto— y me hizo sonreír:

Taekwondo. ¿Sabes lo que es?

Más o menos. ¿Eres cinturón negro o solo estaba sucio?

¡Jajajajaja! ¡Muy bueno! Cinturón negro. Primer Dan.

¿Qué es eso de Dan?

Un nivel. Significa que soy bueno.

Me tendrás que explicar qué has hecho para conseguirlo, ¿de acuerdo? ¿Tal vez cuando nos veamos?

Escribí esta frase sin pensar. A veces, todos hacemos algo sin pensar lo suficiente. Incluso la gente más sensata (o que cree serlo). Incluso los más inteligentes. Yo había pensado mucho en lo que dije, claro. Quería tener a Marcelo delante de mí, mirarle a los ojos y sentir su mirada en los míos. Lo deseaba desde antes de ver su foto. Me habría dado lo mismo que fuera feo, un adefesio. Pero ahora que sabía cómo era, aún lo quería con más ganas. Quedar, vernos. Me habría gustado que lo propusiera él, pero como no lo hizo, me decidí. Yo también estoy un poco loca, a veces. Y antes de que tuviera tiempo de contestarme, pensé que había un par de cosas que le quería decir:

Oye, me gustas mucho. Quiero decir que tu foto me ha gustado mucho y ha hecho que termine de decidirme. Ya sé que por correo electrónico no puedes escribir demasiado. Además, no es manera. ¿No crees que si quedáramos para tomar algo podríamos hablar de todo? Es un método todavía más antiguo que escribirnos. ¿No te apetece? ¡Venga, di dónde y cuándo!

Pulsé «enviar» y nada más hacerlo comencé a arrepentirme de haber sido tan directa. ¿No os ocurre que en ocasiones un sexto sentido, llamémosle intuición, os advierte de que las cosas no van a salir bien?

Pues en aquel momento yo sentí a mi sexto sentido emitiendo señales de alarma a máximo volumen.

Cling, tienes un correo sin leer.

No importa la foto. Yo lo que quiero saber es si te gusto por dentro. Lo importante es invisible a los ojos, ¿lo sabías? De ti me gusta mucho más lo que no se ve, lo que va por dentro. Y eso que me pareces superguapa.

No esperaba aquella respuesta. Era como si no hubiera leído nada de lo que yo le había escrito. Peor: era como si echara balones fuera. Contesté:

Claro que me gustas por dentro, pero por fuera también. ¿Has leído mis dos correos anteriores? ¿Quieres quedar o no?

Soy una impaciente, lo sé. Es un gran defecto que tengo. Mamá siempre lo dice:

—Algún día, estas prisas tuyas te darán algún disgusto, Xenia. Tienes que aprender que no se puede querer todo para ya, hija.

Todo y ya mismo. ¿Por qué esperar? Esa es mi filosofía de la vida. Ya ha quedado claro que no era la de Marcelo.

Su respuesta me sentó como un jarro de agua fría.

No quiero. Aún no. Algún día te lo explicaré.

Debo de ser una boba, porque aquel mensaje suyo me dio unas ganas terribles de llorar. Marcelo no quería conocerme, no compartía mis prisas, no sentía lo mismo que yo. Entendí que me había equivocado, que había hecho el ridículo.

Mi respuesta:

Lo comprendo, no te preocupes. Pensaba que yo te gustaba como tú me gustas a mí, pero ya veo que me he precipitado. No pasa nada. Lo siento, no quería que te sintieras mal por mi culpa. Me ha encantado conocerte, Marcelo López. Ya te dejo en paz. Un beso.

Enviar. Enviando mensaje. Mensaje enviado.

El corazón a mil por hora.

Conté los segundos. Fueron 14.

Espera. Por favor, espera.

Cuatro palabras que no significaban nada. ¿O sí? ¿A qué debía esperar? Eran las cinco. Algo me decía que hasta el día siguiente no recibiría ningún otro correo.

Esta vez me equivoqué. Hacia las seis y media entró un nuevo mensaje. Uno largo, que no parecía suyo.

Xenia, no te escribo este correo para suplicarte nada. No tengo mucha práctica en esto de suplicar. Pero quiero que sepas que estos días has sido muy importante para mí. Lo más importante de toda mi vida, de hecho. A mí también me gustas mucho, y dicho así creo que es quedarme bastante corto. Nunca había sentido nada igual. Diría que me he enamorado de ti. Todo esto es muy extraño. Pienso en ti desde que me levanto hasta que me voy a dormir. Deseo conocerte más que nada en el mundo, pero ahora eso es imposible. Te quiero. Uf, qué raro es escribirlo. Pero es la pura verdad. Quería que lo supieras. Si quieres desaparecer de mi vida, ahora ya puedes hacerlo. Yo te recordaré siemp

El mensaje terminaba así. De repente, a medio escribir una palabra. Como si hubiera sido enviado por error.

Esperé un poco, a ver si entraba otro mensaje, pero no. Media hora después le escribí yo.

No pienso desaparecer de tu vida. Aunque hay un montón de cosas que no comprendo y que me gustaría preguntarte. Da lo mismo, debe de ser que me gustan los tíos misteriosos. Como Salinger, ¿te acuerdas?

No volvió a responder aquella tarde —era miércoles—, ni al día siguiente, ni el viernes. Tampoco durante el fin de semana.

No sé cuántas veces consulté el correo durante aquellos días interminables, ni cuántas veces tuve que escuchar de boca de mi madre la misma pregunta:

—¿Se puede saber qué te pasa, cariño?

No. No se podía saber. Mamá no habría entendido nada.

Lo que me pasaba era que echaba de menos a Marcelo más que nunca a nadie. Me sentía ridícula por estar colgada de un fantasma. Me daba miedo que pudiera desaparecer para siempre de mi vida. No entendía cuál era su problema, pero estaba claro que tenía alguno y yo me moría de ganas de ayudarle. No podía hacer nada para evitar lo que me estaba ocurriendo. Solo esperar y esperar.

Esperar. He aquí la palabra que más odio de todas las del diccionario.

5

El lunes no pude más. Solo tenía dos pistas minúsculas, pero me bastaban para comenzar. Una era el nombre de su instituto. La otra era la foto.

Empecé por lo que parecía más fácil.

IES Ricard Salvat. Parada de metro más cercana: Gornal. Línea 8. Tenían jornada intensiva. Perfecto. Así podía ir para allá después de terminar las clases de la mañana y antes de empezar las de la tarde (por fin pude verle alguna ventaja a estudiar en un colegio concertado con clases por las tardes). A mamá le dije que tenía que quedarme a comer en el cole para terminar un trabajo de inglés. Para evitar problemas añadí:

—Recuerda que no me puedes llamar, porque en la biblioteca es obligatorio tener el móvil en silencio.

(A veces mamá no se acuerda de las normas absurdas de mi colegio y después me echa a mí la bronca porque no contesto cuando me llama. Y encima los profes también me echan la bronca, por lo mismo).

Me sentí una persona horrible por colarle a mamá todas estas mentiras, pero la causa merecía la pena. Eso pensaba yo en ese momento. Lo peor de obrar mal no es encontrar el modo de justificarte ante los demás, sino hacerlo ante ti misma.

El instituto Ricard Salvat estaba en una calle corta y estrecha, sin tráfico rodado, junto a una escuela de primaria. Llegué hasta allí casi a la hora de la salida de clase. Fui directamente a la secretaría y pregunté por Marcelo López.

La mujer que me atendía desde el otro lado de la ventanilla parecía un poco distraída.

—¿Quién?

—Marcelo López.

—¿Es un profesor del centro?

—No. Un alumno.

—No me suena —dijo—. ¿De qué curso?

—Primero de bachillerato.

—Déjame comprobarlo.

Extrajo una hoja de una carpeta y consultó una lista. Tardó un poco, porque mientras lo hacía tuvo que atender tres veces el teléfono, hacer dos fotocopias y escuchar algo urgente que debía decirle una profesora. Después se volvió hacia mí y me dijo:

—No hay ningún alumno que se llame como dices. ¿Estás segura de que estudia aquí?

—Claro —repuse.

—Espera un momento, le preguntaremos al director. Él seguro que lo sabe.

Mientras esperaba, eché un vistazo al pasillo. Estaba lleno de fotografías de esas tan típicas de último curso. Esas en que todo el mundo parece bobo y todos los profesores parecen muy orgullosos. Durante un buen rato busqué a Marcelo en las fotos, convencida de que iba a encontrarle y que le reconocería al momento.

A pesar de que nunca nos habíamos visto, creía conocerle muy bien.

—¿Eres tú quien me busca? ¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó el director.

Era un hombre de pelo negro, piel muy blanca, que sonreía todo el rato. Me resultó muy simpático. Le expliqué que buscaba a un alumno del centro.

—Marcelo López, de bachillerato.

—No es de este instituto —respondió, rotundo, meneando la cabeza.

—A lo mejor está en la ESO —me arriesgué, pensando que tal vez Marcelo era repetidor y no se había atrevido a decírmelo.

—No, no. Conozco a todos los alumnos. Este no es un centro muy grande. No hay ningún Marcelo López. ¿Puedo preguntarte por qué le buscas aquí?

—Me dijo que estudiaba en este centro.

El director meneaba la cabeza y fruncía los labios, como si lamentara la situación. Yo no perdía la esperanza. Ya lo dice mamá: a testaruda no me gana nadie.

—Es alto, moreno, delgado. Hace taekwondo. Es cinturón negro —dije.

—¿Cinturón negro de taekwondo? —saltó—. No, no, seguro que no estudia aquí. Si lo hiciera, yo lo sabría —y entonces bajó la voz, como si me explicara un secreto—: Yo soy cinturón azul. De momento.

Le di las gracias. Aún continué un buen rato mirando las fotos de las paredes, como si esperara un milagro.

Los milagros no ocurren a menudo.

Después, volví al metro. No entendía nada. ¿Por qué Marcelo había puesto en su ficha de la biblioteca que estudiaba en aquel instituto si no era verdad?

Seguro que había algún motivo que yo no alcanzaba a comprender. Seguro que si se lo preguntaba me lo explicaría y sus explicaciones harían que lo viera todo claro de nuevo. El problema era preguntárselo. Para hacerlo debía confesarle que le estaba buscando. No era tan fácil.

Aquel día no comí. En parte, porque no me quedó tiempo. Cuando llegué al cole, después de mi excursión, el comedor ya estaba cerrado y solo quedaban 20 minutos para que comenzaran las clases de la tarde.

Por la noche, mamá me preguntó qué había de menú ese día en el comedor. Me lo tuve que inventar:

—Lentejas, pollo y fruta —respondí, sin vacilar ni un segundo.

Mamá no sospechó nada.

6

Me quedaba otro lugar donde buscar a Marcelo. Esta vez fue un poco más complicado. Solo tenía aquella foto del gimnasio que me había enviado. Al fondo se veía una especie de grada, a un par de personas y un pedazo de muro con un rótulo que no se leía del todo. La parte visible eran solo tres letras: «m Chi». No mucho, la verdad.

Las búsquedas por Internet que hice en los dos días siguientes no me sirvieron de nada. En toda Barcelona no había ningún gimnasio de artes marciales llamado «m Chi». O yo no supe encontrarlo, por lo menos.

No sé cómo, pero terminé en una página que contaba un montón de cosas del taekwondo. Desde su origen en Corea del Sur hace poco más de cincuenta años hasta su filosofía, basada en tres principios muy importantes: la cortesía o *Ye Ui*; la constancia —*In Nae*—, y la integridad, que en coreano se dice *Yam Chi*.

—¿Qué haces, Xenia? ¿Qué escribes? —preguntó mamá, apareciendo de repente detrás de mí, justo en el momento en que yo acababa de hacer el gran descubrimiento.

—Nada. Un trabajo para la clase de educación física.

—¿Un trabajo sobre qué? —preguntó ella, mientras batía los huevos.

—Filosofía de las artes marciales —repuse.

—Ah, mira…

Mamá dijo «ah, mira». Si hubiera dicho «qué interesante» o «qué divertido», habría sido mucho peor, porque entonces habría venido a curiosear. Pero aquella respuesta significaba que mi trabajo sobre artes marciales en realidad no le interesaba demasiado. Perfecto.

Mientras vigilaba a mi madre por el rabillo del ojo, volví a ejecutar la búsqueda y esta vez escribí bien la palabra misteriosa: «Gimnasio + Artes marciales + Yom Chi». A lo mejor tenía un poco de suerte y mi intuición era correcta.

Aparecieron unos cuantos resultados, con fotos y direcciones. Mamá acababa de echar los huevos en la sartén. Esto significaba que en unos cinco segundos pronunciaría la misma frase de siempre. No falla nunca. Cinco…, cuatro…, tres…, dos…, uno…

—¡A poner la mesa! ¡La cena ya está lista!

Y a continuación papá diría:

—Xenia, apaga el ordenador y ayúdame a poner la mesa.

Apagué el ordenador. Después de cenar no me dejan volver a utilizarlo. Mis padres son muy estrictos con la hora de acostarse porque…

—Las horas de sueño son superimportantes, Xenia. Durante la noche el cerebro recupera todas las energías que gasta a lo largo del día. Si no duermes, no rendirás.

Mientras cenábamos me acordé de algo terrible: había estado tan obsesionada con encontrar el gimnasio que no había revisado el correo electrónico. ¿Cómo era posible? ¡Qué idiota, qué idiota, qué idiota! ¿Y si Marcelo había contestado? Me había obcecado con mis investigaciones detectivescas y había olvidado lo más importante.

—Necesito mirar una cosa en el ordenador. Es muy urgente —dije, masticando tranquilamente el revuelto de calabacín.

Mis padres hicieron una mueca de desaprobación.

—Será solo un momento —insistí, para convencerles.

No sé ni para qué lo intento. Mi madre jamás cambia una norma si piensa que es importante. Meneó la cabeza a ambos lados antes de decir:

—Has tenido un buen rato para mirarlo antes de cenar. Ya sabes que cuando es no, es no. Y punto. No pienso discutir contigo.

Si hago una lista de las diez frases más odiosas que dice mi madre, estas dos ocuparían los dos primeros puestos: «Cuando es no, es no» y «No pienso discutir contigo». Aunque, ahora que lo pienso, tal vez las frases más odiosas deberían ser 15. O 20. O…

Estuve un poco enfurruñada hasta la hora de irme a la cama. Cinco minutos antes de las diez y media (no falla) mi padre dijo:

—Xenia, a la cama.

¿Conocéis a alguien de 17 años que tenga que irse a dormir a las diez y media? Pues ya sí. Yo.

Las horas de descanso son muy importantes, pero mamá no tiene en cuenta que a veces hay cosas que te quitan el sueño. Aquella noche di vueltas y más vueltas en la cama. No podía quitarme de la cabeza lo que había pasado: el instituto donde no sabían ni rastro de Marcelo, el gimnasio de artes marciales, el correo electrónico que tal vez estaba esperando en mi bandeja de entrada…

Si hubiera tenido mi móvil a mano, habría sabido que no era la única que no podía dormir. Sandra también estaba preocupada, pero por un motivo muy diferente. Si hubiera tenido mi móvil habría visto su mensaje, enviado a las once menos diez.

Todavía estoy estudiando pero creo que no me sé *nada. ¿Tú cómo lo llevas? ¿No crees que alguien debería hacerle un favor a la humanidad y prohibir la filosofía?*

Mejor no haberlo visto, ahora que lo pienso.

7

Vi el mensaje de Sandra cuando ya estaba en el coche con papá, camino del colegio. El examen era a primera hora. Fue el más desastroso de mi vida.

Dos preguntas:

1) Diferencias entre las teorías evolucionistas de Darwin y Lamarck.

2) Relaciona y analiza los conceptos de libertad y responsabilidad.

La primera todavía me sonaba un poco, pero de la segunda no tenía ni idea. Me quedé completamente en blanco. Un auténtico desastre.

Sin embargo, más me valía no pensar en ello, porque tenía cosas que hacer. Le dije a mamá que todavía no habíamos acabado el trabajo de inglés y que me quedaba a comer otra vez en el cole.

—Está bien, así aprovecho para ir a la peluquería —dijo ella, muy práctica.

Al acabar las clases entré en el aula de informática. Ya era jueves, y los jueves nos dejan usar los ordenadores. Primero corrí a abrir mi correo electrónico. Tenía un mensaje. Marcelo lo había enviado el día anterior, a las 16:23. Tan corto como de costumbre.

Perdona que haya desaparecido tantos días. No me he podido conectar. Te he echado de menos.

Pulsé el botón «Responder».

Yo también. Estaba preocupada por ti. ¿Te ha pasado algo?

No quería explicarle nada de lo que estaba planeando. Estaba nerviosa cuando cerré el correo y abrí el buscador. Como una niña a punto de hacer algo prohibido. Escribí de nuevo los criterios de búsqueda del gimnasio: «Gimnasio + Artes marciales + Yom Chi» y pulsé el icono de la lupa.

Buscar.

Más de 14 000 resultados.

Sin embargo, el que yo quería estaba en primera posición: «Escuela de Artes Marciales Yom Chi. Judo, Aikido, Jiu-Jitsu, Karate, Taekwondo. ¿Dónde estamos? ¿Quiénes somos? Conoce a nuestros profesores».

Fue lo más fácil del mundo. Di un paseo virtual bastante entretenido. Me sorprendió encontrar a Marcelo entre las fotos de los maestros. Además, ¡qué casualidad!, la foto de la web era la misma que él me había enviado, la única que yo conocía: Marcelo con pantalones blancos, camisa blanca y cinturón negro, de pie y de cuerpo entero.

Al pie, leí: Marcelo López, cinturón negro, primer Dan. Profesor de la escuela infantil de Taekwondo (6-10 años).

Sonreí. No me había dicho que diera clases a niños pequeños. Me hizo gracia. Pulsé en la pestaña «Dónde estamos». Apunté la dirección: El Prat del Llobregat, Avenida Once de Septiembre. Con un poco de suerte, podría estar allí antes de una hora. Seguí las instrucciones que facilitaba la misma página, en el apartado: «Cómo llegar». Tenía que ir hasta la estación de Paseo de Gracia y subir al cercanías (dirección Sant Vicenç de Calders o Vilanova i la Geltrú). Me apunté todo, para no olvidarme de nada. Calculé cuánto tardaba el tren y me di cuenta de que quizá no llegaría a tiempo para las clases de la tarde.

Me daba lo mismo. Ya pondría cualquier excusa. De todas maneras, el trimestre empezaba a estar perdido sin remedio. Faltaban once días para las notas. Once días antes de que explotase la bomba atómica en mi casa.

Apagué el ordenador. Las puertas del colegio todavía estaban abiertas. Para no levantar sospechas, no había comprado el *ticket* del comedor. Salí sin que nadie se fijara en mí, directa hacia el metro. Cinco estaciones sin trasbordo, hasta Paseo de Gracia. Un tren en dirección a Sant Vicenç de Calders. 16 minutos de viaje.

Nunca había estado en El Prat del Llobregat, excepto alguna vez de paso para ir al aeropuerto. Pregunté dónde quedaba la calle que estaba buscando. No estaba cerca de la estación.

—¿Conoces la zona de las 801 viviendas? —me preguntó la señora que me daba indicaciones.

Dije que no y me dio un montón de instrucciones para llegar hasta allí. Tenía que tomar dos autobuses urbanos. Era complicado.

Preferí ir a pie, caminando deprisa. Creo que atravesé toda la ciudad, antes de encontrar la Avenida Once de Septiembre. Fue como una gran aventura. No parecía un barrio muy seguro. Tenía la impresión de que todo el mundo me miraba, como si supieran que no era de allí y me estuvieran vigilando.

El gimnasio estaba cerrado, pero en la puerta había un cartel que indicaba el horario: de 16:00 a 23:00.

Solo faltaba esperar.

Esperar. Otra vez. ¿Os habéis parado a contar cuánto tiempo perdemos en nuestra vida solo esperando algo?

Entré en un bar y me gasté el dinero de la comida en un bocadillo y un refresco. La gente que había allí —unos seis o sietes hombres mayores— me miraban con curiosidad. En la tele daban noticias deportivas. Simulé que las miraba mientras pensaba, con emoción, que quizá estaba a punto de conocer al amor de mi vida.

El bocadillo ni lo probé.

8

Un señor mayor y bajito abrió el gimnasio a las cuatro en punto. Fui hacia allí enseguida. La puerta se abrió con un campanilleo de lo más alegre. Encontré al hombre trasteando tras el mostrador del vestíbulo.

—Estoy buscando a Marcelo López —anuncié, con un hilo de voz, temiendo una respuesta desagradable.

—¿Marcelo? Suele llegar hacia las cuatro y media —dijo el hombre, mientras ordenaba las llaves y encendía las luces—. ¿Es para una inscripción? En esta época no admitimos nuevos alumnos.

—No, no, no quiero inscribirme —repuse.

—Ah, muy bien.

—¿Podría esperarle por aquí? —casi no me salían las palabras.

Asintió con la cabeza y desapareció dentro de una habitación que parecía un despacho.

No podía cree que le había encontrado. Estaba a punto de conocerle. Se iba a llevar una sorpresa impresionante. ¿Qué haría al verme? ¿Cuáles serían sus primeras palabras de viva voz? ¿Qué haría yo en su lugar? Lo mejor era que por fin íbamos a poder hablar sin tropiezos. Tal vez podría salir un momento para tomar algo conmigo en el bar de enfrente. No era un lugar muy romántico pero no importaba. A su lado incluso un vertedero me parecería romántico. ¡Teníamos un montón de cosas que contarnos!

Me entretuve un poco mirando los trofeos expuestos en una vitrina. Reparé en que Marcelo había ganado un par de ellos; llevaban su nombre gravado en la plaquita dorada. En las fotos también salía junto a sus alumnos, los pequeños *taekwondistas*, todos vestidos de uniforme. Incluso leí un recorte de periódico, enmarcado junto a la vitrina, donde decía: «El

taekwondo de El Prat sube de categoría». En la foto aparecía Marcelo junto al señor bajito y viejo que me había abierto la puerta. Pensé que aquel señor debía de ser el dueño del gimnasio.

Nunca media hora ha transcurrido más despacio. Se me hizo eterna. Cada vez que escuchaba pasos o voces en la calle se me aceleraba el corazón. No podía dejar de mirar a la puerta. Tenía las manos heladas, la boca seca y las emociones hechas un lío. A ratos pensaba que Marcelo no aparecería y a ratos que ya estaba allí.

El amor nos vuelve idiotas. Unos cabeza de chorlito que no piensan bien ni se dan cuenta de nada. El problema es que nadie se percata de ello mientras le pasa.

De pronto se abrió la puerta. Era él. Más alto de lo que había imaginado, con el pelo un poco más corto que en la foto. Tenía los ojos verdes y parecía algo mayor. El corazón me latía con tanta fuerza que no podía decir nada. No importaba mucho, de todos modos. ¿Para qué necesitaba las palabras en un momento así? En cuanto me viera me reconocería. No había cambiado tanto desde aquella foto del curso pasado que le envié. Llevaba el pelo un poco más corto ahora, eso sí. Traté de que no se me vieran los dientes de conejo. Estaba segura de que se volvería loco de la sorpresa. No podía ni imaginar qué haría.

Así pues, me planté en mitad del vestíbulo y me quedé mirándole muy fijamente. Me moría de ganas de que me mirara. ¡Estaba hecha un manojo de nervios!

He aquí uno de esos momentos en que el mundo se ralentiza. Un par de pupilas verdes que de pronto se mueven y se clavan en ti. Un corazón que se detiene porque por fin ha llegado aquello que tanto deseaba. El silencio del mundo mientras espera que ocurra algo.

Las pupilas que pasan de largo, como si no hubieran visto nada, como si no me reconocieran. Y yo que pienso: «No puede ser. No me ha visto». Y digo:

—¿Hola? ¿Marcelo?

Entonces él se detiene otra vez y esta vez me mira mejor, con más atención. «Ahora sí me ha reconocido», pienso. «A ver qué hace».

En su frente aparecen un par de arrugas. Se acerca a mí. Sus pupilas de color verde claro muy fijas en las mías. Pienso que igual me besará. El corazón a mil. Entonces dice algo incomprensible:

—Hola. ¿Nos conocemos?

No entiendo nada. ¡Es él! ¿Qué le pasa? ¿Por qué finge que no sabe quién…?

—Soy Xenia —digo, tan emocionada aún que casi me cuesta trabajo respirar.

—¿Xenia? —hace como que piensa, con una sonrisa encantadora e inquietante en los labios. Desde que ha entrado me he fijado en que tiene unos labios preciosos, que me dan ganas de…—. Perdona, tía, me he quedado en blanco. ¿De qué nos conocemos exactamente?

—¿Salinger? —digo yo, no sé por qué. Tal vez porque creo que pronunciar en voz alta el nombre del escritor raro romperá el maleficio y le devolverá la memoria. Los recuerdos de cómo empezó esta historia pequeña y un poco ridícula, como todas. Pero él pone cara de sorpresa.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? —pregunta, y ahora las arrugas de su frente me parecen feas.

Nunca dos preguntas más inocentes me han hecho más daño. Los ojos se me llenan de lágrimas y siento como si todo el universo se cubriera de pronto de una niebla oscura, espesa, pegajosa. Una niebla de la que quiero escapar pero no puedo.

A pesar de todo, me salen de dentro unas palabras que no parecen mías:

—Nada.

Entiendo que lo mejor que puedo hacer es marcharme. Camino hacia la puerta, la abro. Ahora el campanilleo ya no me parece alegre en absoluto. Oigo la voz de Marcelo que trata de detenerme:

—Espera. No te vayas.

Pero yo no quiero escucharle. Echo a correr por la calle, hasta una parada de autobús. Por desgracia no viene ninguno en este momento. Esperaré y me subiré al primero que pase. Vaya donde vaya estará bien. No quiero que nadie me vea llorar. No entiendo nada de lo que ocurre. Nada es como yo lo había imaginado, como yo quería que fuera.

Los hombres del bar han salido a la calle y me miran con más curiosidad que antes. Seguro que piensan que soy una chica muy extraña.

Mientras me esfuerzo como nunca por no llorar, me doy cuenta de que el bar se llama Carmen. Un nombre de mujer para un bar lleno de hombres. Qué curioso.

9

—¡Espera! ¡Xenia, espera un momento!

La voz de Marcelo me persigue. No estoy soñando. Es él. Pero al mismo tiempo no lo es.

Por fuera y por dentro. Fue él quien me dijo que lo importante es cómo somos por dentro, no por fuera. ¿Puede ser que tenga algo que ver con todo esto? No soy capaz de pensar con claridad. Pero a la vez algún instinto me avisa del desastre.

Se detiene delante de mí con las manos en la cintura. Ahora veo algo en él que me desagrada.

—¿Me lo puedes explicar? —pregunta—. ¿De qué va todo esto, tía?

No me gusta cómo me habla. No me gusta nada de lo que está pasando.

—Me han engañado. He estado hablando con alguien que se ha hecho pasar por ti —le digo—. Me enviaron tu foto, la que sale en la web del gimnasio. Evidentemente no eras tú. Lo siento.

Me cuesta estar delante de él y no ponerme nerviosa a pesar de que sé que él no es él.

¿Qué somos las personas, más allá de lo que se ve por fuera? ¿De qué nos enamoramos cuando nos enamoramos?

—Te han engañado… ¿cómo?

—Por Internet.

—¿Por Internet? ¿Lo dices en serio?

No me apetece dar explicaciones.

—Ya ves —digo.

—Vaya, tía, parecías más lista. ¿Te has dejado tomar el pelo por Internet? ¿No habrás dado los datos de tus tarjetas de crédito o algo así?

Esta conversación no me gusta. Me quiero ir.

—Por supuesto que no.

—¿Y cómo se te ocurre? ¿No sabes que es peligroso hablar con cualquiera por Internet? Te mereces que te hayan engañado, por boba.

Lo último que necesito es que este Marcelo de pacotilla me eche un sermón.

—Gracias por los ánimos. Tengo que irme —digo.

Me pongo nerviosa. Nunca ha existido verdad más grande: tengo que irme. No quiero estar aquí ni un segundo más. Por el rabillo del ojo me parece que veo venir un autobús. Me fijo bien: sí. Viene uno.

—Igual podríamos quedar otro día —dice él, y me agarra por el brazo.

—Mejor no.

—Cuando se te pase el enfado, ¿vale? ¿Tienes un boli? Te apunto mi teléfono en la mano y me llamas cuando te apetezca.

Se ha dado cuenta de que se acerca un autobús. ¡No pienso apuntarme nada en la mano! Y aún menos, llamarle. Tan solo hace cinco minutos que hablamos y ya me cae fatal.

—Esto… —busca en sus bolsillos—. ¿Tienes un boli, tía?

—No me llames tía.

Llevo el estuche del colegio lleno de bolis, pero no pienso sacar ninguno. El autobús ya está aquí. Se detiene.

—Me voy —repito.

—¿No quieres mi teléfono? —pregunta, con tono de sorpresa, como si todo el mundo quisiera su teléfono. Debe de estar acostumbrado a que todas las chicas le persigan. El muy presumido.

—Otro día —digo, y me voy.

Pero él viene detrás de mí. Qué pesado. Por un instante temo que suba al autobús y no me deje en paz. Ya se han abierto las puertas cuando pregunta:

—¿Qué es eso de *challenger* que has dicho antes?

—¿Challenger?

—Sí. Lo has dicho tú.

—Chall… ¡Ah! ¡Salinger! He dicho Salinger.

—Vale. ¿Y eso qué es?

—Un escritor.

—Ah —parece decepcionado—. No lo conozco.

—Ya se nota.

Se cierran las puertas. Estoy salvada. Él se ha quedado abajo, con esa cara de idiota. Ahora por fin se da cuenta de que no me apuntaré su teléfono. Qué le vamos a hacer, la vida es dura. O quizá ahora ha entendido lo que le acabo de decir, y por eso frunce el ceño. Comienza a gritar. Se pone colorado y se le marcan las venas del cuello. Cierro los ojos para no verle, pero le escucho todavía un rato más mientras el autobús se aleja calle abajo. Sus gritos desafinados me persiguen, como en una pesadilla, cada vez más fuertes.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué quieres decir con que se nota? ¿Quién te crees que eres para hablarme así, estúpida? ¡Creída de mierda! ¡Imbécil!

Pero yo ya no estoy allí. Mientras me alejo miro el barrio, su gente, los niños por la calle.

Creo que no volveré nunca.

10

Aquel no fue precisamente el mejor día de mi vida. No tenía ganas de cenar, pero lo hice para que papá y mamá no se preocuparan. Me costó mucho tragar la crema de verduras y las dos salchichas de pollo.

—¿No tienes hambre, cariño? —me preguntó mi madre, con una dulzura que aún me hizo sentir más culpable.

Les había mentido. Iba a sacar unas notas horribles. Me sentía fatal.

—Es que no me encuentro bien —dije (y era verdad).

Mamá me puso la mano en la frente, chasqueó la lengua y le dijo a papá:

—Esta niña tiene décimas.

No valoramos lo que tenemos hasta que lo ponemos en peligro. A veces, hasta que lo hemos perdido del todo. Es una de aquellas cosas que demuestran que las personas no somos tan inteligentes como pensamos.

Aquella noche, cuanto más cuidaba mi madre de mí, más culpable me sentía. Nunca antes le había dicho una sola mentira y ahora me arrepentía mucho. Debía hacer algo y cuanto antes, mejor. Pero, ¿qué? ¿Cómo?

—Vete a dormir, reina. Tal vez mañana tendrías que quedarte en casa para que se te pase lo que sea que tengas —un beso en la frente, una sonrisa comprensiva, tierna.

Me metí en la cama, pero no pude conciliar el sueño. Solo pensaba y pensaba. ¿Cómo, qué, cuándo? Y me arrepentía de haber sido tan idiota. ¿Acaso no sabía que en Internet la gente miente? ¿Quién sería en realidad el imbécil que se había hecho pasar por Marcelo, el patético? Alguien todavía más patético, seguro. ¿Y por qué razón? ¿Qué quería? ¿Qué perseguía con nuestra relación a través del correo? Piensa, piensa, piensa… Cerré los ojos

cuando vi una rendija de luz bajo la puerta y escuché al otro lado la voz de mis padres. Eran más de las once y media. Ya llevaba más de dos horas dando vueltas en la cama.

Mamá entró en mi cuarto, me tapó con el edredón, repitió de nuevo aquel movimiento que en realidad era un recordatorio de mi infancia: su mano en mi frente. Me dio un beso donde antes había puesto la mano. Murmuró muy bajito:

—Que descanses, cariño. Mañana te quedas en casa. Llamaré al colegio y les diré que estás resfriada.

Abrí los ojos para responder:

—Gracias, mamá.

Mi madre no podía ni llegar a sospechar por cuántas cosas le estaba dando las gracias.

—Buenas noches, hija.

—Buenas noches, mamá.

Y la puerta se cerró despacio, como si fuera el telón que cae al final de una obra de teatro.

11

De: *Xenia Buch*
Para: *HoldenCaulfield*
Asunto: *Mentira*

Querido Comotellames:

No mereces que te escriba. Aun así, voy a hacerlo. No soy del tipo de persona que se va sin dar explicaciones. Ya te aviso que, sin embargo, mis explicaciones no te van a gustar. Si quieres parar de leer aquí, todavía estás a tiempo.

Todo es mentira. No vas al Instituto Ricard Salvat. Allí no conocen a ningún Marcelo López. No hay ninguno en toda la secundaria, ni tampoco en bachillerato. En cambio, en el gimnasio Yom Chi sí que saben quién eres. El problema es que no eres tú. Marcelo López es un idiota que nunca ha oído hablar de Salinger ni creo que haya abierto un libro en toda su vida. Si quieres sabes cómo lo sé, te lo contaré: fui a buscarte. Necesitaba conocerte. Estaba loca por ti. No podía aguantar ni cinco minutos más sin mirarte a los ojos.

Mirarte a los ojos.

Tengo una curiosidad. ¿Es fácil para ti decir mentiras? Supongo que eso depende de la persona que te escucha, ¿verdad? Hay gente que se lo cree todo, como yo. He sido una imbécil. Me lo he tragado sin dudar ni un momento. Estaba enamorada. Dicen que cuando estás enamorado es como si te hubieras vuelto un poco loco. No ves las cosas como son, sino como te gustaría que fueran. Estaba en las nubes, y me he caído de golpe.

Te pregunto eso de las mentiras porque yo jamás había dicho una. Jamás se me había ocurrido mentir a mis padres. Bueno, en realidad, todos

decimos pequeñas mentiras de vez en cuando, ¿verdad? Cuando tu madre sale con un vestido nuevo que le queda fatal y tú le dices que está muy guapa es una mentira. Dicen que nadie podría vivir escuchando toda la verdad. Pero yo no hablo de eso. Hablo de mentiras serias. Cosas importantes. Por ejemplo: decir que tienes que hacer un trabajo para poder conectarte a Internet y correr como una posesa a revisar el correo electrónico. Por ejemplo: decir que te has quedado a comer en el colegio cuando no lo has hecho. Por ejemplo: decir que un examen te ha ido bien cuando ha sido un completo desastre.

Por tu culpa, todo ha sido un completo desastre. No, no, perdona. Corrijo: la culpa es solo mía. Jamás tendría que haberte creído, nunca tendría que haber aceptado hablar contigo a través del correo electrónico. ¡Si es que se ve a la legua que escondes algo! No sé cómo no me di cuenta antes. El amor te pone una venda en los ojos.

Encima, no sé qué hago escribiéndote una carta tan larga. No espero respuesta. No quiero que me respondas. ¿Para qué? ¿Para que me envíes dos líneas, como siempre? No, gracias. Ahórrate las explicaciones. Y el resto, también. Supongo que sigo escribiendo porque no te he dicho lo único que quería decirte: TE ODIO. Eres la peor persona que he conocido jamás. Me has partido el corazón en mil pedazos. De eso sí que tienes toda la culpa. Tú y tus mentiras.

Y ahora ya me puedo despedir.

Adiós, Comotellames. Hasta nunca.

Xenia Buch

12

Volví a clase al día siguiente. Justo a tiempo de que me dieran las notas del examen de filosofía. Un uno y medio. Mi récord absoluto (¡y estoy hablando de toda mi vida!).

—¿Qué ha pasado, Xenia? ¿Por qué te ha ido tan mal? —me preguntó el profesor al entregarme el examen.

—He pasado unos días un poco distraída —contesté—, pero ahora voy a corregirlo.

—Más te vale —dijo él, mientras continuaba repartiendo pruebas entre los alumnos.

También batí el récord de la clase: ninguna nota era más baja que la mía. Nunca antes me había ocurrido. Qué vergüenza. Ni siquiera Sandra se lo podía creer.

Aquella tarde continué con los planes que me había trazado. Nada más llegar a casa, entré en la habitación de mis padres y les anuncié:

—Tengo que hablar con vosotros.

La cara de mamá era todo un poema cuando me preguntó:

—¿Pasa algo, hija?

—Tengo que deciros una cosa —repuse yo, más seria que nunca.

Se sentaron en la cama, uno al lado del otro, frente a mí. Yo me senté en una silla. Me pareció que estaban asustados. Como si fuera a echarles una bronca o algo así. Era como si hubiéramos cambiado los papeles.

—Habla de una vez, Xenia, por amor de Dios —dijo mamá.

—Mañana me darán las notas de esta evaluación —expliqué—. Serán un desastre. Las peores notas de mi vida. Quería que lo supierais antes. Lo siento mucho, de verdad.

Se miraron, me miraron. Estaban en silencio, como si esperaran algo más. Algo peor de lo que acababan de escuchar. Proseguí:

—Supongo que queréis saber qué me ha ocurrido, ¿verdad? —los dos asintieron con la cabeza y yo fui directa al grano—: Me he pasado los últimos 35 días pensando en otra cosa y no he estado por lo importante. Y también os he mentido —ahora empezaba la parte más difícil—. Os dije que me quedaba en el comedor y no era verdad.

—¿Y por qué, cariño? —preguntó mamá, en un tono tan neutro que costaba de creer.

—Me enamoré. O me colgué de alguien. Por Internet. He estado semanas sin poder pensar en nada.

Hablar en pasado me sentaba bien. Hablaba como si todo estuviera olvidado. ¿A quién pretendía engañar?

Los dos fruncieron los labios al mismo tiempo. Mira que me lo habían dicho veces, mira que habíamos hablado de los peligros de Internet, mira que me habían advertido que… Y yo parecía tan sensata, parecía que me daba cuenta de todo. Ahora repararían en que tenían una hija tan mema como todas las demás, una hija de quien no puedes fiarte.

Sabía perfectamente todo lo que iban a decirme incluso antes de que abrieran la boca. Supongo que a todos los hijos les pasa lo mismo con sus padres, ¿no? Los conoces desde hace tanto que puedes prever lo que van a hacer a cada momento.

Sin embargo no pasó nada de nada. Y eso que se lo conté todo: cómo había conocido a Marcelo (o como se llamara), cómo habíamos hablado durante semanas a través del correo electrónico y cómo de pronto decidí buscarle. Les hablé del instituto, del gimnasio, e incluso de la carta final. Y llegué a mis propias conclusiones, que también les conté:

—Me siento la más imbécil del universo. Sabía que algo así podía pasar, pero pensaba que a mí no.

—Eso mismo es lo que suele pensar todo el mundo —dijo papá.

Cuando hube terminado, permanecieron un rato más en silencio —el mundo a la espera—, se miraron de nuevo y entonces mamá volvió al principio.

—¿Cómo piensas arreglar lo de las notas?

—Estudiaré mucho. Aún me quedan las recuperaciones. Puedo hacerlo.

—Te juegas mucho, ya lo sabes —dijo ella.

—Sí.

Todavía faltaba su conclusión; lo sabía de sobra. Estaba preparada para recibir mi sermón, el que me merecía. En lugar de eso, mamá preguntó:

—¿Estás bien, cariño?

Cariño. Mamá solo me llama «cariño» cuando todo va bien, jamás si está enfadada. ¿Por qué lo decía en aquel momento? ¿No estaba enfadada conmigo? ¿Cómo estaba, exactamente?

—Sí —mentí. Por dentro estaba deshecha, pero algo me decía que mamá ya lo imaginaba.

—Te podría haber pasado algo horrible de verdad —dijo.

—Ya lo sé —aunque pensé: «Ya me ha pasado algo horrible de verdad, mamá, me han roto el corazón».

—Has sido muy valiente y muy noble al contárnoslo todo de esta manera. Y el resto… —hizo una pausa, arqueó las cejas—. Bueno, tendrás que estudiar mucho. Tú te lo has buscado.

—Sí.

—Pues ya está. Creo que has aprendido una buena lección, ¿no es cierto?

—Sí.

—A ver si es verdad.

Mamá se levantó. Papá hizo lo mismo. Estaban muy serios, como cuando vuelves de un entierro o de un día muy duro en el trabajo. Todo era muy raro.

—Venga, pongámonos cómodos. Hay que hacer la cena —dijo papá, más o menos como lo habría dicho cualquier otro día.

Entonces era cierto que ya estaba todo, que la conversación se había terminado. No habría sermón. Nada de «ya te lo dije yo…». Ninguna escena. Tengo unos padres del todo imprevisibles.

—Gracias —dije, antes de salir de la habitación.

—¿Gracias por qué? —preguntó papá.

—Por no hacerme sentir peor aún.

13

En el mundo hay científicos dispuestos a estudiar cualquier chorrada. Por ejemplo: cuánto duran los síntomas de un enamoramiento. Cuánto tiempo tardas en volver a ser tú misma, dejar de obsesionarte, pensar con normalidad, ocuparte de tus obligaciones, ser la que eras antes.

Da igual que tú quieras olvidar a una persona, o que te maldigas por seguir pensando en él a pesar de todo. Los síntomas no te preguntan qué quieres hacer. Duran lo mismo tanto si los quieres tener como si no.

Esa grave enfermedad que se llama «amor» dura tres meses, aseguran los científicos. También dicen que se va sin dejar rastro. Yo no estoy de acuerdo. Cuando un huracán de fuerza cinco pasa por tu vida, no deja nada donde estaba.

Yo sabía que había cambiado. Ahora no era tan inocente. Se me habían pasado las ganas de conocer a nadie más. Lo último que quería en mi vida era volver a enamorarme. Me había vuelto un poco más antipática, un poco más desconfiada. Supongo que había comenzado a hacerme mayor. Con Sandra las cosas seguían igual. O incluso un poco peor, porque ahora yo me encerraba en mí misma todavía más que antes. Y ella y su novio me daban todavía más envidia.

Me costó mucho recuperar la nota de filosofía. Un uno y medio es como estar en el último lugar de la parrilla de salida; todo juega en tu contra. Es un desastre y aunque haga promedio con un diez, todavía continúa siendo un desastre. Preparé tres trabajos voluntarios que me hicieron ganar medio punto cada uno. Pero hasta que no me presenté en junio para subir nota —de todo el curso—, no lo conseguí del todo. Al final, saqué un 7,75 y me quedó un 8. No está mal del todo, dadas las circunstancias.

La pregunta sobre la responsabilidad y la libertad volvió a salir en el examen de junio. Responsabilidad: capacidad de responder de algo o garantizar el cumplimiento de un deber. Libertad: lo que disfruta el que no está sujeto a ningún poder ajeno o autoridad arbitraria ni está constreñido por ninguna obligación, deber o disciplina. La libertad debería acabar en el mismo punto donde la responsabilidad comienza. Puse ejemplos de *El guardián entre el centeno*, la novela de J. D. Salinger. El momento en que su profesor le dice al protagonista que la vida es un juego que debe jugarse según las reglas. Y concluí que, en el fondo, todo lo que hacemos se podría resumir en un tira y afloja entre la libertad y la responsabilidad.

—Enhorabuena, Xenia. Te despistaste un poco a mitad de curso, pero ya veo que has hecho un esfuerzo considerable y lo has superado —me dijo el profesor de filosofía el día que fui a recoger las notas.

«No lo he superado», pensé. «Sigo pensando en él cada día. Cada hora».

Era mi secreto. Habían transcurrido tres meses, pero los síntomas de la enfermedad del amor no se me pasaban.

¡Y mira que lo deseaba! Lo deseaba con todas mis fuerzas: quitarme de la cabeza a esa mala persona. Como fuera.

Los científicos no dicen nada de qué hay que hacer para quitarse cosas de la cabeza. Ojalá la memoria se pudiera borrar, dejarla como nueva, configurarla por completo, como hacemos con los ordenadores.

—¡Ah, Xenia! —me llamó el de filosofía cuando ya me iba—. Me han pedido que pases un momento por secretaría. Creo que tienen algo para ti —resopló—. Casi me olvido.

Pasé por secretaría antes de irme a casa. Hacía calor. Había decidido ir a la playa. Le había preguntado a Sandra si quería venir conmigo, pero no estaba convencida. Si venía, a lo mejor tendríamos la oportunidad de hablar un rato. Por si acaso me llevaría un libro, aunque de un tiempo a esta parte me costaba concentrarme. También me llevaría los auriculares, por si prefería escuchar música.

La encargada de la secretaría me hizo pasar al despacho del director. Todo aquello era desconcertante. ¿Había ocurrido algo?

El director sonreía. Eso me tranquilizó.

—Ha llegado un paquete para ti, Xenia —me dijo.

—¿Cómo?, ¿un paquete aquí?

—Sí, ya sé que es un poco raro. Quizá sea un error. He preferido dártelo aquí, en mano y discretamente, por si lo quieres abrir antes de llevártelo. Lo envían desde una prisión de menores.

—¿Una prisión?

—Bueno, de Can Salvà, en Barcelona. ¿Sabes qué es?

—No.

—Es un reformatorio. Una cárcel para delincuentes menores de edad. ¿Conoces a alguien que viva o que trabaje allí?

—¿Que viva?

—Que esté interno. Cumpliendo condena.

—Por supuesto que no.

Me entregó un sobre acolchado. Vi mi nombre, claramente escrito, el curso (primero de bachillerato) y la dirección del colegio.

—No lo entiendo —murmuré.

—Ábrelo. Si se han equivocado, lo devolveré y en paz.

Abrí el sobre, muy intrigada. Dentro había un cuaderno de tapas azules. Nada más. Solo un cuaderno escrito con bolígrafo azul. La letra era redonda, clara. Puede que incluso demasiado. Quiero decir que parecía la letra de alguien que se esfuerza en hacer buena letra.

Abrí la primera página. Se titulaba «Un comienzo». Empecé a leer. Al principio, con curiosidad, y enseguida con un peso en el corazón. Se me saltaron las lágrimas.

—¿Y bien? —preguntó el director.

Disimulé todo lo que pude para que no me lo notara. Volví a meter el cuaderno dentro del sobre y lo apreté muy fuerte contra mí. Pensé que ya iría otro día a la playa. Mejor me iba a casa, a leer.

A duras penas me salió la voz cuando le dije al director:

—No, no se han equivocado. Es para mí.

II
HOLDEN

Un comienzo

Creo que decir la verdad no se me da muy bien. Falta de práctica. Ya te dije que soy un caso perdido. Antes de conocerte todo me daba lo mismo. Las cosas no te importan si no las piensas. Yo antes no pensaba.

Antes estaba convencido de que las cosas no cambian nunca. Quizás estaba equivocado. Conocerte me ha hecho cambiar. Tu llegada repentina a mi vida… Todo es complicado.

Debería empezar de nuevo. Las cartas no se empiezan de este modo, ¿verdad? Claro que tal vez esto no sea una carta.

Por si acaso, mejor lo vuelvo a intentar. Mejor paso página.

Cuando escribes en una página en blanco, parece que todo tenga que acabar bien.

Segundo intento

Hola de nuevo, Xenia. ¿Cómo va todo? Soy Éric. Mi nombre auténtico no es gran cosa, lo sé, pero es lo que hay. Éric González Pascual, 18 años. Ya debería haber acabado el bachillerato, pero aún estoy en primero. Eso es porque hace un tiempo tuve una temporadita un poco movida. Líos de los grandes. Terminé por perder un par de cursos. También terminé en la cárcel, pero eso ya es otra historia, una historia que te quiero contar con calma. Estudiar está bien, porque te ocupa la cabeza y evita que te vuelvas loco. Pensar demasiado te vuelve loco, ¿lo sabías? Por eso hace tiempo que no pienso. No soy tan buen estudiante como tú, pero voy tirando. Aquí tenemos buenos profesores, gente que se preocupa, que hace bien su trabajo.

Estudiar siempre me ha gustado. No sé por qué. Es como si formara parte de mí, algo que ya traía al nacer. No tenía ni un amigo que fuera buen estudiante; yo era el bicho raro de mi familia, de mi grupo de amigos, de mi vecindario. De pequeño ya me gustaba mucho aprender cosas nuevas. En mi barrio hacía falta saber muchas cosas, pero eran de otro tipo. Cosas que no te enseñan en ningún instituto. Por ejemplo: qué vecinos estaban más fichados por la pasma; quién era un chivato y quién no; qué calles pertenecían al clan de los Medina y más valía no pisarlas ni para acortar camino; cuál era la contraseña del mes para las timbas de póquer del bar Carmen, y cosas así. A mí no me gustaba nada de todo aquello. No me sentía bien. Era como si no encajara en el mundo de los demás. El único mundo que tenía, por cierto.

Me gustaría decirte cómo soy, pero creo que no tengo ni idea. Soy tirando a tranquilo (puede que demasiado), hablo poco (casi nada), pero no

porque no tenga nada que decir, sino porque normalmente no encuentro cómo decirlo. Soy tímido, nada seguro de mí mismo. Si les preguntaras a los psicólogos o a los trabajadores sociales del centro, te dirían cosas muy diferentes. Me parece que soy un misterio para los psicólogos. Todo el día se están preguntando qué pasa por mi cabeza. Me hacen pruebas de tipo test donde hay que contestar estupideces. A mí ser un misterio no me disgusta. Es divertido. Una vez vi por casualidad un informe psicológico que hablaba de mí. Pude leer algo, solo un poco. Donde decía «Diagnóstico», ponía: «Presenta falta de remordimientos y emociones (como arrepentimiento o vergüenza), no muestra ningún tipo de empatía y tiene comportamiento antisocial. A pesar de ello, es inteligente y sabe mostrarse encantador cuando le interesa. Desde pequeño ha manifestado problemas de conducta. Posible psicopatía».

De manera que soy un psicópata. ¿A que mola? Una persona capaz de comportarse como si no hubiera hecho nada malo aunque haya asesinado a sangre fría a una chica de 15 años. Un robot calculador. Por lo menos también soy inteligente, aunque creo que en estos casos es peor. No es un buen modo de presentarse, me temo.

Pero estábamos hablando de estudiar. Aquí estudia muy poca gente. Algunos fingen que estudian, aunque ni siquiera consiguen el graduado. Yo les comprendo. Su cabeza no puede asimilar este tipo de información. Aquí la gente está colgada. Todos estamos un poco colgados en la vida.

Lo que más me gusta de estudiar es el silencio. Creo que hasta que llegué a este lugar no supe realmente lo que era el silencio. Me gusta permanecer en silencio. Me gusta la tranquilidad. Poder leer sin que nadie ni nada me moleste. Todo esto tiene una parte buena: mientras esté aquí dentro, no tengo que preocuparme por nada. Me dan de comer tres veces al día. Puedo estudiar. Incluso me gustaría ir, a la universidad, si soy capaz. Si decido ir me lo pagan. Pienso aprovecharme de todo. Aquí la gente no aprovecha nada y cuando sale está tan colgada como cuando llegó. Yo no quiero ser un colgado toda mi vida.

Ya veremos qué puedo hacer y si llego a la universidad o no. A veces soy un poco burro. Un burro psicópata.

Me gustas mucho, Xenia. Me gusta incluso escribir tu nombre.

Xenia, Xenia, Xenia, Xenia, Xenia, Xenia.

Perdón, perdón, perdón. Creo que aún no debía decirte nada de esto. No quiero tachar nada. No quiero que creas que no soy capaz de escribir una carta como Dios manda. Haz como si no lo hubieras visto, ¿vale?

Vale, continúo.

Lo siento mucho, pero no podré enviarte ninguna fotografía. Aquí tenemos prohibido tener fotografías de carné y creo que de las otras nunca me he hecho ninguna. En alguna parte andarán las del insti, pero de todos modos allí era demasiado joven. Igual mi primo alguna vez me hizo una foto con el móvil, pero entonces se perdió seguro, porque mi primo era un desastre. Quién sabe, puede que algún día nos llevemos una sorpresa. Con Ben nunca se sabe.

Pero mira, voy a contarte cómo soy por fuera para que puedas hacerte una idea. Soy bastante alto (como un metro noventa o así), tengo el pelo oscuro, sin llegar a negro, liso. Lo llevo corto (aquí no hay otra, y a mí me parece bien). No estoy bueno ni cachas ni nada de eso, pero tampoco soy horrible. Cuando llegué estaba en los huesos, no pesaba ni 60 kilos. Dice mi educadora que parecía enfermo. Ahora he engordado un poco y todo el mundo dice que tengo mejor cara. ¡Pero no estoy nada gordo, eh! Estoy normal, tirando a delgado. No tengo granos ni marcas ni cosas asquerosas en la cara ni en ningún otro sitio. Tampoco tatuajes. Los tatuajes no me gustan nada. Ben se hizo un montón de tatuajes (en lugares que se ven y en otros que no se ven). Sin embargo, yo paso. ¡Ah, sí! Tengo un lunar de nacimiento al final de la espalda, pero no da asco (creo). Las chicas a veces me miran. Incluso hay una que está colgada de mí (se llama Vanessa), pero a mí ella no me gusta. Me pone nervioso hasta que me mire y me busque. Yo no le hago ni caso, pero ella me busca de todos modos. Se ha apuntado a algunas clases solo para coincidir conmigo, pero no tiene ni idea de nada y encima es una pesada. No sé por qué está aquí ni me apetece preguntárselo. Si haces una pregunta a una chica, ella te lo cuenta todo, incluso detalles muy íntimos que dan vergüenza. Es mejor no preguntar. Igualmente, no me interesa.

A mí hasta ahora nunca me había gustado ninguna chica. Hasta comenzaba a pensar que era gay, como Ben. Si Ben me escuchara decir

esto, se cabrearía muchísimo. De hecho, es solo una sospecha, nunca lo he sabido del todo. Son imaginaciones, suposiciones, esas cosas que intuyes si miras mucho a una persona. En realidad, nunca he conocido a nadie que pueda contarme algo así de mi primo. Nunca tuvo novia. Amigos, un montón. Algunos más íntimos que otros, como Marcelo. Pero todo el mundo tiene amigos más cercanos, ¿verdad? Yo solo digo que si fuera gay, nunca me escondería ni disimularía ni me avergonzaría. Si a alguien no le gustara, peor para él.

No sé por qué te estaba contando todo esto. Soy un desastre. Ni siquiera sé escribir cartas. Suponiendo que esto sea una carta.

Estoy un poco nervioso, ¿no te parece raro? Lamento mucho —¡mucho!— todo lo que ha ocurrido. No quería mentirte. Y mucho menos decepcionarte, ni hacerte daño. La última cosa que quiero en el mundo es hacerte daño. Tienes que creerme, por favor. Me importas de verdad. Ya sé que soy un mentiroso y que no vas a creerme solo porque te lo pida, pero por lo menos me gustaría que me escucharas. Nunca me había importado la verdad, pero ahora me importa. Por primera vez en toda mi vida, me parece que hay algo en el universo que merece la pena. Eres tú, Xenia.

Xenia, Xenia, Xenia, Xenia, Xenia.

Latas

Podría comenzar por el principio y hablarte de mis padres y todo eso. Pero sería muy deprimente. Y bastante aburrido. Mis padres no tienen el menor interés. No son como los del Caulfield del libro, que son ricos y viven en un sitio chulo y elegante. De hecho, no sé ni dónde viven, porque hace mucho que no los veo. Ni ellos a mí. Mi madre hace ya un montón de años que se fue a Londres. Es prostituta. ¿Verdad que es terrible tener que decir esto? A veces, cuando era pequeño, me tocaba rellenar uno de esos papeles del cole donde pone: «Profesión del padre». Y tú escribes: «Camionero». Después pone «profesión de la madre» y tú no sabes qué escribir. Queda feo poner «prostituta» en los papeles del colegio. Alguien se lo podría tomar mal. La gente te mira de otra manera cuando se entera de a qué se dedica tu madre. Tú también miras el mundo de otra forma, empezando por tu padre. Vaya, que miras a tu padre y te formulas todo tipo de preguntas que a la gente normal ni siquiera se le ocurren. En los papeles del cole siempre dibujaba una raya. «Profesión de la madre: —». Una raya no le sienta mal a nadie.

La gente suele tener recuerdos de su madre. Las madres hacen la comida, lavan la ropa, van a la compra, a veces hablan con sus hijos y les abrazan y les preguntan qué tal les van las cosas. La mía no. Si estaba en casa, estaba borracha o dormía la mona. Una vez se durmió dentro de la ducha y la tuve que llevar yo solo hasta su dormitorio. ¡No te imaginas cómo pesaba! Y eso que estaba muy delgada, esquelética.

Mamá no sabía cocinar (o eso decía) y no lo hacía. En casa solo comíamos latas. Los domingos, de raviolis o de fabada asturiana. Entre semana, de atún, de sardinas, de judías o de salchichas de Frankfurt. Una

comida normal en mi casa era así: abrías el armario, escogías la lata que más te gustase, un trozo de pan, y te ibas al sofá. Si después de estos manjares aún te quedabas con hambre, abrías otra lata. Si había, claro. A mi madre tampoco le gustaba ir a la compra. Ni lavar la ropa. Ni ducharse todos los días. Ni barrer la casa. A mi madre no le gustaba nada, solo beber coñac y desplumar a tíos que no la conocían de nada. Cuando todavía era joven, se los ligaba y les sacaba todo el dinero. Sabía un montón. Llegué a escuchar que de joven era muy guapa. Antes de quedarse embarazada de mí, conseguía siempre todo lo que se proponía de los hombres. Incluso llegó a ligarse a un pez gordo. Entonces nací yo, y lo eché todo a perder.

«Si tú no hubieras venido al mundo, yo ahora sería una marquesa», solía decirme.

«Ojalá te hubiera parido en la taza del váter» era otra de sus frases favoritas.

«Qué error no haber abortado cuando todavía estaba a tiempo», una tercera.

Después, se fue. Sin avisar, sin despedirse, sin decir adónde iba. Supimos que estaba en Londres porque nos mandó una postal. ¿Verdad que es gracioso? En la postal ponía mi nombre, nuestra dirección y solo dos palabras: «Feliz Navidad». La postal llegó el 20 de febrero más o menos. Quizás es que en Londres celebran la Navidad en Carnaval, pensé, antes de tirarla a la basura.

Por lo que sé de ti, eres una persona normal, con una familia como Dios manda. Te debo de estar asustando contándote estas cosas. Seguro que no te habrías imaginado nunca que existía una mierda de vida como la mía, ¿verdad? Lamento mucho ser quien te muestre por primera vez un mundo diferente, mucho peor. Me tocó nacer en él, igual que te podría haber tocado a ti.

Todavía no te he hablado de mi padre. A veces me pregunto dónde narices debieron de conocerse. Nunca me lo ha querido contar. No es una persona parlanchina, ni simpática. En eso creo que he salido a él. De hecho, tampoco me interesa saberlo. Aunque no quiera reconocerlo, mi padre sigue echando de menos a mi madre. Al principio se le notaba mucho. Siempre miraba la foto que tiene sobre la mesilla de noche, donde ella aparece

sonriendo. Incluso le hablaba por las noches, mientras se ponía morado de vino. Luego dejó de hablarle, pero la foto sigue ahí, en la mesilla. Mi padre se llama Luis. Quizá no sea mi padre, pero me da lo mismo.

Luis estuvo ahí el día del juicio. Me sorprendió mucho que viniera. Fue la última vez que le vi. Desde que estoy aquí jamás ha venido a visitarme. Mejor, porque si viniera, no sabría qué decirle, ni él a mí. Creo que se avergüenza de su hijo. No le echo la culpa. Mi padre no es mala persona. En el fondo, creo que la sentencia fue un alivio para él. Hay personas que serían más felices si nunca hubieran tenido hijos. Mi padre es una de ellas.

Nunca nos hemos dicho ni dos frases seguidas, que yo recuerde. Las últimas palabras suyas que guardo en la memoria son:

—No te juntes con desgraciados. Si te juntas con desgraciados, acabarás siendo un desgraciado.

Lo decía por Ben, claro. Mi padre no aguantaba a Ben. Ni a la madre de Ben, que no es mi tía, pero como si lo fuera. De hecho, sus problemas son con la madre de Ben. Ya te lo contaré más adelante con calma. Los líos de familia son difíciles de entender.

Y ya paro de hablar de mis padres. No tendría que haber empezado, ¿te das cuenta? De las cosas deprimentes es mejor no hablar.

Ben

Si no llega a ser por Ben, me habría ahogado en aquel asco de casa donde nací. Ben es la única persona que me ha defendido en toda mi vida. Incluso le plantó cara a mi padre por mí. Yo era un enano de ocho o nueve años. Fue poco después de que mamá se largara. Mi padre estaba siempre fuera de casa, con el camión. Yo me pasaba las horas solo. Las latas se terminaban y no tenía dinero para comprar más. Mi padre no se preocupaba de nada. Cuando llegaba, pedía pizza para los dos. No teníamos la costumbre de ir al supermercado. Ben le dijo que debía cuidar de mi alimentación, que yo era un niño desnutrido y que, si continuaba así, no crecería. También le dijo que tenía que comprarme ropa y hacer que me lavara de vez en cuando. Yo por aquel entonces no me duchaba nunca. Ni siquiera se me ocurría que tuviera que hacerlo. Ben le dijo a mi padre que si no se ocupaba de mí le denunciaría a los servicios sociales. Mi primo era como un héroe para mí. Yo era un tirillas, pero le tenía a él para defenderme.

Recuerdo muy bien cómo fue todo. Yo estaba en tercero de primaria y le mangué el bocadillo a una compañera de clase. Aproveché que ella iba al baño o algo así. Fue muy fácil meter la mano dentro de aquella mochila de color rosa y agarrar el bocadillo, que olía de un modo delicioso. Yo llevaba relamiéndome y oliéndolo desde que se habían cerrado las puertas de clase aquella mañana. Me metí el bocadillo en el bolsillo y disimulé. Ella (se llamaba Sara, llevaba ropa de marca y una mochila de Campanilla de Peter Pan) no se dio cuenta hasta que sonó el timbre del recreo. Entonces comenzó a buscar su desayuno, registró una y otra vez su mochila, pero yo

me escurrí hacia fuera tan deprisa como pude y me fui a comerme mi trofeo a las gradas de los mayores, un lugar donde ella no podría encontrarme.

En mi memoria no habrá jamás un bocadillo más delicioso que aquel. Era de jamón y queso, el pan era muy tierno y un poco dulce, y estaba empapado en aceite y tomate. Se notaba que era un bocadillo preparado por una madre auténtica. El amor de la preparación lo hacía todavía más rico. Cuando ya me lo estaba terminando, vi acercarse a Sara. Traía cara de querer matarme. A su lado se acercaba también la directora. A la muy acusica le había faltado tiempo para denunciar mi crimen a las autoridades. Yo corrí a meterme el resto del bocadillo en la boca. Me daba lo mismo si me castigaban, siempre y cuando no me quitaran aquella maravilla.

La directora estaba enfadada de aquel modo en que se enfadan los adultos cuando de verdad no están enfadados. Es decir, solo a medias. Frunció el ceño para pedirme:

—Éric, ¿le has quitado el bocadillo a tu amiga Sara?

Sara no era mi amiga. Era una pánfila cursi. La única cosa que me gustaba de ella eran sus bocadillos.

Asentí con la cabeza.

—¿Y por qué? —preguntó la directora.

Hablar nunca ha sido mi fuerte. Además, no podía decir nada. Tenía la boca tan llena que por poco me ahogo. Pasó un buen rato antes de que lograra masticar y tragar aquella bola de bocadillo.

—Parecía muy rico —balbuceé (o algo parecido).

—No puedes quitarle el desayuno a Sara, Éric, ni a nadie. Ahora tu amiga se ha quedado sin bocadillo, pobrecita. ¿No te da pena?

No me daba ni pizca de pena. Yo sabía muy bien qué era no tener desayuno. Yo nunca tenía, y no montaba ningún drama. De hecho, mi recuerdo más nítido de aquella época es el hambre. Un hambre de lobo.

—Sí —mentí, para que me dejaran en paz.

—¿Verdad que no volverás a hacerlo? —preguntó la directora, que ya no tenía el ceño fruncido.

Meneé la cabeza a ambos lados.

—Venga, pídele perdón a Sara.

—Perdón.

Sara me miraba como pensando: «Eres un delincuente y yo no quiero nada con delincuentes». De hecho, eso es lo que todo el mundo piensa de mí. Ella solo fue una avanzada.

—Y ahora os dais un abrazo —añadió la directora, que era de ese tipo de personas que cree que los abrazos y los besos lo solucionan todo.

Fui a darle un abrazo a Sara, pero ella se apartó.

—Ya se le pasará —dijo la directora, antes de repetir—: ¿Verdad que no lo harás más?

—No —respondí yo, dócil, con la tripa llena.

—¡Perfecto! Me fío de ti, Éric. No me decepciones —añadió la *dire*.

Y así terminó el asunto, justo antes de que sonara el timbre.

Cuando llegó la hora de irnos a casa, Sara se lo contó todo a su madre, una rubia gorda que parecía un bulldog. Decidieron esperarme en la puerta del colegio para decirme cuatro cosas.

Nada más verlas plantadas en medio de la puerta y mirando a todos lados como si buscaran a alguien, me vi muerto. No podía escapar. No había otra salida. El corazón me galopaba en el pecho. Por suerte vi venir a Ben con sus amigos. Reían a carcajadas. Se les podía oír incluso desde donde yo estaba.

Ben tenía cuatro años más que yo. Ya iba al instituto, pero todos los días pasaba por allí con sus colegas, porque el Ricard Salvat está justo al lado de mi cole de primaria. A veces me veía y me saludaba. No era del tipo de personas que sienten vergüenza al saludar a un crío. Ni siquiera cuando iba con chicas. Siempre que nos encontrábamos, me revolvía el pelo y me decía:

—Hola, enano, ¿cómo va?

Ben siempre me llamaba «enano». A Ben nunca le gustaron demasiado los nombres auténticos de la gente. Él y sus amigos siempre llevaban cosas de comer: bolsas de patatas, chuches, maíz tostado, cacahuetes, galletas de chocolate… Siempre me preguntaba si quería. Y yo siempre le decía que sí. Él decía:

—Coge más.

Era muy enrollado mi primo.

Aquel día le llamé a través de la reja del patio. Debía de notárseme en apuros, porque se acercó y me preguntó:

—¿Te pasa algo, enano?

Pero no pude explicárselo porque la bulldog ya se nos había echado encima y hablaba como si se fuera a acabar el mundo.

—Hola, Éric. Eres Éric, ¿verdad? Sara me ha contado que esta mañana ha pasado una cosa muy desagradable. Ya sé que le has pedido perdón y que le has dicho que no lo volverás a hacer, pero quiero asegurarme de que lo tienes claro. ¿Verdad que no volverás a comerte el bocadillo de mi hija? Ella tiene derecho, creo yo, a comerse su bocadillo, el que yo le preparo, ¿no crees? Quiero decir que tiene derecho a que no se lo robes y te lo comas tú. Si tú quieres otro, si ese es el problema, yo puedo hacerte uno pequeño de vez en cuando, pero haz el favor de comportarte, Éric. ¿Me oyes? ¿Me estás escuchando?

Hablaba y hablaba, cada vez más deprisa y más alto, y yo me estaba agobiando y no sabía qué decirle, ni si tenía que decirle algo. Ya he dejado claro que hablar nunca ha sido mi fuerte. Pero no me hizo falta, porque Ben habló por mí:

—Te hemos oído muy bien. Mi hermano ya le ha pedido perdón a tu hija, ¿no? Entonces, ¿qué más quieres? ¿Que le bese el trasero?

La bulldog rubia se calló de pronto, colorada de la vergüenza.

—Solo quería que quedara claro lo del bocadillo —susurró.

—Puedes meterte el bocadillo por donde te quepa —añadió Ben—. Vamos, Ric.

Todos nos quedamos con la boca abierta. Sara parecía asustada. Su madre parecía a punto de incendiarse, tenía la boca y los ojos más abiertos de lo normal, como si quisiera decir algo pero no le salieran las palabras. Incluso yo estaba perplejo mientras corría, casi volando, detrás de mi primo, que me llevaba de la mano a toda prisa. No me acababa de creer lo que había pasado.

Oí a la madre de Sara preguntar:

—¿Tú sabías que Éric tenía un hermano?

Ben caminó un trecho más y se detuvo en mitad de la plaza, allí donde la bulldog ya no podía molestarnos. Se agachó para hablarme. Entonces se

dio cuenta de que yo estaba llorando.

—Oye, enano, no llores. Los tíos no lloramos. Los tíos buscamos soluciones.

Automáticamente dejé de llorar.

—Escucha, que sea la última vez que le robas el desayuno a un compañero de clase. ¿Quieres que todo el mundo te tome por ladrón o qué?

—No.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Tenía hambre —dije.

Se quedó un momento pensando.

—Pues a partir de ahora, cuando tengas hambre, me lo dices, ¿de acuerdo?

—Sí.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—De acuerdo —abrió su mochila, sacó una bolsa de patatas onduladas con sabor a jamón ibérico—. Toma. Mañana te traeré algo mejor.

—Vale.

—Y si alguien vuelve a decirte que te hará un bocadillo pequeño, le dices que tú no aceptas la limosna de ningún imbécil.

—Vale.

—Y mucho menos aguantas sus broncas.

—Vale.

Me miró, suspiró, me revolvió el pelo.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Entonces vete a casa. Nos vemos mañana.

Aquel día mi primo Ben se convirtió en la persona más importante de mi vida. Y aquello solo fue el principio. Con el tiempo, hizo por mí cosas increíbles. Me compraba deportivas y ropa. Me invitaba a comer pizzas o hamburguesas o helados. Me daba dinero para que pudiera ir al supermercado. De vez en cuando hasta me llevaba al cine o a su casa, con sus colegas. Siempre me preguntaba cómo me iba en el colegio.

También se enfrentó de nuevo con mi padre. Dos veces. Mi padre no le hacía ni caso y a Ben parecía que se le olvidaban las promesas que me había hecho. Hasta que un día lo hizo. Denunció a mi padre a los servicios sociales. A mi padre le quitaron mi custodia (creo que tampoco la quería para nada, que ni siquiera la quiso cuando se separó de mamá). Yo tenía 12 años. Fui a vivir a un centro de acogida para menores. Allí todo el mundo tenía problemas, como yo. Allí comía, me lavaba y había gente que se preocupaba por mí. Era un buen lugar. Después Ben consiguió que pudiera pasar con él los fines de semana. No todos, porque algunos él tenía que trabajar. Sin embargo le veía todos los días, hacía los deberes en su casa, veía la tele, comía de todo y volvía al centro solo para dormir. Era estupendo.

Habría hecho cualquier cosa por Ben, lo que me hubiera pedido. Se lo debía todo. Sin él no habría llegado a mayor.

El móvil

Escribir de un tirón es muy difícil. Me refiero a encontrar algo que decir todo el rato. No es que no tenga cosas que contar. Más bien todo lo contrario: tengo tantas que no sé ni por dónde empezar, y comienzo a agobiarme, que es peor.

Ah, sí.

Creo que ahora ya debes de haber entendido por qué no tengo móvil, ¿no? Aquí están completamente prohibidos los teléfonos móviles. Ni siquiera las visitas pueden llevarlos. Cuando vienes a visitar a alguien que vive aquí, una policía que está en la puerta detrás de un cristal te pide que dejes tus pertenencias en una taquilla. Después, te entrega una llave. Lo hacen para que no puedas introducir objetos peligrosos en la prisión: cuchillos, tijeras, espráis, droga y no sé cuántas cosas más. Y claro, tampoco móviles.

Pienso: ¿cuántos años hace que no veo un móvil? Tantos como llevo aquí dentro. Cuatro años, tres meses, 23 días. ¿Verdad que es fuerte? Cuesta creerlo.

Una vez tuve uno. Un móvil. Solo me duró seis meses. Era un modelo guay, aunque no era nuevo. Me lo regaló Ben.

—Para cuando necesite localizarte rápido, enano —me dijo.

—Vale —y me guardé el teléfono.

—¿No me das las gracias? ¿No te gusta o qué?

—Sí que me gusta. Pero no es nuevo.

—Claro que no es nuevo. Hasta ahora lo usaba yo. Yo nunca tiro nada, ¿sabes? Las cosas hay que aprovecharlas hasta que revientan. Borra las fotos si te molestan. El resto ya lo he borrado yo.

Tenía razón. No había mensajes ni nada. Solo un montón de fotos. La mayoría eran de sus colegas. Sobre todo de uno.

Con el paso de los años, Ben ya no me revolvía el pelo, pero me veía como antes, como siempre. Como a un crío. Entonces me daba un poco de rabia, porque yo ya había cumplido 13 años y no era ningún niño. Me sentía de todo menos un niño.

Él me decía que el día que fuera su socio seríamos los amos del barrio. Los dos juntos. Me decía que me tenía que preparar.

Ser su socio sonaba muy bien. Habría hecho cualquier cosa por Ben.

—Te tienes que poner en forma, enano. ¿Tú te has mirado? Quiero que te apuntes a un gimnasio.

—¿A un gimnasio?

—Aprenderás taekwondo. Ya he hablado con tu profesor. Solo imparte clases a niños, pero contigo hará una excepción. Clases particulares. Empiezas mañana.

Con Ben las cosas eran así. Él decidía, tú aceptabas. Negarse no estaba en su lista.

A mí no me gustaba el taekwondo. No me gustaba pegar a nadie; no soy nada valiente para estas cosas. Sin embargo el profesor me cayó bien. Era simpático, tenía paciencia y sabía un montón. Además, era como si ya le conociese de antes, porque era el chico de las fotos de mi móvil nuevo. Las borré. Era un poco raro llevar tantas fotos de mi profesor de taekwondo en el móvil.

En el gimnasio no hice demasiados progresos. Creo que para ser un buen *taekwondista* hace falta tener más mala leche. O estar más cachas que yo. ¿Has visto alguna vez a una escoba haciendo taekwondo? Pues, más o menos, ya me puedes imaginar. Ya te he dicho que soy un caso perdido.

Unas semanas más tarde supe que Marcelo López era el hermanastro de Ben, uno de los hijos de esa tía Carmen que no era mi tía. Eran amigos, se hacían favores. Jamás pregunté cómo le pagaba las clases, ni si se las pagaba.

Marcelo era un tío muy deportista. Estaba en forma. No era nada feo. Era el entrenador personal de Ben, y su mejor amigo (creo) o puede que el único. Marcelo tenía mucho éxito con las chicas, pero creo que no tenía

novia. Que yo supiera. De una manera u otra, Marcelo era todo lo que yo no era. Además, Ben le admiraba. Por eso te envié su foto y me hice pasar por él. Quería impresionarte. Además, no tenía a mano ninguna otra. Marcelo era buen tío. Su único defecto era ser un creído. Pero eso todavía no es delito en ningún país del mundo.

Un día le dije a Ben que no quería volver más al gimnasio, porque lo que yo quería hacer era estudiar.

—¿Estudiar? —preguntó muy extrañado.

—Me gustaría ir a la universidad.

—¿A la universidad? ¿Y a ti qué se te ha perdido en ese sitio de pijos?

—Creo que sirvo para estudiar.

Por entonces ya comenzaba a interesarme por la lectura, aunque no tenía ni idea de cómo conseguir libros. En los estudios me iba bien, como siempre, y casi sin esfuerzo.

—Podría ser abogado. Un socio abogado no está mal, ¿no? —añadí.

Ben se quedó pensativo. Estaba tan atónito como si le hubiera dicho que quería ir volando a la Luna.

—No sé, enano. Ya me lo pensaré.

Fue una buena estrategia para no ir más al gimnasio. A Marcelo casi no le he visto más. Fue mi profe de taekwondo solo durante 11 semanas. He olvidado casi todo lo que me enseñó.

El móvil todavía es mío, pero no puedo utilizarlo. Está confiscado, archivado, clasificado, yo qué sé. Me lo devolverán el día que salga de aquí. Así podré donarlo a algún museo de cachivaches de la era de los dinosaurios.

Por favor, no dejes de leer

A veces me quedo en blanco. Como ahora mismo. Cuando me quedo en blanco, me pongo a pensar. Pensar a veces duele.

Pienso: ¿y si Xenia abre la libreta, lee la primera línea, ve que soy yo quien la escribe y la tira a la papelera sin más contemplaciones?

Entonces llevo un montón de páginas haciendo el imbécil.

También pienso: ¿y si Xenia lee todo lo que he escrito hasta ahora y continúa y al terminar decide contestar a mi carta (si es que esto es una carta) y decirme que me perdona, que seremos amigos o algo por el estilo?

Entonces me animo y sigo escribiendo.

Nunca he tenido una amiga. Un amigo tampoco.

Por favor, Xenia, no dejes de leer.

El guardián entre el centeno

He leído *El guardián entre el centeno* unas 12 veces. La primera fue cuando aún era una persona normal. Quiero decir, cuando vivía en el barrio y llevaba una vida corriente que al mismo tiempo era un desastre. Lo saqué de la biblioteca. Fue el primer libro que saqué en préstamo después de hacerme el carné. Estaba muy orgulloso de mi carné de la biblioteca, me hacía sentir una persona importante.

La biblioteca no estaba en mi barrio. Normal. Quienes la construyeron debieron de pensar que en mi barrio no tendría mucho éxito. Por suerte está cerca. De pequeño la veía cuando acompañaba a Ben a sus negocios en la plaza. Entonces aún no me llamaba la atención. La primera vez que entré tenía 13 años. Quería saber qué había por dentro, cómo era. Lo que más me gustó fue el silencio. El silencio tiene algo de mágico, de sobrenatural. Curioseé un poco. Descubrí un anaquel lleno de libros recomendados. Fue allí donde leí por primera vez el nombre de J. D. Salinger. Me llamó la atención enseguida. Igual fue aquel título tan complicado, que no acabé de entender. No tenía ni idea de quién era el autor. No sabía nada de ningún autor. Nada de nada.

Fue la bibliotecaria quien me habló de él. Debió de verme una cara de despistado impresionante.

—¿Lo has leído? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—Igual te gustaría —dijo—. Es una novela muy famosa, la han leído miles de personas en todo el mundo.

Reconozco que aquello me impresionó.

—Cógela, si quieres. Lee solo el principio. Si te gusta, lo sabrás enseguida. Un libro tiene que atraparte desde las primeras líneas, ¿lo sabías?

De nuevo meneé la cabeza.

Abrí la novela por el primer capítulo. Era la primera vez que hacía algo así, pero no me pareció tan raro. Todo lo contrario. Sentía que aquella quietud, aquel silencio, aquel olor a papel que reinaban allí era en realidad mi auténtico hábitat. Yo no había nacido para practicar taekwondo con los duros del barrio. Yo había nacido para estar entre libros, en silencio. Eso pensé, mientras abría la novela de Salinger por primera vez. Llámame rarito, y puede que tengas razón.

«Si de verdad queréis que os lo cuente, lo primero que querréis saber es dónde nací, cómo fue mi asquerosa infancia, qué hacían mis padres antes de tenerme a mí y toda esa porquería», leí, allí mismo.

—¿Te lo quieres llevar? —me preguntó la bibliotecaria.

—No tengo dinero —repuse, con una sonrisa idiota en los labios.

Ella también sonrió. Pero no era una sonrisa de burla. Más bien era comprensiva. Me recordó a la sonrisa de una madre.

—No necesitas dinero. Necesitas el carné de la biblioteca. Supongo que no lo tienes, ¿verdad?

Otra negación con la cabeza.

—Te lo puedes hacer al momento. No cuesta nada. Y una vez tengas el carné, ya puedes llevarte todos los libros que quieras.

—¿Todos? —debía de tener una cara de sorpresa indescriptible.

—Bueno, hasta un máximo de diez de una sola vez, pero sí. Cuando los devuelvas, puedes llevarte otros diez, si quieres. Si yo estuviera en tu lugar, comenzaría por este.

Ni me lo pensé. Me gustaba la idea de tener un carné, aunque fuera el de la biblioteca. Sería el primero. Le di todos mis datos. La dirección de casa de Ben. El carné era blanco y brillaba, porque estaba plastificado.

—Toma —la bibliotecaria me entregó la novela de Salinger—. Recuerda que debes devolverlo dentro de tres semanas. Mira, aquí pone la fecha límite, para que no se te olvide. Si no lo devuelves a tiempo, tendrás un punto de penalización. Y si acumulas 30 puntos, el carné dejará de

funcionar un mes. ¿Lo has entendido? —señaló el marcapáginas que me había entregado con el libro.

Allí estaban las fechas escritas con claridad: la del día en que me llevaba el libro (con hora y todo) y la del día en que debía devolverlo. También había un eslogan que rezaba: «Comparte tu lectura con otros jóvenes como tú en el fórum lector de nuestra página web».

Me lo leí en solo dos días: 226 páginas, y sin saltarme ni una. No tenía ni idea de que podía hacer una cosa así.

Cuando estaba en casa de Ben escondía los libros debajo del colchón, para que él no los encontrara.

A Ben no le hacía gracia verme leer. Me regañaba:

—Se te van a atrofiar las piernas, ahí sentado. ¿Por qué no vas un rato al gimnasio? —preguntaba.

—Ahora voy —decía yo, para que me dejara en paz.

Seguro que ya lo sabes: a la gente que nos gusta leer, el mundo real nos da lo mismo. La única cosa que queremos es que nos dejen leer.

El guardián entre el centeno me gustó mucho más de lo que nunca habría imaginado. Aquel tipo, Holden, estaba casi tan colgado como yo. Tan loco como yo. O puede que incluso más. Se hacía preguntas raras, como yo. Le gustaba leer, como a mí. La gente le molestaba, exactamente como me pasa a mí, o directamente la gente no le gustaba nada.

También había muchas diferencias. Él sabía ser encantador cuando quería, yo no. Yo soy un tímido sin remedio. Incluso me cuesta dejar de mirar al suelo. Él sacaba unas notas horribles; yo soy un buen estudiante. Él cometía locuras divertidas; yo no he hecho nunca ninguna. Él no se habría dejado embaucar. Creo que cuando terminé de leer el libro admiraba al tal Holden. ¿Tú no? No, qué tontería, sé perfectamente que tú no. Tú eres distinta. A ti Holden te cae fatal. Tal vez yo también te caigo mal.

Cuando lo devolví, le pregunté directamente a la bibliotecaria si tenía otro libro como aquel.

—Ah —sonrió, muy contenta—, ¿eso significa que te ha gustado?

Asentí con la cabeza. Las palabras no son mi fuerte.

—Y ahora querrías otro… —dijo.

Respondí con otro sí mudo.

—¿Y no te gustaría probar con algo diferente? Solo para saber si también te gusta.

Me encogí de hombros.

—Ya veo que tenemos aquí a un lector de verdad —dijo ella—. Déjame ver qué puedo recomendarte.

Consultó el ordenador. Un momento después había un libro sobre el mostrador y yo lo miraba con curiosidad. *El fantasma de Canterville*, de Oscar Wilde. No me sonaba de nada, claro. Lo comencé a leer en la misma plaza de la biblioteca, mirando hacia todos lados por si mi primo aparecía y me veía. Era divertido. Trataba de un fantasma que vive en un castillo escocés y que está traumatizado porque no da miedo a nadie, a pesar de que lo intenta con mucho afán. Es un fantasma desgraciado que no está donde debe. En eso, nos parecíamos. En más de una ocasión sus ocurrencias me hacían reír. No mucho, porque me daba vergüenza que la gente me viera allí sentado riéndome solo y pensara que me había vuelto loco.

Para volver al barrio me escondí el libro en los calzoncillos. En el lugar donde nací nadie habría entendido que fuera por la calle con un libro. Solo pensaba en llegar a casa de mi primo y seguir leyendo un rato. Aquellas vacaciones leí mucho y fui poquísimo al gimnasio.

Una vez Ben encontró mi carné de la biblioteca.

—¿Qué es esto? —me preguntó, agarrando el rectángulo plastificado con dos dedos, como si estuviera pringoso.

—Mi carné de la biblioteca —repuse.

—¿Y para qué lo quieres?

—Para sacar libros.

—¿Sacar?

—Te los prestan para que los leas. Después los tienes que devolver.

—Ah —lo soltó, sin mostrar el menor interés—. Te vas a volver gilipollas de tanto leer —murmuró.

Pero me dejó en paz. Ben me respetaba, a su manera. Aunque a veces no me entendiera. O tal vez me quería. Quién sabe.

El barrio

Cuando yo era pequeño, Ben tenía un cuerpo de gimnasio que impresionaba. De vez en cuando se levantaba la camiseta, me enseñaba los abdominales y me decía:

—Toca, toca.

A mí me parecía que tenía un estómago de hierro. Era increíble.

A veces me venía a buscar y me llevaba con él al parque de la biblioteca. Yo jugaba en los columpios y él se sentaba en un banco con sus colegas. Le venían a ver algunas personas que preguntaban por él. Iban a un rincón, Ben sacaba algo pequeño de su bolsillo, miraba a todas partes y hacían un intercambio. Ben se guardaba el dinero en el bolsillo trasero de los pantalones. Siempre llevaba un fajo de billetes ahí detrás. Casi todos de cincuenta. Yo no sabía qué hacía, pero me daba cuenta que era algún tipo de negocio. No era asunto mío, y en realidad me daba igual. Cuando eres un enano, lo que hacen los mayores no es cosa tuya. Les dejas hacer y punto.

Siempre que le daban dinero, Ben se acercaba y me preguntaba:

—¿Quieres merendar, enano? ¿Tienes hambre?

Yo siempre tenía hambre. Así que siempre le decía que sí.

Ben me daba dinero para que fuera al bar y me comiera un bocadillo. A veces pedía una ración de calamares, o de croquetas. Ben lo pagaba todo. En la barra del bar había un bote de kétchup. Me dejaban echar todo el que quisiera. Yo pensaba que lo hacían porque era primo de Ben. Ben hacía todo lo que le apetecía y nadie le decía nada.

A veces algún cliente de Ben se enfadaba. Salía a escena una navaja. Entonces Kevin, que era como un guardaespaldas, se me acercaba y me decía:

—Vamos, Ric, te llevo a casa.

No se podía discutir, porque eran órdenes de Ben. Y si él decía que me tenía que ir a casa, me iba y punto.

Ben tomaba leche desnatada, pero a mí me la compraba entera, porque decía que tenía que crecer. A mí no me gustaba mucho la leche, pero me la bebía para que estuviese contento. Me encantaba agradar a Ben. Además, él decía que, si quería crecer y ser tan alto como él, tenía que beber mucha leche. Y debía de ser verdad, porque crecí tanto que le superé en estatura. Solo un par de centímetros.

Entonces quería dejar de ser un enano para llegar a ser como él. Siempre quise ser como Ben.

Mejor te cuento lo de los nombres, que me estoy haciendo un lío. Ben me llamaba Ric porque, según él, sonaba mejor que Éric. Con su nombre hizo lo mismo. Lo partió por la mitad y se quedó con la parte que más le gustaba. En realidad, en su carné de identidad ponía Rubén, pero se enfadaba mucho si alguien le llamaba así.

—Ben y Ric suenan como a serie amÉricana y molan más —le gustaba explicar.

Estaba muy puesto en series amÉricanas. Las conocía todas.

No había demasiadas cosas que hacer en aquel lugar donde nos tocó nacer. Los hombres allí son camioneros, o estibadores, o albañiles, hasta que un día les despiden de mala manera del trabajo y se hacen atracadores de bancos, ladrones de panaderías o camellos. También hay quienes se hacen borrachos o drogadictos. Quienes se encargan de hacer las leyes siempre se olvidan de que todos, hayamos nacido donde hayamos nacido, tenemos las mismas necesidades. El problema es que en mi barrio la gente no sabe hacer demasiadas cosas. Como ya te he dicho, no es un barrio de intelectuales. Si un albañil se queda sin trabajo y si no encuentra otra cosa, solo sabe huir de la realidad hasta que la misma realidad le atrapa.

Ah, solo una cosa más, por si piensas que algún día podría llevarte a conocer todo lo que te he contado.

Ben se compró una casa en una zona que se llama Las Palmeras y que no llega ni a barrio. Son solo dos hileras de casas pequeñas junto al descampado de los aviones, en los límites del barrio. Me fui a vivir con él a

ese lugar. Era un sitio bonito, pero costaba mucho dormir porque estaba justo al lado de las pistas de aterrizaje del aeropuerto de El Prat y el ruido de los aviones era demasiado fuerte.

Una noche, mientras estaba tumbado en la cama con los ojos como un búho, me prometí a mí mismo que algún día dejaría atrás toda aquella mierda. Me prometí que me iría de allí y no volvería nunca más.

Te lo digo para que lo sepas.

La familia

Ben les decía a todos que yo era su hermano pequeño. No sé por qué lo hacía, pero me gustaba mucho. De hecho, ni siquiera somos primos auténticos. He quedado en explicártelo. Ya ves que esta carta me está saliendo un poco caótica. Suponiendo que esto sea una carta, claro. Y suponiendo también que aún no te hayas cansado de leer.

Lo de la familia a veces es complicado. Mi padre tiene un hermano mayor, que se llama Anselmo. El tío Anselmo se casó con María, una mujer que ya tenía un hijo, Ben. Como Anselmo no tenía hijos, adoptó a Ben y le dio sus apellidos. Del padre auténtico de Ben nunca supimos nada. Su madre se quedó embarazada a los 16 y nunca quiso hablar del tema. Es uno de esos misterios por resolver, como la receta de la Coca-Cola o quién fue Jack el destripador. La madre de Ben murió cuando él tenía solo diez años. Así que no hay nada que hacer. Yo era tan pequeño que ni siquiera me acuerdo de ella, de mi tía María, aunque la he visto en fotos. Se ve que ella y mi madre eran amigas y que mi madre se largó poco después de que la tía la palmara. Dicen que no pudo soportar quedarse sola en aquel barrio de locos. No podía vivir sin ella. No son más que rumores; a saber qué hay de cierto en todas esas habladurías.

Más tarde, el tío Anselmo se volvió a casar, esta vez con la tía Carmen, que tenía tres hijos (dos chicas y un chico). Los hijos de Carmen se instalaron en casa de Ben. Era un piso pequeño, como todos los del barrio, y tuvieron que compartir el escaso espacio. Ben trabó amistad con el hermano mayor, que con el tiempo llegaría a ser su colega y su mejor amigo. Puede que algo más (otro misterio). Se llamaba Marcelo, tenía su misma edad y era un buen chaval. Con las chicas, en cambio, no hubo forma. Nunca se

cayeron bien. Se hacían la vida imposible, y Carmen siempre las defendía a ellas, a sus hijitas. Era una batalla perdida, que no valía la pena. Era demasiada gente para tan poco espacio, por eso Ben decidió marcharse. Lo deseaba desde la llegada de su madrastra. Lo consiguió con 17 años. Se fue a vivir con un colega, un tal Kevin.

Es decir, resumiendo: mi tío no es el padre de mi primo; mi tía tampoco es su madre; él y yo no somos primos auténticos aunque llevemos el mismo apellido. Ya te he dicho que todo esto de la familia es complicado.

Y aún no te he contado lo mejor.

¿Por qué mi padre y su hermano hace años que no se hablan? ¿Por qué Ben no puede ni ver a nadie de la familia?

Poco después de su llegada al barrio, a la madre adoptiva de Ben le tocó la lotería. Dos millones de pesetas del año 1998, es decir, ¡toda una fortuna! Se lo gastó todo en arreglar un poquito el piso y abrir un bar en la Avenida Once de Septiembre. Fue el primer bar de la zona y durante mucho tiempo, el único. Le puso *Bar Carmen*. Porque ese era su nombre y porque, decía, a aquel lugar le convenía mucho la protección de la Virgen del Carmen, de la que era muy devota. Y debió de tenerla, porque desde el primer día el local estuvo lleno a reventar. Resolvió su vida y la de sus hijos.

Mi padre nunca pudo perdonarle que no le dieran ni un céntimo de sus ganancias a la lotería. Y aún menos, que las pocas veces que puso los pies en el bar Carmen, mi tía le cobrara las consumiciones. Aquello fue demasiado para él. Esperaba tener allí barra libre, era el bar de su hermano, pero tropezó con la generala de su nueva cuñada. Agarró un cabreo monumental, de los que no se pasan con los años. Nunca más volvió por allí. Ni perdonó a Carmen ni a Anselmo.

Nuestro barrio era un lugar dejado de la mano de Dios, donde no era raro ver a niños descalzos por la calle y donde todo el mundo llevaba encima una navaja por lo menos, en el cinto o en el bolsillo trasero de los pantalones. Había gente que utilizaba la bañera para plantar patatas y las cabras corrían por algunas calles como si fueran perros. Todo el mundo empinaba el codo para tragarse sus miserias, y solían hacerlo con el vino que les servía Carmen. A media mañana el bar estaba siempre lleno a rebosar de gente que se había quedado sin trabajo o no lo había tenido

nunca. Más de uno tramaba allí sus fechorías. También había quien nunca había trabajado, no en algo conocido, pero ganaba dinero a espuertas, como Ben. Ben siempre estaba en el bar. A veces, detrás de la barra. Otras, haciendo negocios en voz baja sentado a alguna mesa. Por las noches, Ben bajaba la persiana y los compañeros de las timbas de póquer entraban por la puerta de atrás. Bebían whisky y fumaban sin parar. Apostaban fuerte. Había coches y casas y fortunas que cambiaban de manos. Por el barrio corría la leyenda de que una vez incluso se apostaron una mujer. A veces lo perdían todo. Hay gente que tiene muy mal perder. Las peleas eran habituales. A mí todo aquello me daba mucho miedo, al tiempo que me fascinaba. Por eso le pedía a mi primo una y otra vez que me enseñara a jugar al póquer. Pero él nunca quiso enseñarme. Solo decía:

—Tú no sirves para el póquer, enano. Te dejarían tieso a la primera jugada. Tú eres bueno para los libros, tenías razón. Estudia, que quiero tener un primo abogado. Cuando seas abogado, seremos socios e iremos a medias en todo.

Y yo me lo creía. Algún día seríamos socios.

A Ben siempre le creía. Dijera lo que dijera.

Una cosa

He olvidado decirte una cosa.

¿Alguna vez has pensado cuántas personas han sido realmente importantes en tu vida? Quiero decir personas que de verdad te hayan hecho cambiar. Normalmente son muy pocas.

Las mías son estas:

Ben. Sin él tal vez me habría muerto de hambre. O de asco y suciedad. O de tristeza. Sin él no sería la persona que soy.

Salinger. Sin él jamás habría descubierto un montón de cosas de mí mismo y del mundo. De mí mismo: que no soy tan extraño. Del mundo: los libros son una escapatoria.

Tú. Sin ti nunca habría descubierto todo esto que me corre por dentro. Desde que sé que existes, el mundo es diferente y mejor. Tú haces que el futuro merezca la pena.

Excrementos

¿Te puedes creer que la gente no le llama prisión a este sitio? Es gracioso. Lo llaman «Centro de reforma para menores». Búscalo en Internet. Tiene un nombre bonito, como si fuera una casa de convivencias. Oí que hace muchos años era un palacete donde vivía una familia forrada de dinero o algo así, y que se arruinaron y tuvieron que venderlo todo de mala manera. Los ricos no me gustan, son demasiado egoístas. Cuando tienes mucho dinero, se te atrofian algunas partes del cerebro, lo tengo clarísimo. Me encanta que los muy ricos se arruinen. Así sabrán cómo es el mundo en realidad.

No hagas caso de lo que digan. Por muchas palabras bonitas que utilicen, esto es y será siempre una cárcel. Se sabe porque las ventanas no se pueden abrir, los cristales son muy gruesos y están pegados a los marcos de las ventanas. Las puertas son de acero y no se abren cuando tú quieres, sino cuando quieren ellos, los que vigilan a todas horas. Tienen doble cerradura y un cerrojo por fuera. Por las noches nos encierran en nuestras habitaciones. El patio está rodeado de vallas muy altas rematadas con pinchos. En cada puerta hay dos guardias de seguridad, vigilando día y noche. No hay ni un solo pasillo ni un solo rincón que no esté controlado por una cámara. Aquí te graban desde que te levantas hasta que te acuestas. Y si te portas mal, los de seguridad lo ven y corren a avisar. ¿A que no irías de vacaciones a un sitio así? Yo tampoco.

Lo más divertido es que los módulos donde vivimos tienen nombre de vientos: *Garbí, Mestral, Llevant* y *Xaloc* (este último es el de las chicas). Es gracioso, ¿verdad? ¿Hay algo más libre que el viento? Seguro que piensan que así es más bonito. Las paredes también están pintadas en colores

alegres: verde, azul y amarillo. Colores que dan buen rollo, como los que elige la gente para decorar la habitación de un bebé. Qué bueno, ¿eh? Todo lo hacen para que nos sintamos mejor, para que olvidemos que estamos donde estamos, para que pensemos que todo va bien.

La verdad es que a los que mandan les molesta que existamos. No pueden soportar que haya personas como nosotros. Somos la evidencia de su fracaso. Existimos porque ellos no han hecho bien su trabajo. Somos los errores que tratan de esconder a toda costa.

Somos los excrementos de la sociedad. Y cuanto más engordan los de arriba, más numerosos somos nosotros.

Lo que todos quieren saber

Esto es lo que dicen las estadísticas: el año que llegué aquí hubo más de 18 000 delitos cometidos por menores de edad. Los más frecuentes fueron los robos: 9782. Después vienen las lesiones: 2416. «Lesiones» es cuando te peleas con un tipo, le arreas un puntapié y le haces daño de verdad. Luego, las violaciones: 267. Bueno, la ley las llama «delitos contra la libertad y la identidad sexual». Y así llegamos a lo más alto de la lista. Aquí tenemos los asesinatos. «Homicidio y sus formas», dice la ley. Total: 44 condenas. De los 44, solo tres tenían 14 años. Tres son muy pocos.

Ya sé que doy muchas vueltas y no explico nada interesante. Nunca había escrito una carta (suponiendo que esto lo sea) tan larga y tan farragosa. Solo busco el modo de decirte algo que quiero que sepas. Tienes derecho a saberlo.

Ya sé que hace un buen rato que debería habértelo dicho, pero me daba miedo. Todo el mundo quiere saber qué hice, por qué estoy aquí. Los profesores, los médicos, los psicólogos, el director, todo el mundo. A mí no me importa que pregunten. Yo no tengo nada que esconder. Antes o después lo sabrán. Está en mi expediente, salió en los periódicos y hasta en la televisión. No es ningún secreto.

Los de arriba se olvidan de nosotros después de exhibirnos.

Cuando alguien me pregunta, se lo digo sin que me tiemble la voz:

—Asesinato en primer grado. Soy un asesino. Lo dijo el juez.

A veces me pregunto qué hicieron los otros dos.

Rejas

Conservo perfectamente en mi memoria el día en que todo cambió. Es raro, porque de los días anteriores me acuerdo de pocas cosas.

Estábamos en el piso de Kevin porque Ben no quería que fuéramos a su casa. La policía nos detuvo a los tres, justo cuando íbamos a cenar. Kevin había pedido una pizza familiar con por lo menos diez ingredientes de más. Se ve que esa llamada fue importante para la policía; les sirvió para localizarnos, o algo así. Kevin era uno de los mejores colegas de Ben. Uno de los fijos en las timbas de póquer. Nos estábamos muriendo de la risa porque la pizza estaba llena de cosas raras todas juntas: piña, aceitunas, *pepperoni*, alcaparras, gambas y no sé cuántas guarradas más que no pegaban nada. Ben le decía a Kevin que era un inútil y un cerdo, que todas esas cosas no se podían mezclar en una misma pizza. Kevin se encogía de hombros y decía:

—¿Y por qué no? ¡Todo es comida, tío!

Ben estaba enfadado de verdad. Kevin pasaba de todo y repetía:

—Huele bien, ¿eh?, huele muy bien, ¿eh?

Kevin es un tragaldabas que se comería a su madre puesta sobre una masa de pizza. Debe de pesar unas diez toneladas más o menos, y me quedo corto. Es redondo como una bola, todo grasa. Da un poco de asco y todo.

—Pruébala tú, enano. Y me dices a qué sabe —dijo mi primo.

Tomé un trozo de pizza y le di el primer mordisco. La verdad es que estaba buena. Estas porquerías siempre están buenas, les ponen unos polvos o unos sucedáneos de sabor o no sé qué, y siempre tienen el mismo sabor delicioso. Todo está pensado para que comas hasta ponerte enfermo, y no se

te ocurra preguntarte ni por un momento qué diablos te estás comiendo. Y lo cierto es que lo consiguen.

Justo cuando Ben acababa de decidirse a comer un trozo, llamaron a la puerta muy fuerte, dos veces.

No fue como en las películas. Nadie dijo eso de «¡Policía, abran la puerta!», ni nada por el estilo. Nos miramos.

Ben saltó:

—¡Mierda!

Kevin dijo:

—El coche está fuera.

Ben señaló a las ventanas. El piso era un bajo pero tenía rejas por todas partes.

—¿Y por dónde salimos, imbécil? ¿Atravesamos las paredes? —preguntó mi primo.

Cuando pones rejas en las ventanas de tu casa, lo haces porque piensas en la gente que querrá entrar, nunca en quien querrá salir. Tú, por ejemplo.

Volvieron a llamar a la puerta. Más fuerte esta vez. Ben me miraba fijamente. Me pareció que por primera vez en la vida estaba cagado. No lo había visto nunca así. Me susurró:

—Enano, tienes claro lo que…

No le dejé terminar:

—Sí. Tranquilo.

Lo tenía muy claro. Ya lo habíamos hablado. Lo único que tenía que hacer era no ponerme nervioso, acordarme de todo lo que me había dicho y hacer las cosas tal y como esperaba de mí. No podía defraudarle.

Volvieron a llamar a la puerta. No había otro remedio: teníamos que abrir. Lo hizo la bola de grasa de Kevin.

—Hola —saludó, como si acabara de llegar otro repartidor de pizza.

Un policía alto y delgado le preguntó si estaba solo. Kevin nos señaló con la barbilla, sin decir nada. Entraron tres policías más. Nos pidieron, sin demasiada educación, que nos pusiéramos contra la pared con las piernas separadas. Uno de ellos nos cacheó. Encontró una navaja en uno de los bolsillos de Kevin. El colega dijo que era para cortar la pizza. También encontró un fajo de billetes de cincuenta en los bolsillos de Ben. Le

preguntaron de dónde había salido tanto dinero. Dijo que eran sus ahorros. A mí no me encontraron nada. Mientras tanto, los otros policías miraban nuestra cena como si estuvieran muertos de hambre.

Entonces nos preguntaron si era nuestro el coche que estaba aparcado fuera. Ben dijo que era suyo. Le pidieron las llaves. Ben se las dio. Nos preguntaron cuántos años teníamos.

—20 —dijo Kevin.

—19 —contestó Ben.

—14 —añadí yo.

Nos dijeron que teníamos que acompañarles a comisaría y que nos íbamos enseguida. Ben preguntó si podía ir al baño. Le dijeron que ya iría en comisaría. Nos esposaron a los tres. A mi primo y a su colega, con las manos por detrás de la espalda. A mí me las dejaron por delante.

Nos hicieron subir a dos coches distintos. La bola de grasa y Ben, en uno. Yo, en el otro. Tenía una especie de vidrio grueso entre los asientos delanteros y los traseros. Las puertas no se podían abrir desde dentro.

En comisaría nos metieron en habitaciones separadas. Fue un aburrimiento. Me preguntaron si quería llamar a mis padres. Tenía derecho por ser menor de edad. Dije la verdad: que no.

—¿Quién es tu tutor?

—El Estado —contesté, y di la dirección del centro de acogida y el nombre del director.

—¿Tienes algún pariente a quien quieras decirle que estás aquí?

El único familiar a quien habría querido avisar era a Ben. Dije que no otra vez.

—Entonces, ahora vendrá el abogado.

—Yo no tengo abogado.

—Todo el mundo tiene abogado. Lo necesitarás para el día del juicio.

Nadie me había dicho nada de ningún juicio. Creía que solo tenía que hacerlo bien. Hablar poco. No meter la pata.

Me hicieron esperar mucho rato. Mientras tanto me preguntaba qué estarían haciendo Ben y Kevin. Quizá ya les habían dejado irse. A lo mejor ya estaban en casa. O puede que estuviesen tan aburridos como yo. No sabía cómo iban estas cosas. Nunca me habían detenido.

De repente, se abrió la puerta y apareció un hombre con chaqueta, camisa y tejanos. No llevaba corbata. Mejor, porque le habría quedado de pena.

—¿Eres Éric González Pascual?

Asentí con la cabeza.

—Mucho gusto —y alargó la mano hacia mí.

Al principio no reaccioné. Me quedé mirando su mano suspendida en el aire, como un idiota. Tan solo después de unos segundos, cuando él la agitó un poco, entendí que me estaba saludando y le devolví el apretón de manos.

—Soy Alberto, tu abogado. Nos veremos bastante en las próximas semanas. Mi trabajo es ayudarte, ¿entiendes? Conseguir que te declaren inocente o que te caiga una condena pequeña. Trazaremos una estrategia y lo conseguiremos, ya verás. Pero tienes que comenzar por contarme toda la verdad. No puedo trabajar si me escondes información, ¿lo has comprendido?

Me quedé mirándole fijamente. Me caía bien.

—Comencemos por el principio. ¿Sabes por qué estamos aquí?

No dije nada. No moví ni un músculo.

—¿Tío, estás bien? —preguntó mi abogado—. ¿Quieres un poco de agua? ¿Quieres que pida a los agentes que te tomen declaración mañana? A veces lo hacen.

—Quiero terminar de una vez —dije, y era la pura verdad.

—Bien. Me gusta oír tu voz, chaval —sonrió, antes de proseguir—. ¿Puedes responder a mi pregunta, por favor? ¿O prefieres que empecemos por otra cosa?

Podríamos haber estado allí por los siglos de los siglos si no hubieran venido a buscarme para tomarme declaración. Alberto consiguió que nos dejaran solos cinco minutos más y los aprovechó para decirme lo que tenía que hacer allí dentro. O, mejor, lo que no tenía que hacer.

—No digas nada, ¿entiendes? —dijo, levantando un poco la voz y hablando deprisa—. No digas nada de nada. Tienes derecho a no declarar. Ya lo harás más adelante, cuando hayamos podido preparar juntos tu defensa, cuando se te haya pasado el susto que llevas encima. Solo les tienes que decir: «Me acojo a mi derecho a no declarar». No pasa nada. Es

lo mejor para ti. Si no, cualquier paso en falso podría traernos problemas. ¿Me has entendido?

Dije que sí con la cabeza.

Hizo un gesto triunfal, como de entrenador cuando su equipo marca un gol. Me dio una palmada en la espalda y añadió:

—Muy bien, chaval, todo irá bien. Yo nunca he perdido un caso.

Yo solo acerté a pensar: «Lástima que el primero tenga que ser el mío».

Confesión

Me hicieron pasar a un despacho donde había un poli sentado delante de un ordenador y otro que hacía preguntas. Mientras yo respondía, el del ordenador lo iba escribiendo todo. Algunas preguntas eran difíciles de responder: «¿Dónde estabas el martes pasado? ¿De qué conocías a Marta Villanueva? ¿Te caía bien? ¿Qué tipo de relación tenías con ella? ¿Cómo era? ¿Sabes conducir? ¿Quién te enseñó? ¿Has cogido el coche de tu primo últimamente?».

De pronto me sentí muy cansado. Exhausto. Me habría gustado no estar allí. No ser yo. No entendía por qué no me hacían la única pregunta importante. Tardaron muchísimo, pero al final preguntaron:

—¿Mataste tú a Marta Villanueva?

Pensé: «Por fin me dejarán dormir».

Contesté:

—Sí.

Se detuvieron para mirarme un momento.

—¿En serio la mataste tú? —repitieron.

—Sí.

Un silencio. Un cruce de miradas entre los dos polis.

—¿Y por qué? —preguntó el que hacía las preguntas.

—Era una pesada —repuse.

Percibí aquella mueca de asco, de desprecio absoluto, cara de mirar a una cucaracha, a un bicho que se arrastra entre la suciedad y que no quieres que se acerque a ti por nada del mundo.

La muerte de las cucarachas hace felices a las personas.

Pensé que tenía que acostumbrarme a eso. A partir de entonces, mucha gente me miraría de ese modo.

Primer día de eternidad

Fue un palo. De la comisaría a un edificio horroroso de la Ciudad de la Justicia. Me dijeron que era la fiscalía de menores. Estuve allí todo el día. Me dejaron en un calabozo donde solo había un banco de madera y un retrete. Me dieron de comer, aunque no tenía hambre. Allí no había nadie más. Me dijeron que tenía que esperar, pero yo no sabía a qué o a quién estaba esperando. Me aburrí muchísimo. Debían de ser más de las cinco de la madrugada cuando se abrió la puerta y apareció de nuevo Alberto, el abogado de los pantalones vaqueros. Ahora llevaba pantalones de vestir y corbata. Ya parecía un abogado como los demás. Un poco más simpático, eso sí. Me pidió que saliera. Fuera había otra persona. Me dijo que era el fiscal, que ahora íbamos a ver al juez.

Sentí que me temblaban las piernas. Me habría gustado poder hablar con Ben, que me dijera qué debía hacer. Él seguro que lo sabría. Pero Ben no estaba allí. Pensé que tal vez le habían llevado a otro sitio, porque aquel edificio era solo para menores de edad y mi primo ya tenía 19 años. Pocas horas después supe que le habían dejado en libertad y me alegré mucho por él. No pregunté qué había pasado con Kevin. La bola de grasa me importaba un rábano.

El fiscal me hizo preguntas y más preguntas. Era como si dudara de cada cosa que yo decía. Y eso que yo hablaba muy claro. Volvió a preguntarme si alguien me había ayudado. Quiso conocer los motivos. Me preguntó si era consciente de lo que me estaba jugando al actuar como lo hacía. Le dije que más o menos. Me dijo que no fuera idiota, que dijera la verdad. Entonces le miré directamente a los ojos y le juré que se la estaba diciendo. Soltó un suspiro de resignación. Como si le importara.

Entonces me trajeron aquí. Llegué esposado (esta vez con las manos a la espalda) en un furgón de la policía. Me dejaron en la puerta y me quitaron las esposas. Se fueron sin decirme adiós. Normal: nadie se despide de las cucarachas.

En la puerta me estaba esperando una mujer. Se presentó diciendo que era la subdirectora y que tenía que vaciarme los bolsillos y dejar todas mis cosas en una bandeja de plástico. Dejé allí el móvil, una pulsera de cuero, un billete de 20 euros y las llaves de casa de Ben. No llevaba nada más. Me dieron un resguardo y me pidieron que lo firmara. Después tuve que desnudarme y darme una ducha. Me vestí con ropa limpia, unas prendas que no había visto nunca (unos pantalones vaqueros y una camiseta amarilla horrible) y me dijeron que podía hacer una llamada telefónica a quien yo quisiera. Me preguntaron si quería llamar a mis padres.

Llamé a Ben. Al móvil. Me sentó bien escuchar su voz, a pesar de que él no tenía ganas de hablar. Solo me dijo que me animara, que no estuviera triste, que la tristeza es de cobardes.

—Ya verás como todo acaba pronto. Y cuando salgas, iremos a celebrarlo, enano.

Le pregunté si vendría a visitarme.

—Por supuesto que sí —dijo, pero su voz era más bien de «Cuando pueda, ahora estoy muy ocupado».

Cuando colgué el teléfono estaba un poco hecho polvo. De fondo me había parecido escuchar la tele a todo volumen y la voz de Kevin diciendo gilipolleces, como siempre. Me hubiera encantado estar allí con ellos. No le pregunté dónde estaban, aunque seguro que no era en casa de Kevin. Igual Ben había vuelto a su casa, quién sabe. Me habría gustado llamarle otra vez para preguntárselo, pero aquella mujer me dijo que no podía ser, porque solo tenía derecho a una llamada y acababa de hacerla.

—Una y nada más —repitió, por si no me había quedado lo bastante claro.

Me hizo pasar a una habitación sin ventanas ni muebles ni nada, un cubo blanco donde solo había una cama y una puerta de hierro que se cerraba solo por fuera.

—¿Sabes leer? —me preguntó.

—Pues claro —dije.

—Toma, léete esto. Son las normas del centro —me dijo, mientras me entregaba unas cuantas páginas de papel llenas de letra pequeña—. Si tienes algún problema de comprensión, mañana podrás preguntárselo a la educadora.

Pasé de hablarle de los libros que me había leído y de decirle que yo no tengo problemas de comprensión lectora.

—Esta noche dormirás aquí —prosiguió ella—. Mañana te asignarán un módulo y una habitación y podrás conocer a tus compañeros y al resto del personal del centro.

Era como estar en un colegio de primaria el primer día de curso.

—¿Cuánto tiempo me quedaré aquí? —pregunté.

—Aquí, solo esta noche. Mañana pasarás a tu módulo y allí…

—Quiero decir aquí en el centro —aclaré.

—¿No has oído al juez? —preguntó—. Lo ha dicho muy claramente. ¿No prestabas atención?

Estaba muy agobiado. Me dolía la cabeza. Me habría gustado decirle que mientras el juez soltaba sus aburridos sermones yo escuchaba con atención, pero que a pesar de ello no entendí ni media palabra. Hablaba de una manera rara, con expresiones que no había oído nunca.

—Cinco años de régimen cerrado y tres de vigilada —dijo ella.

Debí de poner cara de no entender nada (otra vez), porque me lo aclaró sin que yo se lo pidiera.

—Cinco años aquí sin derecho a permisos de ningún tipo. Eso es el régimen cerrado. Después, tres años más fuera, pero pasando a ver al juez cada 15 días. Eso suponiendo que te portes muy bien, claro.

A los 14, cinco años son un montón de tiempo. Más de una tercera parte de tu vida. 1825 días idénticos, eternos, vacíos. La eternidad son cinco años.

—Ahora lee las normas y trata de descansar —dijo la subdirectora—. Mañana te espera un día lleno de novedades.

La puerta se cerró con un gran escándalo y me quedé allí dentro, solo, dentro del cubo blanco. La cama no tenía sábanas, solo un colchón de hule. En la cabecera y los pies había correas de cuero que se cerraban con hebillas y un candado. Me pregunté para qué serían.

El silencio era total.
Tenía ganas de llorar.
Recordé las palabras de Ben:
—La tristeza es de cobardes, enano.
Pensé: «O de asesinos».
Me senté en aquella cama dura y horrible y comencé a leer las normas.

Las normas

Este papel tiene la finalidad de proporcionarte información por escrito del centro donde te encuentras, de los derechos y deberes que tienes mientras estés interno, de la organización general del centro, de sus normas de funcionamiento, del régimen disciplinario y de otros temas referentes a tu internamiento.

Mientras permanezcas internado tienes la obligación de cumplir los siguientes deberes:

1) Permanecer en el centro hasta que el juez de menores disponga tu libertad definitiva.

2) Recibir la enseñanza primaria o secundaria que te corresponda.

3) Respetar y cumplir las normas y todas las instrucciones que te den los profesionales del centro.

4) Ser respetuoso y considerado con todos, profesionales y compañeros de internamiento.

5) Cumplir las normas de higiene personal y de vestuario que se te indiquen.

6) Realizar las actividades de limpieza, orden e higiene de tu habitación y también de las dependencias comunes.

El incumplimiento de tus deberes tiene las siguientes consecuencias:

1) Podrás ser corregido en tu conducta tanto en público como en privado.

2) Podrás ser sancionado disciplinariamente de acuerdo con el procedimiento establecido.

3) Si tu conducta fuera muy grave, el director del centro la denunciará al fiscal de menores o al juez de instrucción, los cuales podrán abrir una

causa penal contra ti por estos hechos.

El centro cuenta con diferentes profesionales que desempeñan funciones concretas con tal de atenderte en distintos aspectos: psicólogo, psiquiatra, trabajador social, médico, enfermero, educadores, profesores, maestros de formación laboral, administrativos, personal de servicio y mantenimiento.

El centro cuenta también con un equipo de vigilancia que tiene por finalidad garantizar la seguridad de todas las personas e instalaciones.

Mientras permanezcas en el centro, tendrás asignado un educador que será tu tutor. Tu tutor hará un seguimiento de tu evolución en el centro. Mantendrás frecuentemente entrevistas con él. Siempre que tengas cualquier pregunta, duda o dificultad, debes dirigirte a él.

Los profesionales del centro diseñarán un programa de actividades de carácter formativo, laboral o de hábitos, ajustado a tus características personales. La participación en estas actividades es obligatoria. De tu rendimiento en dichas actividades dependen decisiones importantes que podrían afectarte.

Hay una serie de objetos y sustancias que no podrás tener dentro del recinto, prohibidas por razones legales, de seguridad o de orden. Son: botes de colonia, fotografías de tamaño carné, tijeras, encendedores, fósforos, objetos punzantes o peligrosos, bolsas deportivas con bolsillos…

La tenencia de objetos prohibidos es una falta disciplinaria grave. También son faltas disciplinarias graves insultar o faltar al respeto a cualquier persona del centro, desobedecer las directrices o instrucciones recibidas o resistirse pasivamente a cumplirlas, así como causar daños en el material o las instalaciones.

Tienes derecho a ser visitado, dentro del recinto, por tus padres, representantes legales, familiares u otras personas en los días destinados a visita semanal.

Las visitas deben desarrollarse siguiendo unas normas de orden. Si estas normas no se cumplen, se podrán suspender las visitas.

Los actos de indisciplina no están permitidos. Las sanciones disciplinarias pueden ir desde la amonestación a la separación del grupo por un periodo de tres a siete días. La ley prevé que puedan ser utilizados determinados medios de contención en caso de que fuera necesario.

Lunes, miércoles y viernes de 4 a 5

Siento que me esté saliendo una carta tan larga (siempre suponiendo que esto sea una carta). Me gustaría contarte lo de los horarios. Por qué siempre te escribía correos de cuatro a cinco. Por qué siempre eran tan cortos. Por qué en una ocasión te envié uno más largo pero lo tuve que dejar a medias (y todavía tengo que dar gracias a que pude apretar el botón de «enviar» en el último segundo). Por qué después desaparecí durante unos días. Y por qué regresé y desaparecí de nuevo.

Ya te he dicho que estoy estudiando. Aquí todo el mundo participa en talleres (es obligatorio); sin embargo, muy pocos los aprovechan realmente. De entre todos los internos del centro, yo soy el único que estudia bachillerato. Qué fuerte, ¿verdad? Los profesores están contentos conmigo. Durante bastante tiempo fui un interno y un estudiante modelo, tanto que algunos profesores me dieron permiso para hacer cosas que aquí suelen estar prohibidas. Por ejemplo, conectarme a Internet. Soy responsable. Y trabajador. Entrar en ciertas webs podía ser beneficioso para mí y para mis estudios, así que me dieron permiso para entrar en la página de las bibliotecas públicas. Desde allí podía consultar catálogos en línea y pedir libros. Lo primero que hice fue pedir *El guardián entre el centeno* y volver a leerlo. Me sabía algunas partes de memoria, pero me daba igual. A mí, la historia de Holden me parecía distinta a cada nueva lectura. Esa vez, por ejemplo, me di cuenta de algunos detalles en los que no había reparado antes y que me gustaron mucho. Sobre todo, esa preocupación del pobre chaval por los patos del lago de Central Park. ¿Adónde van los patos en invierno, cuando el lago se congela? Se lo pregunta una y otra vez, sufre por los pobres bichos, e intenta averiguarlo como sea, pero nadie le sabe

decir. Nadie sabe dónde se meten los patos del lago en invierno, cuando las cosas se ponen chungas. No he estado nunca en Nueva York ni creo que vaya nunca, pero si pasase por Central Park en invierno también me preocuparía mucho por los patos. En algún lugar tienen que estar, ¿no crees?

Pregunté al profesor si podía dejar mi opinión sobre los libros que leía en el blog de lectores de la biblioteca. Me dio permiso. Para registrarme en el foro necesitaba una dirección de correo electrónico. La creé —también con permiso del profe— usando el nombre de mi admirado protagonista. Cuando el sistema me preguntó mi propio nombre y mi edad, pensé en otra persona. Internet nos permite ser otras personas, y eso a veces es genial. Por eso me puse el nombre del protagonista y mi edad de entonces, 17. Creí que no era importante, al fin y al cabo mis datos nunca los consultaría nadie. No me sabía el nombre de otro instituto, y por eso puse el Ricard Salvat. En eso fui sincero; o a medias, porque ya no iba al instituto.

A veces pienso qué habría pasado si no hubiera escrito ese comentario. Si no hubiese leído a Salinger. Si no hubiera conocido a la bibliotecaria simpática. Si no…

¿No te da miedo pensar cómo de diferente hubiera sido tu vida si te hubieses desviado solo un milímetro del camino? A mí sí.

Tenía correo electrónico, pero no me dejaban consultarlo. Me dijeron que a lo mejor más adelante, si continuaba con mi buena conducta. Pero de repente en la página de la biblioteca leí un aviso: había recibido un mensaje privado en mi correo. Nunca había recibido ningún correo, me moría de ganas de saber quién me escribía. Desobedecí un poco las normas por primera vez para poder leerlo. En este lugar, desobedecer un poco las normas puede llegar a ser un auténtico problema. Te puede caer una falta grave. Y una falta grave comporta un castigo de dos días de aislamiento. Pensé que solo me la jugaría una vez y que no me pillarían. Entonces me topé con tu mensaje.

Quería responderte. Me gustaste desde que te leí por primera vez. Solo podía leer el correo a escondidas, cuando tocaba clase de lengua. Es decir, lunes, miércoles y viernes. El profe de lengua se fiaba de mí, a veces miraba hacia otra parte o abría un libro y se ponía a leer. Yo aprovechaba entonces

para maximizar la ventana del correo y responderte rápido, sin hacer ruido con el teclado. Era muy difícil. Y muy arriesgado.

El profesor tardó en darse cuenta. Entonces me cambió de sitio y me prohibió usar el ordenador. No le comunicó al director mi conducta. Dijo que, de momento, me daba un voto de confianza. No tardé en romperlo. La segunda vez que me cazó ya no se mostró tan benevolente. Mi tutora me anunció que a partir de ese momento tenía absolutamente prohibido acercarme al ordenador. Para nada.

Casi me da algo.

Tenía que escribirte. El castigo me daba absolutamente lo mismo. En tu último correo me habías dicho que te gustaba. Pensaba que me volvía loco.

De repente se me ocurrió una idea genial. Me eché al suelo y empecé a moverme como si tuviera convulsiones. Les hice creer que me había dado un ataque (no sé de qué, la verdad). Me llevaron corriendo a la enfermería. ¡Bingo! Eso era justo lo que yo quería que ocurriera.

El médico me reconoció y no encontró nada. Yo le decía que me dolía mucho aquí —y señalaba a la tripa, el apéndice, el estómago…— y decidió dejarme un tiempo en observación. Cerré los ojos, y fingí que dormía. El médico estaba allí, en su mesa, usando su ordenador. Un ordenador con conexión a Internet, claro. Solo necesitaba una ocasión, aunque fuera pequeña. Después de un rato, el médico también se relajó. El silencio era absoluto. Solo se oían las teclas (clic, clic, clic) y mi respiración acompasada, de persona profundamente dormida. Entonces alguien le pidió algo al médico y él tuvo que salir un momento.

Yo permanecía allí, atento a todo. En cuanto se cerró la puerta corrí al ordenador, abrí el navegador, la página del correo, tu mensaje. Responder. Y escribí un correo tan deprisa como pude: *Xenia, no te escribo este correo para suplicarte nada…* Me pillaron. El médico entró de repente en el despacho y me encontró sentado a su mesa. Por suerte, tuve los suficientes reflejos como para enviar el mensaje, que no estaba acabado (pero casi).

El médico dijo:

—Vamos ahora mismo al despacho del director.

Desobedecer las órdenes es una falta muy grave. Planear cosas prohibidas, también. En este sitio más vale no planear nada. Me cayeron

cinco días de separación del grupo. Me llevaron a las celdas de abajo, esas de las camas sin sábanas y las paredes blancas que ya conocía del primera día.

—Si me das ni medio problema, te ato a la cama, ¿entendido? —me dijo el guardia de seguridad.

Mi único problema era pensar en cómo podría hacer para volver a hablar contigo.

Era miércoles. Estuve en ese agujero hasta el lunes al mediodía.

—Espero que se te hayan pasado las ganas de desafiarnos —me dijo el director, cuando salí.

Pero al miércoles siguiente lo volví a conseguir. El profesor de lengua era idiota. Salió un segundo, a hablar con no sé quién. Era como dejar a un perro famélico al lado de un trozo de carne deliciosa. Tuve el tiempo justo de entrar al correo y escribirte dos líneas.

Esa vez fue peor. Me cayeron siete días. Y como grité preguntando qué había de malo en escribir un correo a una amiga, me pasé un día entero atado a la cama. Te aseguro que no es lo más agradable que me ha pasado en la vida.

Las normas ya lo dicen: *Los actos de indisciplina no están permitidos. La ley prevé…, bla, bla, bla*.

Por lo menos, aprendí para qué servían las correas.

Todo es cultura, mira por dónde.

V / F

Me tocó el módulo Garbí, la habitación número 4 y una de las literas de arriba. Las habitaciones son de cuatro personas. Cada uno de nosotros dispone de un corcho en la pared donde podemos colgar lo que queramos, aunque están prohibidas las tías en bolas y las cosas que puedan ofender a otros. También tenemos un trozo de estantería para dejar la ropa y un pedazo de mesa. Hay una silla, pero es compartida. Está prohibido tener más de cuatro pantalones, cuatro camisetas y cuatro calzoncillos. Nada de objetos valiosos ni dinero. Tenemos una ducha para cuatro; dentro de la ducha también están el lavabo y el retrete. Cada vez que te duchas hay tres tíos mirándote. La cárcel no es para solitarios y menos aún para tímidos. Tienes que estar preparado para que todo el mundo te vea en pelotas.

Los compañeros de habitación no eran nada del otro mundo. Aquí todo el mundo pone cara de resignación y va a su rollo. Tenemos que aguantarnos, portarnos bien, no salir ni un centímetro de lo que esperan de ti. Cuesta un poco al principio, pero terminas por acostumbrarte.

No había tenido tiempo ni de localizar la estantería que me correspondía y ya me estaban esperando. Era una mujer joven y bastante guapa. Olía bien, y sonreía.

—Hola, Éric. Soy Laura, tu tutora —se presentó—. Desde hoy seré la encargada de valorar tus progresos. Velaré por ti y estaré muy encima, te lo aseguro. Seré algo así como tu hermana mayor, ¿entendido? Para cualquier cosa que necesites, o quieras contarme, aquí estaré.

Aquella presentación no me hizo ni pizca de gracia. A continuación me acompañó a un aula. Tenía que hacer una prueba de nivel para ver cómo iba en los estudios, me explicó. La primera prueba consistía en leer una historia

sobre Robin Hood en los bosques de Sherwood. Se titulaba «Fuera de la ley» y a mí me pareció un título muy poco apropiado para un sitio como este. Después había que contestar algunas preguntas como por ejemplo: «¿Dónde crees que se encuentra el bosque de Sherwood?» o «¿Por qué crees que lloraba Robin Hood mientras corría a través del bosque?». Estaba tirado. Robin lloraba de rabia, porque por culpa de la mentira de un grupo de guardias ahora era un fugitivo buscado por la justicia. Lo escribí sin ninguna falta de ortografía. No sé ni cómo pude hacerlo tan bien, con lo cansado como estaba.

Después siguieron otras pruebas, un montón de preguntas de tipo test. Una decía: «Indica de entre los siguientes cuáles son tus principales problemas. 1) Matrimonio. 2) Cansancio. 3) Enfermedad. 4) Drogas. 5) Soledad. 6) Problemas mentales. 7) Trabajo. 8) Estudios. 9) Alcohol. 10) Conducta antisocial. 11) Otros». Después de pensármelo mucho marqué la 2 y la 5.

«Indica cuáles son tus aficiones», rezaba otra pregunta. Escribí: «Leer, pasear, pensar». Después empecé a comerme el coco preguntándome si pensar podía considerarse una afición o no, pero ya estaba hecho.

Lo peor fueron las pruebas psicológicas. Todas aquellas frases estúpidas, donde debías marcar la casilla V (verdadero) o F (falso).

«Últimamente he empezado a tener deseos de destrozar cosas». F.

«A menudo dejo que los demás tomen por mí decisiones importantes». V.

«Me siento desorientado, sin objetivos, y no sé hacia dónde voy en la vida». V.

«Los castigos nunca me han impedido hacer todo lo que quería hacer». V.

«Estoy solo casi siempre y me gusta». V.

«A menudo otras personas me culpan de cosas que no he hecho»…

Algunas tuve que pensarlas mucho.

Debería haber habido una pregunta más: «Cuando respondo tests absurdos, miento a sabiendas». ¿Verdadero? ¿Falso? ¿Quién sabe lo que tenemos por dentro? Ni tú mismo puedes saberlo a ciencia cierta.

Había 175 frases. Me costaba decidirme. Aún pensaba todo el rato que no quería meter la pata, cuando en realidad, ya todo daba lo mismo. Había comenzado la última fase, que es también la más terrible. Se llama «Ejecución penal».

Régimen de visitas

Mi primo tardó más de un mes en venir a visitarme. 34 días. Le pregunté por qué no había venido antes y me contó que estaba muy liado y que no tenía tiempo para nada. También me dijo que igual estaría una larga temporada sin venir, pero que estaría allí el día del juicio. Aún no se sabía nada de la fecha del juicio, pero Alberto decía que iba a ser pronto. Por lo visto mi confesión le ahorró un montón de trabajo a la policía. Ben me prometió que siempre estaría a mi lado y que vendría a recogerme el día que saliera, para darme un abrazo y llevarme a casa.

—Me he comprado un piso en Barcelona, enano. En el barrio de Gracia. Iremos allí. Te gustará, ya lo verás.

Sin embargo para mí el piso de Barcelona quedaba muy lejos aún. Cinco años de eternidad.

—¿Podrías traerme mi ropa, Ben? —le pregunté.

—¿Aquí no te dan ropa?

—Sí, pero no me gusta.

—Pues yo te veo muy bien.

—Ben…

—Está bien, lo intentaré.

—¿Ya te han devuelto el coche?

—Qué va. Dicen que no me lo van a devolver.

—Mierda.

—Sí.

—¿Sabes que querían que les pidiera perdón a los padres de Marta? Dicen que es bueno para ellos y para mí.

—¿Quién dice esa parida?

—Los educadores sociales.
—Están colgados.
—Sí.
—¿Lo vas a hacer?
—No. No quieren verme.
—No metas la pata si lo haces.
—No.
Un silencio, un gesto amable.
—Ya lo sé, Ric. Ya sé que no la meterás. Estoy muy orgulloso de ti, en serio. Te has portado. Cuando salgas de aquí seremos socios. Ganaremos mucha pasta.
Aquellas palabras me hicieron sentir bien. Mi primo estaba orgulloso de mí. Para mí era importante.
Me preguntó, con sonrisa de encuestador:
—Cuéntame, enano. ¿Qué es lo mejor y lo peor de este lugar?
No tuve ni que pensarlo.
—Lo peor son los horarios. Tenemos ocupado todo el santo día. ¡Y todo es obligatorio! ¡El deporte también!
—Eso está bien, chavalín. Así te pones en forma, que a este paso terminarás como Kevin. Pero además, aquí también estudias, ¿verdad? Es lo que querías.
—Sí.
—¿Y lo mejor? —de nuevo la sonrisa de encuesta.
—Lo mejor es la comida —tampoco tuve que pensarlo—. Comemos cuatro veces al día. Hay de todo y se puede repetir. Y para merendar nos dan un bocata así de grande —marqué el tamaño con las manos: más de dos palmos.
La visita no duró ni media hora. El máximo permitido según las normas del centro es una hora y media. Pero Ben estaba nervioso. Pensé que era la cárcel lo que le intranquilizaba.
No volví a verle hasta el día del juicio.
Tampoco me trajo mi ropa.

Perder el tiempo

Ya te he hablado de Alberto, mi abogado. Un buen tío. Se tomaba muy en serio su trabajo. Después me enteré de que los abogados de oficio cobran una miseria. Aun así, preparó mi defensa como si le fuera la vida. Desgraciadamente, yo no colaboré demasiado. Alberto se enfadó mucho conmigo. No le he vuelto a ver desde el día del juicio. A veces pienso en él. En las cosas que me habría gustado contarle. En lo que no le conté.

La primera vez que vino a verme a la prisión estaba muy enfadado.

—Te pedí que no dijeses nada, Éric, ¿te acuerdas? Que te acogieras a tu derecho a no declarar. Y tú vas y te declaras culpable a la primera de cambio. ¡La has cagado, tío! ¡La has jodido bien! Nos costará mucho arreglar esto.

—Lo siento —balbuceé, porque realmente lo sentía.

Estábamos en una sala de esas que parecen de hospital. Mesa blanca, paredes blancas, sillas blancas. Él miraba sus papeles (que también eran blancos) y respiraba alterado.

—Escúchame bien. Diremos que estabas nervioso, ¿de acuerdo? Que no sabías lo que decías. ¿Me estás escuchando?

No contesté. No quería darle más disgustos. No quería que se enfadase.

—Y cuando te pregunten por qué te confesaste culpable ante la policía, dirás que estabas muy mareado, que tenías mucho sueño y que no te acuerdas.

Bajé la cabeza y miré fijamente una mancha de la medida de una pulga que había sobre la mesa. Quedaba mal esa mancha negra sobre esa mesa tan limpia y tan blanca.

—Además —continuó—, el interrogatorio se hizo a las cinco de la madrugada, en una hora poco frecuente. Diremos que no pudiste descansar. Diremos que no recuerdas nada de tu declaración, que la has olvidado por completo.

Moví un poco la cabeza, levemente.

—Bien. Vayamos a tu relación con la víctima —prosiguió.

Todo el rato decía «la víctima». No la llamaba por su nombre. Eso me gustaba, porque me hacía sentir mejor.

—Me han dicho que era tu novia.

Bajé la cabeza.

—¿Quién te lo ha dicho? —dije.

—Una compañera de clase. Os vieron juntos en una fiesta —miró sus papeles, buscando la fecha exacta—. La de Halloween del año pasado.

Debió de ser Vero. Vero también estuvo en la fiesta de Halloween. Vero nunca se entera de nada. Esa noche no nos quitaba el ojo de encima a Marta y a mí. A mí no me gustan las fiestas. Fui por compromiso, para ver quién estaba, pero me cansé enseguida. Creo que a Vero yo le gustaba un poco, no sé. Me fui a casa pronto, para ahorrarme problemas. Vero me ponía nervioso. Antes todas las chicas me ponían nervioso.

Marta me siguió. Me pidió que esperase, que me quería preguntar una cosa. Yo no tenía ganas de hablar con ella, porque ya sabía qué me iba a preguntar. Siempre me preguntaba por Ben. Marta estaba loca por Ben. Quería que la invitase a nuestra casa, para poder verle, pero yo pasaba. Ella insistía sin parar. Era de ese tipo de personas que no aceptan un no por respuesta.

Esa noche me paró en mitad de la calle.

—¿Puedo ir contigo?

—No —dije sin ni siquiera mirarla.

—Vamos, *porfa*, hazme este favor. Voy contigo, como si fuésemos amigos.

—Ben no está en casa —dije, y era verdad.

—¿Ah, no? ¿Y dónde está?

Me encogí de hombros.

—No le gustas, ¿sabes? —dije.

—Me da igual, ya le gustaré.

—¿En serio? ¿Cómo lo sabes?

De verdad que tenía curiosidad. Estaba claro que Marta no conocía a Ben.

—Yo sé cómo conseguir que un tío se fije en mí, tengo mis trucos —dijo—. Además, es muy fácil. A todos los tíos os gusta lo mismo.

Odio ese tipo de generalizaciones.

—Todos los tíos no somos iguales, ¿sabes? —me defendí.

—Para mí, sí. Ya lo verás —respondió, muy convencida.

Esa chica estaba muy colgada.

—Lárgate, anda —la empujé, y apreté el paso.

Ella me siguió un rato, y después se cansó. Siempre hacía lo mismo. Iba detrás de Ben como si no hubiera más tíos en el mundo.

A Alberto no le dije nada de todo esto. Lo que pensaba me lo guardaba siempre para mí. No hacía falta hablar. A él solo le dije:

—Yo nunca he tenido novia.

—Pero eras muy amigo de Marta. Te gustaba. Ibais a la misma clase, ¿verdad?

—Sí, pero ella era mayor.

—Sí, ya lo sé. Era repetidora. Lo tengo por aquí —buscaba entre los papeles—, tenía 15 años. ¿Te parecía guapa?

No contesté. Eso tenía pinta de pregunta-trampa. Preferí rascar un poco con la uña la mancha negra de la mesa, a ver si lograba hacerla desaparecer. Alberto prosiguió con el interrogatorio. Esta vez cambió de tema.

—¿Sabes conducir?

—Sí.

—¿Quién te enseñó?

—Ben.

—¿Con qué coche?

—Un Volkswagen Scirocco. Antes tenía otro. Un 127 rojo.

—Si te pido que conduzcas el Volkswagen ese y me lleves a dar una vuelta, ¿me demostrarás que sabes conducirlo?

—Claro.

—¿Lo suficiente como para atropellar a una persona?

Volví a encogerme de hombros. Seguía rascando la mancha, que no se iba. Quizá no era una mancha. Mi abogado resopló.

—¿Te pasa algo? ¿Estás cansado?

—Sí.

—¡Pues te aguantas! Necesito que me cuentes qué pasó. Con todo lujo de detalles. Por ejemplo: ¿Qué hacía Marta allí, a esas horas de la noche? ¿Teníais una cita? ¿Quizá quería comprar droga? ¿Quizá se la vendías tú?

—No. Yo jamás he vendido droga.

—¿Pues entonces por qué estaba allí? ¿La citaste tú?

—Puede ser. No me acuerdo.

—¿Qué quieres decir con que puede ser? ¿La citaste sí o no?

Me quedé en blanco. Me costó un poco encontrar algo que decir. No quería meter la pata.

—Sí —me contradije, lo sé, pero esa parte no la había preparado.

—¿Ahora dices que sí? ¿Te has acordado de repente?

—Sí.

—¿Cómo hiciste para quedar con ella?

—Por el móvil.

Recordé el móvil. El móvil de Marta. Un Nokia viejo y horrible, con una carcasa de los Teletubbies. Hay que estar muy colgado para llevar a los Teletubbies en la carcasa del móvil.

—Pues la policía no ha encontrado ningún móvil. ¿Cómo te explicas ese detalle? ¿Te lo llevaste tú?

—No.

—¿Sabes dónde está?

—No.

Alberto soltó un bufido. Estábamos otra vez en una vía muerta.

—Bien —continuó—. Y ahora cuéntame lo que quiero saber, chaval. Dime cómo te lo montaste para matar a Marta Villanueva. ¿Eres capaz de explicármelo y hacer que te crea?

Lo intenté. Punto por punto, como me había pedido. Le dije exactamente lo que quería escuchar. A ver si así me dejaba tranquilo. Le dije que Marta murió atropellada en el descampado de los aviones. Se le echó encima el Scirocco de Ben. El primer golpe fue muy fuerte y la tumbó.

Se arrastró por el suelo. Quizá se quería levantar, pero no lo consiguió. Entonces el Scirocco le pasó por encima. Dos veces. Debió de quedar hecha puré por dentro. A continuación el coche se largó y la dejó allí. Me marché, quiero decir.

Mientras contaba todo me entraron ganas de vomitar. Y un cansancio muy profundo. Un cansancio que me salía del alma. Alberto había palidecido.

—Y después recordaste que habías dejado el cuerpo tirado y volviste al descampado para enterrarla —añadió Alberto.

—Sí —contesté.

—Y al ver que no estaba muerta del todo, la remataste de un golpe con la pala —concluyó.

Silencio, silencio y más silencio. Me gusta el silencio. El silencio no hace daño. Las palabras, sí.

—Es una manera horrible de morir —dijo él.

—Sí.

No había manera de borrar la mancha negra de la mesa. Me di por vencido. Quizás era un defecto del mueble. Tal vez había salido así de la fábrica y no había nada que hacer.

Alberto se recostó en la silla. Me miraba como desde lejos, como si esperase algo.

—¿Sabes que no acabo de creerte, tío? En todo esto hay muchos detalles que no concuerdan… No sé a qué estás jugando, Éric, te juro que no lo entiendo.

Sacó unas fotografías. Las puso delante de mí. Otra vez el descampado de los aviones, otra vez el muro, el agujero. En las dos últimas salía Marta. Bueno, lo que quedó de Marta. Ahora sí que tenía ganas de vomitar.

—Dices que volviste con una pala para enterrar el cuerpo.

—Sí —dije.

—¿Tú solo?

—Sí.

—¿Sabes cuánto mide el agujero que hiciste? —preguntó, comenzando a ponerse colorado.

Estaba enfadado, pero intentaba contenerse. Me encogí de hombros.

—Un metro y cuarenta centímetros de largo, unos 64 centímetros de ancho y aproximadamente 80 centímetros de profundidad —dijo, alzando la voz—. ¿Sabes cuánta tierra hace falta mover para hacer un agujero así? ¿Eres capaz de calcularlo?

Dije que no con la cabeza. No sabía calcularlo ni tenía ganas de aprender.

—Pues yo lo he hecho por ti. Son 1440 kilos de tierra. Casi una tonelada y media. ¿De verdad quieres hacerme creer que tú solo apartaste una tonelada y media de tierra en solo cinco o seis horas? ¿A 230 kilos por hora, casi cuatro kilos por minuto? Mira: —sacó una hoja de papel llena de números—. Para desalojar un kilo de tierra necesitas por lo menos tres paladas. Eso quiere decir que tuviste que dar doce paladas por minuto, una cada cinco segundos. Y eso durante seis horas, sin parar. ¿Es eso lo que quieres que me crea?

Gritaba. Ahora sí que gritaba. Me asustaba un poco. Me encogí de hombros.

—¡Venga, hombre, venga! ¡Eso no te lo crees ni tú! —Alberto tiró el bolígrafo sobre la mesa—. ¿Te has mirado? ¡Pero si eres un enclenque! ¡Tú no puedes ni con la pala!

Intenté acordarme de cuánto pesaba la pala, y pensé que Alberto era un tipo listo. De los más listos que había conocido nunca.

—Mira —se me acercó—, no sé por qué lo haces, pero yo sé que me estás engañando. Que también quieres engañar al juez. Y, de verdad, no lo entiendo. No sé por qué quieres hacerte esto. ¿Te apetece pasarte cinco años en la cárcel? ¿Es eso? ¡Joder, reacciona, Éric! ¡Pareces imbécil!

Se alteró tanto que tuvo que salir. Me dejó un momento solo, con las fotos de Marta toda desencajada. Fue horrible. No las quería mirar, pero no podía evitarlo, y me sentía fatal. Alberto tenía que ir al lavabo y creo que se mojó la cara con agua fresca. Cuando volvió estaba más sereno. Puso un tono de voz normal cuando me dijo:

—Éric, ¿quizá tienes miedo de algo? ¿Hay alguien que te esté amenazando?

Pensé que le tenía que quitar esa chorrada de la cabeza:

—Claro que no —contesté.

—¿Hay alguien que te esté dictando lo que tienes que decir y lo que no? ¿Estás encubriendo al verdadero asesino?

—¡No, no, no, NOOO! —me escuché gritar de pronto. Ahora era yo quien perdía los estribos. Solo por un momento, se me pasó enseguida.

Me dolía la cabeza. Quería que todo acabase y marcharme de allí, olvidar esa mierda de conversación.

Alberto guardó las fotos en la carpeta. El cuerpo destrozado de Marta desapareció por fin. Sentí un alivio enorme.

—He hablado con Rubén, tu primo —levanté la cabeza, alerta. Alberto lo notó—. Testificará en el juicio. Creo que no me va a gustar lo que dirá. ¿Tú sabes algo?

—Ni idea —esta vez dije la verdad—. Y se llama Ben.

—¿Qué tipo de relación tienes con Rubén?

—La normal. Somos primos.

—¿Trabajas para él?

—No.

—¿No? —otra vez empezó a gritar—. Tu primo es el segundo camello más importante de todo El Prat. ¿No sabías que es como un supermercado de droga? Por encima de él solo está el clan de los Medina.

—No lo sabía —mentí (pero a medias).

—¿Os visteis aquella noche? La noche de los hechos.

—No.

—¿Ben estaba en casa?

—No.

—¿Entonces cuándo volviste a verle?

—No me acuerdo.

Alberto dio un puñetazo en la mesa.

—¡Basta! Deja de tomarme el pelo. ¿Piensas colaborar o no? No es a mí a quien van a condenar por asesinato.

Bajé la cabeza y busqué a mi amiga la mancha. La encontré y me concentré en ella.

Alberto se levantó, recogió sus papeles, se puso la chaqueta, se enjugó el sudor de la frente con la palma de la mano. Cuando estaba a punto de salir, se giró para mirarme y me dijo:

—Mira, tú di lo que te dé la gana. Cuéntale al juez todo tipo de historias de ciencia ficción, si quieres. Yo pienso mantener la línea de defensa que había previsto y pienso decir que no es posible que enterrases tú solo a esa pobre chica. Y que si no la pudiste enterrar tú solo, es probable que tampoco la mataras tú solo. Que quizá ni siquiera la mataste tú. Eso es lo que pienso decir, y ya veremos cómo me sale. Y si no te gusta, me da igual. Adiós, chaval.

Abrió la puerta y salió. Fuera, el guardia de seguridad me miró con curiosidad. Como yo no hacía nada, volvió a cerrar la puerta.

Buen tío, este Alberto. De los mejores que he conocido. Creía en la justicia y en la buena gente. Deberían existir más abogados como él. Habría hecho una defensa magnífica, si yo no se la hubiera estropeado.

Lamenté de verdad no poder ser el tipo de persona que él veía en mí.

Minifalda

Tal vez esto debería habértelo contado antes, mucho antes. Si a estas alturas aún no has dejado de leer, tienes derecho a saber quién era Marta Villanueva. Si haces una búsqueda en Internet encontrarás un montón de información, fotos, noticias, incluso su muro de Facebook. La gente ha ido dejando todo tipo de mensajes de condolencia, pero si buscas bien, podrás encontrar su última entrada. Es de la noche en que murió, a las ocho de la tarde. Hay un texto y una foto.

Todo esto lo sé por el juicio, donde se dijeron un montón de cosas. Antes de que me detuvieran, a mí nunca se me había ocurrido mirar en el muro de Marta, aunque era compañera de clase y la tenía entre mis amigas. La típica amiga que solo se acuerda de ti cuando necesita algo: que le pases unos apuntes o que seas el intermediario entre ella y el tío del que se ha colgado.

Más allá del instituto, no teníamos ninguna relación. Es difícil tener tratos con las chicas de 15 cuando tú tienes 14. Tienen un montón de costumbres raras. Marta me ponía nervioso, estaba demasiado loca. Iba detrás de Ben sin darse cuenta de que hacía el ridículo. Se maquillaba como un payaso, y se ponía las minifaldas más mini que he visto en mi vida. No le quedaban nada bien, porque tenía las piernas demasiado flacas. Ben nunca le hacía caso, pero ella insistía. Era una pelmaza.

Todo empeoró cuando consiguió el número de teléfono de mi primo. Le llamaba sin parar. Ben incluso se enfadó conmigo.

—¿Les has dado tú mi número a la imbécil esa? —me preguntó.

—¿Yoooooooo? —protesté—, ¿qué dices? Yo solo te la quito de encima.

Le llamaba (con número oculto) y no decía nada, pero Ben sabía que era ella. A veces sonaba una música a máximo volumen. *Qué bonito es el amor, qué bonito es divertirse, qué bonita es una flor, qué bonito el arco iris…* y cosas así. Ben se ponía frenético.

Después comenzó a perseguirlo por la calle. Un día él la agarró por los hombros y le habló bien claro:

—Déjame en paz, ¿te enteras? ¡Lárgate! No me gustas. No me cabrees.

Ella se fue llorando. Parecía que se había acabado, pero no. Le dio por enviarle poemitas. Poemas horrorosos, que podrían haber sido canciones de Estopa (¡le encantaban!) y que colgaba en su muro de Facebook, enlazando a todos sus conocidos (muchos lo eran también de Ben, claro). Cosas como:

Mi amor s'a cabreao
Y el corazón se m'a parao.

O:

Me odias y no sé por qué,
Porke yo siempre te querré.

Era patético. En el barrio algunos amigos comenzaron a preguntarle a Ben por qué no le hacía caso a la pobre chica. Y él se cabreaba todavía más.

Pero la gota que colmó el vaso fue el día en que se volvió loca del todo y se hizo una foto desnuda (no es que se le viera gran cosa). Después la colgó en todas las redes sociales, acompañada de una frase que decía: «*Todo hesto que beis es pa Ben González y daquí un rato lo tendra*».

Solo una hora más tarde estaba muerta.

Aviones

El juez quiso que le acompañara hasta «el escenario de los hechos». Vinieron a buscarme un par de polis, me esposaron y me sacaron del centro en un coche de esos que tienen un cristal antibalas entre los asientos de atrás y los de delante. Desde aquí hasta mi barrio hay un buen paseo en coche. Pude pensar, refrescar la memoria. Lo repasé todo de arriba abajo. No quería meter la pata. Se ponen muy pesados los polis si les dices cosas que no cuadran. Nunca están contentos del todo, aunque les digas que eres un asesino y te declares culpable. Tenía que estar muy seguro de lo que iba a decirles.

Llegamos a la barriada de Las Palmeras a media mañana. Aparcamos el coche cerca del descampado de los aviones. Desde allí se podía ver la casa de Ben, que tenía todas las ventanas cerradas. Volver a verla me puso muy triste. Empecé a recordar cosas, y eso que aquel par no dejaba de hacerme preguntas (yo no contesté casi ninguna). Los recuerdos me ponen fatal.

Por ejemplo, recordé el Seat 127 de segunda mano de color rojo. El primer coche que tuvo Ben, el primero que vi por dentro en toda mi vida. Él aún no tenía 17 años, pero lo conducía como si tal cosa. Molaba un montón el trasto aquel. Yo nunca había conocido a nadie que tuviera un coche. Mi padre conducía camiones, pero no eran suyos.

El mismo día que se compró el Seat 127 rojo, mi primo me esperó en la calle. Yo vivía aún con mi padre, era un crío. Recuerdo muy bien que empezaba a hacerse de noche.

—¿Te apetece dar una vuelta? —propuso Ben.

Subí al coche de un salto, muy emocionado. Allí dentro había un montón de botones y palanquitas, pero Ben no me dejó tocar nada.

—Estate quieto, enano. Si rompes algo, te corto la mano —dijo.

—¿Es tuyo? —pregunté.

—Claro. ¿No lo ves?

—¡Uala! ¿Te lo has comprado?

—Más o menos. Lo he ganado en una partida.

—¿De cartas?

—De póquer. Y ahora calla y agárrate.

Habíamos rodeado las pistas del aeropuerto hasta llegar al descampado de los aviones. En cuanto las cuatro ruedas pisaron tierra, Ben giró bruscamente el volante y el coche derrapó a lo bestia, como en las películas. Él soltó un grito:

—¡Yujuuuuuuuuuuuu!

Y yo le imité. Lo repetimos varias veces, hasta que comenzamos a marearnos un poco.

Seguro que el descampado de los aviones tiene otro nombre, pero nosotros nunca lo supimos. Lo llamábamos así porque era una gran explanada justo al lado de las pistas del aeropuerto. Los aviones que aterrizaban pasaban tan cerca que daba miedo que se nos fueran a caer encima. Hacían un ruido de mil diablos. Por la noche era todo un espectáculo.

Dimos un par de vueltas más y nos detuvimos, con las ventanillas bajadas. Ben encendió un cigarro. Esperamos a que aterrizara el primer avión. Por la derecha se acercaba uno, ya estaba muy cerca.

—Mira, enano, ¿ves aquellas casas de allí? —Ben señaló las luces de la barriada de Las Palmeras, tres calles de casas bajas que forman una especie de isla apartada de todo—. Muy pronto viviremos allí, ¿querrás?

—Tío, claro. Ese sitio es alucinante. ¿La casa también la vas a ganas al póquer?

No contestó. Miraba hacia su futura casa con la cabeza recostada en el asiento.

—Y algún día nos largaremos de aquí —añadió—. Este lugar es un vertedero.

—¿En serio? —pregunté—, ¿y adónde vamos a ir?

—A Barcelona —lo dijo como si fuera lógico, como si no hubiera otro sitio mejor donde ir—. A Gracia. Gracia mola mucho. Hay bares por todas partes.

—Sí —yo no sabía ni qué era Gracia, pero siempre le daba la razón a mi primo.

—¿Sabes una cosa? ¡Tienes que aprender a conducir! ¿Quieres probar?

—Vale.

—Ven, cámbiame el sitio.

Nos cambiamos: él en el asiento del copiloto; yo frente al volante. Yo aún no había terminado de dar el estirón y no llegaba bien a los pedales. Tuve que avanzar un poco el asiento. Entonces mi primo me impartió la primera lección teórica: dónde estaban el embrague, el acelerador, el cambio de marchas, el pedal del freno y el freno de mano.

—Lo más importante es que sepas dónde tienes el freno de mano, enano. Si ves que te la pegas, siempre puedes tirar del freno de mano.

—Sí.

—Y ahora escúchame bien. Tienes que pisar el embrague para cambiar de marcha. Pon primera. Está aquí, arriba y a la derecha. No quieras correr. Si sabes ir despacio, ya sabes conducir. Pones la marcha, aceleras un poco, con cuidado de que no se te cale, pones el intermitente, giras el volante y cuando estés preparado sueltas despacito el freno mientras aprietas el embrague y el acelerador al mismo tiempo pero con suavidad… ¿Lo entiendes?

Demasiadas cosas juntas. No podía ser que todo aquello se tuviera que hacer al mismo tiempo. No iba a acordarme ni de la mitad.

Solté el embrague demasiado rápido y el coche dio un salto como de gato asustado.

—¡Lo siento! —exclamé.

—Vuelve a empezar. Aprieta el embrague. Pon en marcha el coche, vamos.

—No puedo, Ben —me había llevado un buen susto—. Mejor lo dejamos para otro día.

—Pero, ¿qué dices? —me miró muy enfadado—. ¡Pues sí que te rindes pronto! Vamos, gallina, pon en marcha el trasto.

Le hice caso. Al tercer intento conseguí que el coche recorriera unos cien metros. Me sentí muy orgulloso.

Después del Seat, llegó el Volskwagen Scirocco. Una especie de torpedo de color negro, tuneado con un par de alerones alucinantes de color dorado. Parecía una nave espacial. Y estaba nuevo, a estrenar. Ben lo pagó con billetes de quinientos. Lo sé porque lo vi, yo iba con él. El dueño del concesionario abrió unos ojos como de lechuza al ver los billetes que mi primo iba dejando en un montón sobre la mesa, uno tras otro. Cuando solo faltaba el último, Ben se detuvo y dijo:

—Ahora que lo pienso… ¿No vas a hacerme ningún descuento por pagar al contado? ¿No crees que deberías?

En los labios del hombre se dibujó una sonrisa nerviosa.

—La verdad es que me gustaría mucho, en serio, pero no puedo, yo no soy quien decide estas cosas. Es una orden que siempre llega desde la central. Los precios hoy en día están muy ajustados…

Entonces Ben se acercó al vendedor y le dijo al oído:

—¿Te has dado cuenta de que últimamente hay un montón de incendios en este polígono? Qué casualidad, ¿no crees? No me gustaría nada que se te quemara la tienda esta noche. ¿Cuánta pasta tienes aquí dentro? —Ben echó un vistazo a su alrededor.

—Mucha —balbuceó el hombre.

—Yo diría que quinientos euros no son nada, comparados con la pasta que podrías perder…

—No, no, tienes razón. No es nada. Muy bien. Te hago el descuento —sudaba, se dio mucha prisa en hacerse con la pila de billetes.

Ben sonrió, satisfecho.

—Ya sabía yo que íbamos a entendernos, chaval —me dijo, recogiendo las llaves.

Subimos al coche. Olía a nuevo. Un olor distinto a nada que yo hubiera olido en la vida. Por dentro era todavía más alucinante. Tenía un navegador con pantalla, un sistema que te avisaba cuando ibas a chocar e incluso un conector para escuchar música desde el móvil. Creo que grité de emoción.

Entonces Ben se sacó el billete de 500 euros del bolsillo.

—Toma, enano, esto es para ti. Para que celebres que tenemos coche.

El juicio

En el juicio pasó lo que tenía que pasar. Cuando Ben salió a declarar, tenía aspecto de estar hecho polvo. El fiscal le pidió que contara lo que ocurrió aquella noche. Él lo hizo. A su manera, claro.

Dijo que yo estaba loco por Marta desde la fiesta de Halloween, pero que él nunca habría imaginado que fuera capaz de aquello. Dijo que yo era como un hermano para él y que estaba destrozado. Dijo que él no era ningún modelo para nadie, pero que no era capaz de matar ni a una mosca. Dijo que Marta le gustaba mucho y que estaba pensando en pedirle que saliera con él.

Fue muy convincente. Incluso a mí me lo pareció.

La noche de los hechos, continuó, la pasó en el bar Carmen jugando al póquer con unos amigos. Kevin, Marcelo y otro colega. Los tres declararon confirmando su versión. A mí me dejaron en casa porque era demasiado pequeño para jugar al póquer. Llegó bastante después del amanecer, pasadas las once de la mañana. Se sentía muy cansado y se fue directo a la cama. No notó nada raro ni en el coche ni en ninguna otra parte. Yo no estaba en casa, dijo. Pensó que debía de estar en el instituto, por eso no se extrañó. Eso fue lo que dijo.

Y también que todo continuó como si tal cosa hasta el sábado de aquella misma semana. No vio nada raro en mi comportamiento. Hasta que de pronto un perro que paseaba por el descampado de los aviones en compañía de su amo vio algo que sobresalía del suelo y comenzó a cavar. Apareció el cuerpo de Marta. Aún llevaba su mochila colgada a la espalda (los asesinos no debían de ser unos expertos) y enseguida averiguaron quién era, dónde estudiaba, quiénes eran sus amigos. Fue fácil seguir las pistas hasta dar con

nosotros. Ben se sintió muy conmocionado al conocer la noticia. Al principio no se lo podía creer, dijo. Es muy difícil aceptar que alguien le haga tanto daño a otra persona, dijo. Y más a alguien tan joven, con toda la vida por delante, tan vital y optimista como era Marta. No merecía morir, Marta no se lo merecía (y se le rompió la voz al pronunciar de nuevo su nombre). Te prometo que fue así mismo.

Cuando le detuvieron hizo todo lo que le dijo la policía porque él nunca desobedecería a los cuerpos de seguridad del Estado. En ningún momento sintió miedo porque él no había hecho nada. Después pasó una temporada muy deprimido, porque no podía creer todo aquello que estaba pasando: que Marta estuviera muerta y que yo fuera su asesino. Yo era como un hermano para él. Nunca lo habría imaginado de mí (y se llevó el índice y el pulgar a los lagrimales, para demostrar que solo de pensarlo le daban ganas de llorar).

Incluso a mí se me hizo un nudo en el estómago al escucharle decir eso. Ben habría sido un actor impresionante.

El abogado le preguntó si tenía pruebas de lo que había dicho de la timba en el bar Carmen y Ben le enseñó algunas fotos. También le preguntaron qué sabía de mi relación con Marta. Ben respondió que había tardado mucho en darse cuenta de que yo estaba loco por Marta y que tenía muchos celos de él. No se perdonaba no haberse dado cuenta antes, añadió. Si lo hubiera hecho (y otra vez se le rompió la voz), las cosas habrían sido de otra manera. Le preguntaron si pensaba que yo era una persona violenta. Y dijo: «Éric siempre ha sido muy callado, es difícil saber a ciencia cierta qué está pensando».

Después quisieron saber si por casualidad me había visto alguna vez llevando algún objeto contundente. Una pala, por ejemplo. Dijo que aquellos días no me había visto demasiado, que había tenido mucho trabajo.

Entonces le preguntaron si sabía dónde estaba el móvil de Marta. El dichoso móvil Nokia de los Teletubbies. Respondió que no lo había visto nunca y que no sabía dónde estaba.

Luego salió Vero, la amiga de Marta, y dijo que yo era un tío muy raro, que no hablaba nunca de nada y que siempre iba a mi rollo. También dijo que me había visto mirar a Marta de una manera rara y que no sonreía

nunca. Que era imposible saber qué se me pasa por la cabeza. Que a veces yo le daba miedo pero que también le gustaba. Un poco, dijo, y no me quedó nada claro qué había querido decir. Que le daba miedo… ¡Es increíble!

Cuando me preguntaron a mí, dije que todo el mundo tenía razón. Todo el mundo menos Alberto, claro. Alberto estuvo genial. Hizo comparecer a un experto para explicar que es imposible que un enclenque como yo desaloje él solo una tonelada y media de tierra en apenas seis horas. Presentó informes forenses basados en mi afición a leer, en mis buenas notas, en mi vida aburrida y normal. Pero no hubo nada que hacer. Las pruebas eran irrefutables.

Fue lo más fácil del mundo.

El juez dictó su veredicto: soy un asesino.

Alberto se fue sin decirme adiós.

Ejecución penal

De todo lo que te acabo de contar hace más de cuatro años. Cuatro años, cuatro meses y 12 días. Dentro de ocho meses me dejarán salir. Si te dijese que tengo miedo, te engañaría. Estoy cagado.

Aquí dentro las cosas no me han ido mal. En estos más de cuatro años solo me han castigado una vez, ya sabes por qué. El resto del tiempo he sido un interno modelo, nada problemático, que merece todos los incentivos. Hasta que pasó aquello del médico y el ordenador, yo era de Nivel 3. Ser un interno de Nivel 3 quiere decir que tienes derecho a algunas cosas. A recibir llamadas (yo nunca recibí ninguna), a recibir más visitas (tampoco), a irte a la cama tres cuartos de hora más tarde que los internos de Nivel 1, a trabajar en el taller de montaje de bicicletas o a escuchar música en un MP3, si es que lo tienes.

Yo tengo MP3 porque me lo regaló una amiga. Se llamaba Merche y era preciosa. Una chica realmente guapa, de las que no puedes dejar de mirar. Todo el mundo la observaba, incluso los de seguridad. Era imposible no hacerlo, de verdad. Se marchó hace más de tres años y no he sabido nunca más de ella. El día antes de salir estaba insoportable. Hablaba mal a todo el mundo, incluso a los educadores. Le tuvieron que llamar la atención. Cuando se calmó un poco le pregunté qué le pasaba, si no estaba contenta de ser libre otra vez. Me miró muy fijamente, con esos preciosos ojos verdes que tenía, y me dijo con mucha tristeza:

—Mírame, Ric. Mírame bien. Mi padre está en la cárcel Modelo y mi madre en la de La Roca. Yo no tengo a nadie fuera, ni ningún sitio a dónde ir. ¿A qué te parece que puedo dedicarme? ¿En qué crees que puedo

trabajar? No tengo estudios. No tengo nada. Solo tengo esto —se señaló a sí misma, de pies a cabeza.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Y ningún futuro por delante. Antes de irse me dio un abrazo y me regaló su MP3.

—A partir de ahora le sacarás más provecho tú que yo —me dijo.

Provecho. Este es el problema. Somos los excrementos del sistema. Nuestra vida está marcada por estas dos palabras: «Ejecución penal». Al día siguiente de habernos puesto en paz con la sociedad, ella se desentiende de nosotros por completo. Se supone que estamos aquí para hacernos mejores personas, para entender que lo que hicimos está mal y que no debe repetirse, para arrepentirnos. Sin embargo, una vez nos hemos reformado, nadie sabe qué hacer con nosotros. Se abre la puerta y eres una persona como todas. Pero en realidad no lo eres. Quizá no lo serás jamás.

A pesar de todo, muchos lo consiguen. La mitad de los delincuentes juveniles, más o menos, no vuelve a delinquir nunca más. Pueden llevar una vida normal. Encontrar trabajo, casarse, tener hijos, endeudarse, tener un sueldo miserable y unos problemas de mierda… como todo el mundo. La otra mitad no tiene tanta suerte.

Algunos vuelven. Al día siguiente o dos días después de haber salido de aquí. Rondan por la puerta, preguntan por el director, quieren entrar.

—Por favor, tío, solo un ratito. Juego un partido de fútbol con los compañeros y me voy. Anda, déjame saludar a los colegas. Solo un rato…

El director no les deja traspasar la puerta.

—Ahora eres libre, chaval. Vete y búscate la vida. Aquí ya no te queda nada por hacer.

Ejecución penal. Eso es.

Parece bueno, pero no.

Dentro de 223 días seré libre. Solo hay una cosa que me hace esperar ese momento con ilusión.

¿Me dejarás invitarte a un café? No te imaginas lo que daría por mirarte a los ojos, Xenia. Solo por eso, tanto miedo habrá valido la pena.

Clanes

En cuatro años pueden pasar muchas cosas. Cosas que no te esperas, que lo cambian todo.

Solo he salido una vez desde que estoy aquí. Fue para ir a un entierro. Me acompañó Carlos, el director. Fue el día más triste de mi vida.

Éramos cuatro gatos. Kevin, mi tía Carmen y mi tío Anselmo, Marcelo y dos o tres habituales de las timbas de póquer del bar. Mi padre no fue, pero mandó un ramo de flores. En su discurso, el sacerdote habló de las trompetas de Jerusalén y de los ángeles del paraíso. También dijo que siempre es una gran desgracia que nos deje una persona en la flor de la vida. 24 años. El sacerdote llamaba Rubén a Ben. «Ha muerto en trágicas circunstancias, llevó una vida difícil, desviada del recto camino, pocas veces fue un modelo de conducta, pero ahora ya está con Nuestro Señor que le perdonará todos sus pecados y para él se abren las murallas de Jerusalén».

Ben murió de una paliza. Últimamente se había adentrado en un terreno demasiado peligroso. Había empezado a vender droga en la zona controlada por el clan Medina, una familia de más de 30 miembros que defendían su territorio como leones. Le esperaron a la salida de una timba, le arrastraron hasta el descampado de los aviones y le pegaron hasta que perdió el sentido. Kevin vio cómo se lo llevaban, pero prefirió huir antes que ayudarle. La policía encontró el cuerpo cuando comenzaba a clarear el día. Tenía la cara tan brutalmente desfigurada que ni siquiera le reconocieron. Estaba retorcido sobre sí mismo, como un feto dentro del claustro materno. Dijeron que para matarle los asesinos emplearon piedras, o ladrillos o barras de hierro o todo al mismo tiempo. También le robaron el fajo de billetes que

siempre llevaba encima. El móvil, no. El móvil lo encontró la policía. Tenía la pantalla rota, pero aún funcionaba.

De eso hace ya más de un año. Aún no han detenido a ninguno de los culpables.

Nokia

Pocos días después del entierro, mi tía vino a verme. Se la veía muy serena, como siempre. Un poco más vieja que la última vez.

—Nunca me gustaron las compañías de tu primo —me dijo, a modo de preámbulo—. ¿Te acuerdas del gordo ese, cómo se llamaba?

—Kevin.

—Eso. ¿Sabes que desapareció del barrio? Nadie le ha vuelto a ver.

«Igual que los patos del lago de Central Park», pensé, a saber por qué razón.

Carmen había hecho un esfuerzo por venir a la prisión. Tenía algo que decirme. Algo importante para ella.

—Ben ha dejado algunas cosas para ti —dijo.

—¿Para mí?

—Hace un par de meses le pidió a Marcelo que te las trajese si a él le pasaba algo. Pero a mi hijo no le gustan los sitios como este, no se lo tengas en cuenta. Además, está hecho polvo. Él y Rubén eran muy amigos, ya lo sabes.

—Sí —contesté, y me acordé de todas aquellas fotos que estaban en el primer móvil que Ben me regaló.

—Por eso estoy aquí —continuó mi tía—. Era la voluntad de mi hijastro. Las voluntades de los muertos hay que cumplirlas. Estaré más tranquila después de haberlo hecho, ¿comprendes?

Asentí.

—Lo metió todo en una caja de zapatos. No me dejan dártela, pero me han dicho que te la guardarán hasta que salgas de aquí, que entonces te lo darán todo.

—Muchas gracias, tía, de verdad —dije—. ¿Sabes qué hay en la caja?

—Sí. Las llaves de su piso de Barcelona. Una baraja de cartas de póquer. Y un montón de móviles. La verdad, no creo que valgan gran cosa. Los hay de todo tipo, incluso uno horroroso con una funda de los Teletubbies. Él sabrá por qué quería que tuvieras toda esa chatarra. Rubén era muy raro… Yo no entiendo nada, pero ya da igual.

—Seguro que le sacaré algún provecho, tía —dije, antes de repetir—: Gracias. Gracias de verdad.

Ella negó con la cabeza, me dio un abrazo y me susurró al oído:

—Cuídate, rey.

Esa noche pensé mucho en la caja de zapatos y en los móviles. Creo que adiviné las razones de Ben al guardarme todo eso. Mi primo siempre lo tenía todo previsto. Después de muerto seguía igual. Y me quería. De una manera rara, pero ahora sé que me quería.

Dos palas y un pico

La tarde en que Marta Villanueva murió, yo estuve en la biblioteca. Era viernes, el inicio de un largo fin de semana en que el lunes también era fiesta. Quería algo que leer para evitar morirme de aburrimiento. Estuve un buen rato charlando con la bibliotecaria. Nos habíamos hecho más o menos amigos. Siempre me preguntaba por los libros que me había leído; le gustaba saber mi opinión, si les encontraba algún fallo. Me recomendaba otros nuevos. Era simpática conmigo. Y tenía un montón de paciencia. A veces hace falta un montón de paciencia para ser amigo de alguien que habla tan poco como yo. Te aviso por si acaso te estás planteando ser amiga mía, Xenia. Si has leído esta carta hasta aquí, debe de ser que no te importaría ser amiga mía. Suponiendo que esto se pueda considerar una carta, claro.

Te decía que aquella tarde estuve hablando mucho con la bibliotecaria. Dudaba entre dos libros, pero finalmente me decanté por uno muy famoso: *El principito*, de Antoine de Saint Exupéry. A mí me parecía un cuento para niños, porque lo había ojeado un poco y empieza con una serpiente que se come un elefante pero que parece un sombrero. Además, la cubierta era de colorines. Sin embargo, la bibliotecaria me dijo que a veces lo que parece más fácil es en realidad lo más difícil y me pidió que le diera una oportunidad al libro, porque estaba lleno de ideas muy interesantes. Lo hice por ella. En cualquier caso, era muy corto. Si no me gustaba, lo podía devolver al día siguiente.

Ahora me doy cuenta de que ni siquiera sé cómo se llamaba la bibliotecaria.

Rellené la ficha y saqué el libro con el carné. Me dieron el marcapáginas de siempre, donde estaba escrita la fecha en que lo tenía que devolver. Escondí el ejemplar dentro del pantalón y tiré hacia casa (es decir, hacia casa de Ben). Para entonces ya hacía seis o siete meses que vivíamos en la barriada de Las Palmeras. Él estaba todo el día fuera atendiendo sus negocios y yo ya no tenía que volver a dormir al centro de acogida, porque ahora Ben era mayor de edad y había pedido permiso para acogerme. Todo iba bien.

Cuando llegué a casa, el Scirocco no estaba en la puerta. No me pareció raro: Ben siempre estaba fuera. Me hice un bocadillo de jamón para cenar, puse la tele y me tumbé en el sofá con la novela de Saint Exupéry y una cerveza. Al principio, el libro me pareció poco original e insoportable, pero poco a poco me fue atrapando. ¿No crees que los libros a veces logran convencerte? Incluso de cosas que jamás habrías imaginado.

Leí unas cuantas horas, ajeno a todo, también al paso del tiempo. Me quedaban muy pocas páginas cuando oí llegar un coche. Lo reconocí por el sonido. Era el Scirocco de Ben. Miré el reloj: la una y media. Un momento después se abría la puerta de casa y mi primo entraba a toda prisa.

—Enano, despierta, me tienes que ayudar con una cosa. ¿No has visto los mensajes?

Miré mi móvil, que estaba sobre la mesa, en silencio (me gusta el silencio, ya lo he dicho). Leí los mensajes. Todos eran iguales. Me lo había enviado seis veces:

«Ncsito k mayudes tngo 1 marrón. Vengo a las 2 masomenos».

Me calcé. Mi primo parecía preocupado, sudaba. Dejó algo sobre la mesa. Un móvil Nokia de color rojo, con una carcasa horrible de los Teletubbies.

—¿De quién es? —le pregunté.

—De Marta. La pesada. Hoy me ha hinchado las narices —dijo.

—¿Te lo ha regalado? —pregunté, porque no entendía nada.

—Está muerta. La he atropellado. Se me ha ido la olla, tío —anunció y los labios le temblaban.

—¿Cuándo? —quise saber.

—Antes de la timba. A las ocho o así.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba muy quemado, tío. No he podido evitarlo. Me ha tocado los cojones. La he atropellado tres veces.

—¿Y luego habéis ido a la timba?

Kevin, que hasta ese instante había estado callado y miraba desde el rincón, como un ente raro, añadió:

—Y tu primo ha ganado una pasta gansa. ¡Estaba en racha!

Yo intentaba imaginar lo que me estaban contando: Ben había matado a Marta entre las ocho y las nueve y se había ido tranquilamente a la timba del bar, donde había ganado una fortuna. Y ahora, cinco horas después, de repente se había acordado de lo que había hecho y se estaba cagando.

Ben abrió un armario, sacó una botella de ginebra y bebió a morro. Cogió el Nokia, lo abrió, y nos enseñó las fotos. Había un montón suyas, todas robadas. Esa tía estaba colgadísima y no había parado hasta hacerle cabrear de verdad.

—¿Y dónde has dejado a Marta? —pregunté con un hilo de voz.

—En la explanada de los aviones —y como si recordara algo, añadió—: Tienes que ayudarnos, Ric. Tenemos que hacer una cosa antes de que amanezca. Para que no la encuentren. Venga, vamos. Lo haremos entre los tres.

Le hice caso. Yo siempre hacía caso a Ben, desde la vez en que me salvó de la bulldog rubia a la salida del cole. Subí al Scirocco. Kevin se puso delante, al lado de mi primo. Cuando Ben arrancó, eché de menos la música. Ben siempre conducía con la música a tope. Esa noche no. Esa noche todo era silencio. Pero era un silencio que no molaba.

Paramos un momento en casa de Kevin. A buscar una cosa, dijeron. La bola de grasa bajó y regresó con dos palas y un pico. A veces, Kevin trabajaba de albañil. Tenía la casa llena de herramientas. Con todo el material nos fuimos a la explanada de los aviones. Yo todavía no tenía ni idea de qué íbamos a hacer allí. Cuando vi que parábamos al lado del muro, me di cuenta. En el suelo había algo. Al bajar reparé en que era Marta Villanueva.

—Aquí mismo —dijo Ben, señalando un lugar donde la tierra parecía más blanda.

No estaba blanda. Costaba un montón moverla. Y eso que Kevin iba abriendo paso con el pico, pero ni por esas. Con un montón de esfuerzo, y sin parar ni un segundo, entre los tres conseguimos cavar un agujero no muy profundo. Lo bastante para meter el cuerpo. Una sola persona no podría haberlo hecho ni en broma.

Entonces Ben me ordenó:

—Vuelve al coche, enano.

En cualquier caso, desde el asiento de atrás lo vi todo.

Alzaron el cuerpo de Marta y lo arrojaron en el agujero. Se llevaron un buen susto al darse cuenta de que la chica todavía se movía. Aún le quedaba un aliento de vida. Entonces Ben cogió la pala, saltó dentro del foso y la golpeó muy fuerte, varias veces. Tres o cuatro. Fue un sonido feo. Estaba amaneciendo. Tenían que acabar de una vez.

Echaron la tierra de nuevo dentro del agujero. Alisaron un poco el montículo, o lo intentaron. Luego metieron las herramientas en el maletero y subieron al coche.

Me extrañó que Ben no tirase hacia el barrio. En lugar de eso, condujo por la carretera hasta la rotonda y continuó hacia el río. Conducía muy deprisa, como poseído. Se metió por el puente, como si quisiera cruzarlo para ir hacia Barcelona, pero paró de repente. El agua del río bajaba sucia, igual que siempre. Nuestro río es un río de baja estofa, como nuestro barrio, como nosotros. Un río que no desentona con el resto del paisaje ni con la gente que lo habita.

Mi primo bajó del coche, miró a todas partes para asegurarse de que no venía nadie. A esas horas, allí no había ni Dios. No era la típica noche en que la gente se anima a salir a dar una vuelta. Hacía un frío del demonio.

Ben abrió el maletero, sacó el pico y las dos palas y lo tiró todo al Llobregat. Kevin dio un grito y bajó rápidamente la ventanilla del coche:

—¡Eh, tío, eso es mío!

Pero Ben no le hizo ni caso. Comprobó que las herramientas se habían hundido y volvió a subir al Scirocco. Giró por el medio de la carretera y volvió al barrio para dejar a Kevin en su casa. La bola de grasa ni siquiera se despidió; estaba muy enfadado porque Ben había tirado al río las palas y el pico. Antes de dejar que se fuera, mi primo le prometió:

—Te pagaré todo, colega. Mañana te daré mil euros.

Kevin ganaba bastante haciéndole a Ben algún trabajillo sucio. Lo de aquella noche fue más de lo normal. El dinero formaba parte de sus rollos raros. Kevin se marchó sin ni siquiera mirarnos.

Volvimos en silencio a Las Palmeras. No podíamos dormir. Ben se acabó la botella de ginebra y estuvo un buen rato limpiando el parachoques del coche con un trapo. No quiso contarme nada más.

De hecho, no me dijo nada hasta el martes por la mañana. Yo todavía dormía cuando vino a despertarme.

—Enano, escúchame bien. La pasma ha encontrado el cuerpo de Marta. La están desenterrando —me dijo.

Me quedé paralizado.

—Me tienes que salvar el cuello, Ric. Esto va en serio. Si me pillan, me caerán más de veinte años y saldré cuando sea un viejo. No podremos hacer nada de lo que hemos planeado. ¿Verdad que me ayudarás?

Me lo quedé mirando fijamente, como cuando de pequeños jugábamos a ver quién aguantaba más sin reírse. Siempre ganaba él.

—Tú tienes 14 años, Ric —prosiguió. Hablaba muy deprisa—. Si dices que lo hiciste tú, te caerán solo cinco años en un centro de menores, que se parece más a un instituto que a una prisión. Será como un trámite, después saldrás en libertad vigilada. Te tendrás que portar bien, pero serás libre. ¡Sin antecedentes penales ni nada, tío! Si me pillan a mí, todo se va a la mierda. Cuando salgas yo te estaré esperando. Nos iremos a vivir a otra parte. Seremos socios. Yo nunca te fallaré, enano. ¿Qué dices? ¿Te lo pensarás?

No tenía que pensar nada. Yo habría hecho cualquier cosa por Ben. Era toda mi familia. Sin él, no habría llegado a mayor.

—Explícame bien qué tengo que decir. No quiero meter la pata —contesté.

Préstamo bibliotecario

Y ahora ya sabes toda la historia, querida Xenia. Pensaba que jamás se la contaría a nadie. Antes de conocerte, me daba lo mismo lo que la gente pensara de mí. Antes de ti, todo me daba lo mismo. Incluso que pensaran que soy un psicópata asesino.

No pude devolver a la biblioteca el libro de Saint Exúpery. Debo de haber acumulado tantos puntos de penalización que nunca más querrán hacerme el carné. Y la bibliotecaria debe de estar muy enfadada conmigo. Eso sí que me duele.

Ya lo dicen las estadísticas: los asesinos de 14 años son muy raros. El año en que yo llegué a este sitio, solo hubo tres, contándome a mí.

A veces me pregunto qué hicieron los otros dos.

Igual no hicieron nada.

III
LOS PATOS EN INVIERNO

El taxi me dejó en la puerta. Mamá me acompañaba. Mientras ella pagaba al conductor, yo eché un vistazo a la entrada del edificio. Por fuera parecía un instituto, pero había rejas y cámaras por todas partes.

Desde detrás de una ventanilla, una policía nos pidió que dejáramos todos nuestros objetos personales en una taquilla —nos entregó un llavín—, teléfonos móviles incluidos. Lo hicimos siguiendo todas sus instrucciones. La puerta se abrió con un zumbido. Dentro nos estaban esperando el director y Alberto, el abogado de Éric. Mamá los saludó con un apretón de manos. Yo le di a Alberto un par de besos en las mejillas, mientras el director me sonreía:

—Tú debes de ser Xenia —dijo.

Me cayó bien enseguida.

Cruzamos un pasillo de paredes muy blancas, hasta llegar al despacho del director. A mí los nervios me carcomían. No podía dejar de pensar: «Estamos bajo el mismo techo, hoy por fin le voy a conocer, por fin». El despacho del director era un lugar alegre, con ventanas que daban a una arboleda. Nos pidió que nos sentáramos alrededor de una mesa redonda y nos preguntó si queríamos tomar algo. Respiré hondo. Por dentro me moría de los nervios.

El primero en hablar fue Alberto:

—Tenemos argumentos suficientes para pedir la revisión del caso. Pruebas muy contundentes. Hemos encontrado las palas y el pico en el cauce del río Llobregat. Parece un milagro. Tenemos los mensajes de los móviles que Rubén guardaba dentro de la caja —los suyos y los de Marta— y tenemos la ficha de la biblioteca donde se ve con claridad que la noche del asesinato Éric estuvo allí y tomó en préstamo un libro. Me ha costado

un poco localizar a la bibliotecaria, porque ahora trabaja en otro sitio, pero finalmente me ha asegurado que testificará. Se acordaba muy bien de Éric; incluso me contó el día en que le recomendó la novela de Salinger. Dice que siempre le pareció un buen chico y que cuando se enteró de lo de Marta no terminó de creerlo del todo. Mañana mismo presentaré el recurso de revisión y pediré la nulidad judicial. Creo que tenemos muchas posibilidades de ganar. Necesitaré que testifiques, Xenia.

—Por supuesto —dije.

Todo aquello era culpa mía. Me quedé en estado de *shock* después de leer el cuaderno de Éric. Pensé que tenía que hacer algo. Salvo yo, nadie más sabía la verdad de lo ocurrido. No podía quedarme como si tal cosa, aunque Éric no me hubiera pedido nada. O tal vez precisamente por eso.

Le enseñé el cuaderno a mamá, que siempre estuvo de mi parte. Sin ella no habría podido hacer nada. También quedó muy impresionada. Juntas fuimos a ver a Alberto, le explicamos lo que sabíamos y le preguntamos si había algo que pudiéramos hacer. Él visitó a Éric y le pidió permiso para echar un vistazo a los móviles de la caja que le entregó su tía. Y Éric se lo dio, claro. Tardó un poco en resucitar aquel montón de trastos viejos, pero cuando lo consiguió, las pruebas que buscaba desfilaron ante sus ojos una tras otra: en el móvil de Marta estaban todos los mensajes que Ben le envió la noche de los hechos (además de las fotos que ella le había hecho cuando estaba tan colgada de él, y de los mensajes que ella misma le había enviado). Pero lo mejor fueron los mensajes de Ben. Los había de todo tipo, pero los más acusadores eran los que envió a su colega Kevin a la mañana siguiente. No podían ser más reveladores:

«Estoy cagado, tío. Deberíamos haber echado a la perra al río».

Otro:

«Esta noche me ayudas y la echamos al río».

Pero no tuvieron tiempo de nada.

Ben siempre lo guardaba todo, no tiraba nada a la basura, no se desprendía de ningún cacharro y nunca tenía tiempo de borrar los mensajes. Nada de aquello le extrañó a nadie.

O tal vez lo hizo a propósito. Últimamente se estaba metiendo en negocios peligrosos. Los Medina no eran un enemigo común y corriente.

Ben sabía que le podía pasar algo en cualquier momento. Seguramente Kevin lo sabía también, por eso huyó. Tal vez Ben lo había previsto todo. Alguien tiene que pensar dónde se refugiarán los patos cuando en invierno se hiele el estanque, ¿no? Hay que cuidar de las personas que quieres. Hay que prever en qué sitio seguro pueden esconderse mientras llega de nuevo el buen tiempo. ¿Dónde van los patos en invierno, cuando el lago se congela? A algún lugar seguro y confortable. No sufras por ellos, Holden. Volverán en cuanto llegue la primavera. Ben siempre lo tenía todo previsto, ¿no es verdad?

Alberto hizo un buen trabajo y se implicó desde el comienzo. Él dice que porque siempre creyó que Éric era inocente. La aparición de nuevas pruebas, pues, únicamente le sorprendió a medias.

Ahora solo había que llegar hasta el final. El final era un juzgado, otro juicio, otra sentencia. Tal vez absolutoria, esta vez. Para variar. Y sin consecuencias. Alberto confiaba en ello. Mi madre decía que Éric se lo merecía. Y yo sentía mi corazón a punto de explotar cada vez que pensaba en la posibilidad de que Éric quedara en libertad.

De momento era necesario tener paciencia. Estas cosas van despacio. Conviene saber esperar.

Esperar. Otra vez ese verbo odioso.

De pronto salí de mi ensimismamiento y regresé al centro de la reunión. No podía esperar ni un segundo más. Mamá me lo notó.

—¿Le habéis dicho a Éric que Xenia está aquí? —preguntó.

El director negó con la cabeza y me miró.

—He pensado que lo mejor sería la sorpresa, ¿os parece bien? —y dirigiéndose a mí—: ¿Tienes ganas de conocer a tu amigo en persona?

—Muchas —respondí, pensando que nunca una pregunta había sido más idiota.

—¿Qué os parece? ¿Dejamos que los chicos se vean cara a cara y nosotros continuamos con nuestra reunión más tarde? —propuso el director, mirando a Alberto y a mi madre.

Todo el mundo estuvo de acuerdo. Mamá me guiñó un ojo cuando el director me dijo:

—Ven conmigo, Xenia. Te acompaño a la sala de visitas.

Mientras recorría el pasillo pensé que iba a desmayarme. El corazón me latía en las sienes y cada tres segundos me olvidaba de respirar. Cruzamos un par de puertas, o tal vez tres. Entonces el director me pidió que pasara a una habitación de paredes blancas y muebles blancos.

—Espera aquí un momento, por favor, voy a buscar a Éric.

Me entretuve contando los segundos. Fueron 82. Hasta que la puerta se abrió y apareció un guardia de seguridad. Detrás estaba Éric, que tenía la misma cara de asustado que debía de tener yo en aquel mismo instante. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta negra. Estaba más delgado de lo que imaginaba, pero también era mucho más guapo de lo que me había dicho. O igual es que le estaba mirando por dentro y no por fuera.

Cuando el guardia se marchó, nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos. No le hizo falta pronunciar ni media palabra para mostrarme lo muy sorprendido que estaba de verme allí. Ni lo muy feliz que se sentía. Las palabras no son su fuerte, lo sé muy bien. Por eso no le pedí ninguna.

Cuando quieres a una persona, te gusta que sea como es. También te gusta que te quiera. No preguntéis cómo, pero yo me di cuenta de que Éric me quería solo por su manera de mirarme. Nunca nadie me había mirado así.

Sin pronunciar palabra, se nos ocurrió lo mismo al mismo tiempo. Nos dimos un abrazo. Uno de esos muy fuertes. Un abrazo con todo el cuerpo pero también con toda el alma. Yo cerré los ojos. Creo que él también. Era mucho más alto que yo, tenía un pecho ancho y fuerte, me sentí bien allí desde el primer momento. Estuvimos un buen rato abrazados, sin movernos. Después nos separamos y comenzaron las palabras.

Pero lo más importante ya lo sabíamos.

NOTA A LOS LECTORES

Las novelas son, a menudo, una respuesta. Una respuesta indignada, consternada, emotiva, que con frecuencia no resuelve nada sino que lanza más preguntas, nada fáciles de contestar, sobre las que vale la pena detenerse un segundo a pensar. A menudo me preguntan qué pretendo inculcar con mis novelas. Comienzo por corregir el verbo. «Inculcar» es un verbo odioso. Yo no quiero «inculcar» ni que me inculquen nada. Yo deseo «contagiar», «invitar», «seducir». Todo ello con lo único que tengo: las historias, las palabras. «Emocionar». He aquí el verbo que más me interesa. Y eso es lo que pretendo: emocionar a los jóvenes lectores del mismo modo en que a mí me emocionaron las lecturas de mi adolescencia. Aunque si consigo también ni que sean cinco minutos de reflexión, la felicidad será completa.

La historia que aquí se ha contado es ficticia, como sus personajes, aunque los escenarios son reales, lo mismo que ciertas situaciones. El asesinato de Marta Villanueva se basa en un crimen real, perpetrado por menores de edad a principios de los 90. La estadística también es cierta. La edición citada de *El guardián entre el centeno* es la clásica de Alianza Editorial en la colección Libro de Bolsillo. El Instituto Ricard Salvat en realidad no existe; tampoco el gimnasio Yom Chi. Can Salvà es real en todo, excepto en el nombre.

Las emociones que contiene esta novela le deben mucho a algunas personas, a las que agradezco su ayuda:

—A Ángeles Escudero, que le puso exámenes a Xenia y me corrigió a mí.

—A Deni Olmedo, por hacer suyas mis emociones en los últimos 14 años.

—A Gemma Suñé, una mujer rápida y con contactos.

—A Albert González Jiménez, que podría haber sido el abogado de Éric.

—Al psicólogo y psicopatólogo forense Dr. Bernat-Noël Tiffon Nonis, que me hizo ver de qué somos capaces los seres humanos.

—A Carlos González García, por mostrarme el mundo de los centros de reforma y regalarme su tiempo. Su generosidad cambió por completo esta novela.

—Y a Xenia, la real.